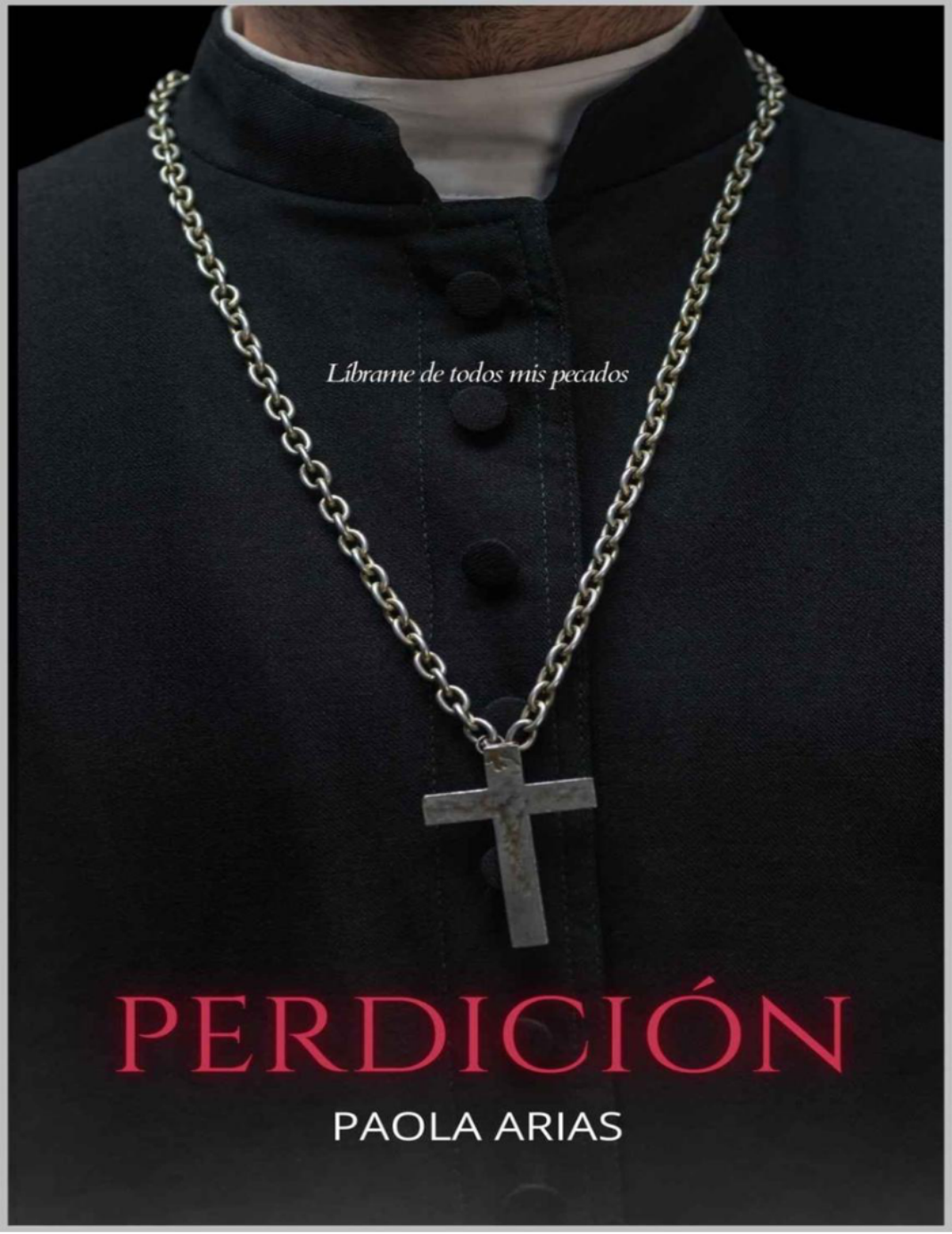
Líbrame de todos mis pecados
PERDICIÓN
PAOLA ARIAS

# Perdición

Líbrame de todos mis pecados…

Paola Arias

Título original: *Perdición*

© 2022, Paola Arias

Derechos reservados ©

Primera edición: noviembre de 2022

ISBN: 9798365155374

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la prioridad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Pe

# Prólogo

La tentación siempre estuvo al acecho, rondando mi alma cuando me detenía a pensar en mi propia vida y siguiendo cada uno de mis pasos sin importar cuán largos podrían ser, pero bien pude librarla con mi buena fe y mis oraciones; no obstante, mi amor por Dios se vio en tela de juicio cuando ella apareció en una noche tan fría y solitaria en medio de mi camino. Tan hermosa como un ángel, tan frágil como una rosa y tan malherida como una pequeña palomita que busca a como dé lugar protección.

Me perdí en sus labios rojos y carnosos, en sus curvas perfectas y bien pronunciadas, en el aroma dulce y putrefacto de su sangre y su

alma, sobre todo, en la pureza de su ser cuando la muerte estaba a poco de llevársela bajo su abrigo.

La cuidé, la curé, la protegí y la mantuve conmigo hasta que sus alas se abrieron y me mostraron la oscuridad que en ellas habita, listas para atrapar a todo aquel buen samaritano para destruirlo en sus abrazos pasionales y maquiavélicos.

Ella es el ángel más puro y cruel que haya tenido el gusto de adorar; la bella perdición eterna que me condenó a bajar la cabeza y pedir perdón de rodillas a mi Dios por haber pecado en pensamiento y palabra, más cuando los instintos de todo ser humano me rasgaron la piel y el corazón, haciéndome arder de goce tras los suspiros de lo mundano. En ella conocí el verdadero néctar dulce; ese que había perdido cuando su inocencia se vio manchada por la muerte, el poder y la maldad del mundo bajo.

Samantha; la más venenosa de las serpientes y la más pura de los ángeles; la ruina de mi alma y la reina de mi mundo. La perdición más sensata y triste en la que decidí navegar por mis propios medios, palpando lo prohibido entre mis dedos y amando con la punta de una daga pura e inocente lo suave y letal de su corazón...

# Logan

—Siempre es un honor contar con su santa presencia, padre.

—Sabe que lo hago con el mayor de los gustos, Srta. Collins.

—Espero que pronto pueda regresar.

—Cuando tenga mi día libre, cuente una vez más con mi presencia. Ahora si me permite, debo irme. El camino es largo.

—Tenga mucho cuidado, padre.

—Lo tendré. Hasta pronto.

—Bendición, padre.

—Que Dios te bendiga en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo — marqué la señal de la cruz en su frente, mientras cerraba sus ojos.

—Gracias, padre.

Me despedí con la mano antes de salir del orfanato donde crecí e irme en mi auto en dirección a la iglesia.

Durante el camino decidí escuchar un poco de música clásica, de esa manera no me siento tan solo a tan altas horas de la noche.

Mientras la música suave infestaba mis oídos, me perdí en los recuerdos de mi niñez. Desde pequeño tenía claro que quería servir a Dios, supongo que la Sra. Collins, la madre de la actual propietaria de la casa hogar fue quien me guio por ese camino del bien, pues ella era una mujer muy religiosa y devota. Me inculcó valores que hoy en día guardo y practico con gran recelo. Ella fue como mi madre, es una pena que se haya tenido que marchar tan pronto, pero sé que debe estar sonriendo junto a la presencia de Dios.

No recuerdo mucho de mi niñez antes de llegar al orfanato. No sé quiénes sean mis padres o si tengo hermanos. No sé absolutamente nada de ellos durante mis casi treinta y cinco años de vida. Cada día rezo porque aún se encuentren bien. No importa la razón por la que me dejaron en un orfanato, en mi corazón no hay ningún tipo de rencor hacia ellos, todo lo contrario, espero que dónde se encuentren, Dios los mantenga a salvo de todo peligro.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que no me di cuenta en el momento que una silueta se interpuso en medio del camino.

—¡Santo Dios! — frené de golpe, a escasos centímetros de llevarme por delante a la persona que se apoyó del auto.

Con el corazón a punto de salirse de mi pecho y con las manos temblorosas, bajé del auto y me acerqué a la mujer que estaba doblada y recostada sobre este.

—¿Señorita, se encuentra bien? — me acerqué un paso, pero al ver la sangre que brotaba de su vientre, me congelé por unos instantes

—. ¡Está herida! Déjeme ayudarla.

—Deme las llaves del auto ahora mismo — levantó la cabeza al tiempo que me apuntaba directamente con un arma.

—Señorita, si quiere que le entregue el auto, se lo daré, pero no veo necesidad de usar la violencia. Baje el arma, por favor. Permítame ayudarla.

Por la misma oscuridad y el cabello que se regaba en todo su rostro, no podía hacer contacto visual con ella. Moría de miedo y no era para menos, esa mujer podía disparar en cualquier momento. Me preocupaba mucho más toda la sangre que salía de su herida.

Se tambaleó, perdiendo el equilibrio y fue ahí que aproveché para acercarme y asegurarla entre mis brazos. Percibí en el aire el olor metálico de la sangre al instante.

—La voy a llevar a un hospital, está perdiendo mucha sangre.

—No... — aunque su voz salió en un susurro, sonó firme y enojada—. Lléveme a su casa, padre.

—N-no puedo llevarla a la iglesia estando en este estado. ¡Necesita atención médica cuanto antes!

—Y yo dije que me lleve a su casa, padre — dejó el cañón en mi cabeza, ahora observándome fijamente y paralizándome por completo—. No querrá que el dedo se deslice sin querer, ¿o sí?

—Baje esa arma, por favor. Dios...

—Su Dios no le va a salvar el culo si no hace lo que yo le digo — cerraba los ojos con frecuencia, aflojando la presión del arma en mi cabeza, pero me era imposible dejarla ahí estando en tan malas condiciones—. Suba al auto.

—Está bien, la llevaré conmigo a la iglesia, pero por el amor a Dios, guarde esa arma.

—No se asuste, padre, esta belleza nos va a cuidar contra todo aquel que nos quiera hacer daño — presionó el arma, soltando una risa extraña—. Lo que menos me llevaría por delante sería a un hombre de bien como un cura. Así que relájese, que no va a pasar nada.

Se desplomó en mis brazos en solo cuestión de segundos. Como pude, agarré el arma y la dejé sobre el auto para luego llevarla en mis brazos a la parte de atrás del mismo y subir a mi lugar y arrancar a toda velocidad para llegar a la iglesia lo más pronto posible.

No sé si estoy haciendo bien al no llevarla a un hospital para que le brinden la debida atención. Tampoco podía dejarla en medio de la carretera si bien está en mis manos ayudarla. Puede que no sea doctor, pero de algo han de servir los pocos estudios que poseo sobre medicina. En el fondo quiero creer que estoy haciendo lo correcto.

Tan pronto llegué a la iglesia, dejé a la chica en mi cama y me dispuse a preparar toallas limpias, alcohol, vendas y una aguja

esterilizada para suturar, en efecto, una herida de bala. Tenía muchas preguntas, entre ellas: ¿por qué una mujer tan joven se encontraba en esta situación en medio de la carretera? Tal vez sea alguien importante y quisieron robarla, o quizá es alguien a quien debo dejar en manos de las autoridades. No sabía qué hacer, pero tampoco tengo tiempo para juzgar su proceder, más cuando su vida depende de mí.

Limpié toda la sangre con la ayuda de las toallas y el alcohol, dejando su piel limpia para proceder a realizar el siguiente paso. La bala la pude apreciar, brillando en el medio de su carne, por lo que, con mucho cuidado de no hacer ningún movimiento en falso, logré retirarla con un par de pinzas que encontré en el botiquín de los primeros auxilios. Ella se quejó, más no abrió los ojos.

—Padre, salva a tu hija de la muerte, aún no es momento para que la llames a tus brazos. Te pido que la salves en el nombre de tu Hijo y del Espíritu Santo — rezaba mientras limpiaba una vez más toda la sangre que salía de ese pequeño agujero.

Seguidamente, tomé la aguja con el hilo y traté de hacer lo mejor que pude, pero es muy difícil tratar de cerrar una herida con este tipo de hilo; no obstante, está siendo útil, pues la sangre ha dejado de salir. Tan pronto despierte, la voy a convencer para llevarla a un hospital. Debe ser tratada por profesionales, no por un cura.

Toqué su frente y, al darme cuenta de que hervía en fiebre, me dediqué a ponerle paños húmedos cada cinco minutos. Esta noche será larga, más porque ella parece estar cada segundo peor que el anterior. No sé si llevarla al hospital o esperar a que despierte por su cuenta.

Luego de limpiar y botar las toallas manchadas de sangre, me recosté un poco en el único escritorio que hay en mi habitación y no tardé en quedarme dormido, pero no fue un sueño de esos donde descansan los músculos, pues cada cierto tiempo me despertaba para comprobar su fiebre.

La noche se me hizo eterna, pues a la mujer no parecía bajarle la fiebre por más paños húmedos que le colocara en la frente. Me sentía agotado, más porque no dormí casi nada, pero tengo responsabilidades que cumplir y un deber con el pueblo y con Dios que el cansancio no comprende. Contra toda voluntad, me di un baño, me puse mi ropa fúnebre, como muchos suelen llamarla, el clériman y, por último, mis hábitos para dar la misa de las siete de la mañana.

Antes de salir a cumplir con mi deber, le dejé una nota a la mujer por si llegaba a despertar mientras me encontraba en misa. Espero que pronto despierte y pueda hablar mejor de lo ocurrido con ella, además de que lo más conveniente es que vaya a un hospital y se haga ver esa herida que milagrosamente logré cerrar con éxito.

La misa terminó a las once de la mañana, pero tuve que quedarme, como era lo habitual, en el confesionario a escuchar las

confesiones del ser humano. Por dentro estaba muy ansioso de volver a la parte que es mi hogar y saber cómo se encontraba la mujer, más no podía dejar de lado a los que necesitan de mí.

—¿Padre? — escuché que me llamaban a lo lejos, por lo que fruncí el ceño e hice un agudo ruido con mi garganta—. Padre, ¿me escucha?

—Sí, hija, te estoy escuchando.

—Oh, que bien, creí que se había quedado dormido — su risita me hizo sentir culpable, porque en efecto era lo que estaba tratando de hacer—. ¿Cree que he obrado mal, padre Logan? Pero es que esa mujer saca lo peor de mí y no puedo evitar, por más que quiera, tratar de socializar de buena manera con ella.

—¡Padre Logan! — escuché el grito desesperado de una mujer —. ¡Padre, ayúdenos!

—Espérame un momento, Clarisa, ya regreso — salí del confesionario apurado, encontrándome con la chica en los brazos de una de las feligreses—. ¿Qué pasó?

—No sabemos de dónde ha salido, pero está mal herida, desnuda y sangrando.

Me quité la sotana y cubrí su cuerpo desnudo con ella, luego la tomé entre mis brazos y la llevé hasta la nave con las demás mujeres siguiendo mis pasos.

—¿Llamamos a emergencias, padre?

—¡No! — rugió ella, aferrándose de mi cuello con fuerza.

—Pero está muy mal.

—Tranquilas, yo me hago cargo de ella.

—¿Seguro, padre?

—Sí, muy seguro. Adela, me podrías hacer el favor de conseguir un vestido, lo más suelto posible para ella.

—Sí, padre, ya mismo lo traigo.

—¿En qué podemos ayudar?

—Vayan a casa, mañana seguiremos con las confesiones. Y por ella no se preocupen, yo mismo la llevaré a emergencias para que la puedan atender.

Las mujeres salieron de la iglesia envueltas en murmullos, pero una risita en mi cuello y la calidez de su aliento me hizo estremecer.

—Me merezco un Oscar por tremenda actuación, ¿no cree, padrecito? — en sus labios se ensanchó una sonrisa maliciosa, pero a la vez angelical, acelerando los latidos de mi corazón—. ¿Aún puede confesarme? Porque le confieso que acabo de pecar al tener pensamientos suculentos con usted — soltó otra risita, acariciando con la punta de su nariz mi cuello.

—Ten un poco más de respeto... — murmuré, pero al fijarme muy bien en lo caliente de su piel, me di cuenta de que estaba bajo el

efecto de la fiebre.

—No sé sobre esa palabra, pero le aseguro que podemos irrespetarnos mutuamente si se deja querer como yo quiero, padre.

—Te guste o no, te llevaré a un hospital para que traten esa fiebre. Te pido que no digas más esas cosas. Respeta la casa de Dios.

—Si ama su vida de mierda como párroco, no me llevará a ningún lado — sus ojos azules tienen un hado de maldad y pureza que atrapan con facilidad—. Cierre la iglesia, padre, que sus más sucios deseos se harán realidad hoy.

—Lamento interrumpir — escuché la voz de Adela y me alejé un poco de la chica, lo que menos quiero es que vaya a pensar cosas que no son—. He traído el vestido, aunque no sé si sea de su talla, pues yo soy delgada y la señorita es...

—No te preocupes, preciosa. Así está más que perfecto.

Por poco padezco de un infarto cuando se apartó de mis brazos, quitó la túnica de su cuerpo y se puso el vestido bajo la mirada mía y de Adela. Nunca había visto el cuerpo desnudo de una mujer, aunque en la noche quité su vestido para limpiar toda la sangre, lo hice con el total de los respetos y no vi nada que no debía. Ahora fue inevitable y tampoco me dio tiempo de no ver más allá. Sus senos redondos, firmes y perfectos, las curvas bien proporcionadas de su cuerpo, su cabello que, ahora me percato, cae húmedo a su espalda baja. Los tatuajes que adornan la mayor parte de su piel y la forma exacta en la que su feminidad se pierde en el medio de sus muslos...

¡Dios mío! ¿Qué me pasa? Me aparté lo más rápido y lejos que pude de ella y me quedé contemplando a Cristo crucificado.

Me hice la señal de la cruz antes de empezar a orar por ese reciente pensamiento inadecuado que acabo de cometer al ver con ojos de lujuria a una de las hijas de Dios. Las tentaciones siempre están al acecho, pero teniendo fe y orando cada día para no caer en ellas es lo que siempre me he dedicado a hacer.

—Señor, confieso que he pecado en pensamiento, palabra, obra y omisión, ten piedad y misericordia de mí. Mi sacrificio, es mi corazón arrepentido. Crea en mí un corazón puro. Ten piedad de mí, señor y, por tu bondad y por tu gran compasión, borra mi culpa y purifícame del pecado, de mis faltas y de mis errores. Reconozco mi culpa, tengo presente mi pecado; contra ti pequé haciendo lo que es malo a tus ojos. Señor, tú amas el corazón sincero y me enseñas la verdad en mi interior; por eso te pido que me purifiques para quedar limpio.

—¿Necesita ayuda en algo más, padre Logan? — Adela al darse cuenta de que interrumpió mis oraciones, bajó la cabeza con las mejillas rosadas—. Lo siento, padre. No sabía que estaba orando.

Cerré mi oración de nuevo con la señal de la cruz sin dejar de

sentirme culpable y realmente mal.

—No te preocupes, Adela — desvié la mirada a la chica, encontrándome con una sonrisa tan malvada, que no pude evitar sentir un extraño escalofrío por todo el cuerpo—. Puedes irte, yo trataré de buscar algún familiar para que se haga cargo de ella.

—Está bien, padre, pero si necesita algo, no dude en llamarme — hizo una corta reverencia antes de salir de la iglesia.

—La chiquilla tiene bonito culo, ¿no cree padre? — comentó tan pronto Adela cerró el portón detrás de sí—. ¿Es a quién machuca? Porque, si no es así, eso es lo que ella quiere que haga.

—Dios mío — susurré, sin poder creer que alguien sea capaz de ensuciar con su grosería, como si nada, el templo de Dios—. Por favor, modera tu lenguaje. Estamos en la casa de Dios, ten un poco de respeto con lo sagrado.

—No se enoje, padre, es que a veces tengo una boca muy sucia — soltó una carcajada, pero el dolor en su vientre la hizo callar.

—Te recomiendo ir a un hospital.

—Estoy bien. Necesito un teléfono. ¿Tiene uno?

—Sí, cuento con uno — la miré de reojo y pasé saliva.

Es muy obvia la diferencia entre Adela y ella, pero no contaba con que ese vestido fuera a quedarle tan ajustado y pequeño. Criticar no es propio de mí, pero ¡el alma se le va a salir en cualquier momento del pecho! Ahora bien, la tela del vestido tan ceñido a su herida hará que esta misma se abra.

—¿Sabe que puedo leer sus pensamientos, padre? — ladeó la cabeza, mordiendo su labio inferior—. Para ser cura, es demasiado pervertido y, lo mejor del caso, es que no hace nada para disimularlo ni un poco. Aunque no lo culpo, la carne es tan llamativa y frágil. Tranquilo, si quiere le ayudo a exorcizar sus pecados con los míos, con ello queda limpio de todo lo malo que lo corroe.

Enrojecí tras su comentario, más no me atreví a decirle nada. Las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta, pues esa mujer me pone nervioso y furioso con esa manera tan suelta en la que habla. Sus comentarios, su grosería e incluso la forma en la que mira o sonríe es más de lo que puedo procesar; no obstante, no puedo creer que mis pensamientos vuelvan a irse por dónde no deben. Me desconozco por completo, nunca había tenido este tipo de pensamiento con una mujer.

—N-no sé qué te hizo pensar eso, pero no te preocupes, tú misma lo acabas de decir; soy un cura, por lo tanto, soy un hombre al servicio de Dios, no un pecador ni mucho menos un pervertido como acabas de mencionarlo. Mi amor por Dios es mucho más grande que cualquier otro deseo — desvié la mirada avergonzado y sin saber qué más decir—. Sígueme, claro, para que puedas llamar a tu familia e ir a

un hospital cuánto antes.

—Muy bien, entonces no tengo nada que temer — supe de inmediato que contenía la risa—. Lo sigo a donde vaya, padre. Dígame cómo me pongo y así mismo me tendrá — volvió a repasarme por completo, dándome una mirada profunda y llena de sensaciones que percibí en la piel como calientes.

La vergüenza no era más grande que las ganas de encerrarme en mi cuarto y azotar mi cuerpo hasta quedar libre de pecados, pues siento que acabo de perderme en el camino del mal con esa ola de pensamientos impropios de mi persona.

La traje conmigo a mi despacho y le ofrecí el teléfono de mi escritorio en completo silencio. Siento que me estoy hundiendo en un pozo oscuro y sin salida con cada uno de esos pensamientos que han venido a mi mente en cadena.

—Gracias, padre.

—Puedes hablar con tranquilidad, estaré preparando un té mientras tanto— salí de inmediato de mi despacho, no podía permanecer un segundo más bajo esa mirada tan cargada.

Preparé té para los dos mientras esperaba con manos temblorosas que terminara su llamada y se uniera a la mesa conmigo. Aunque hace poco dejé de ayunar, tendré que volver a hacerlo a partir de mañana a raíz de esos malos pensamientos que me están azotando la cabeza. Un mes no es penitencia justa, pero será lo suficiente para recapacitar sobre mis malas acciones. El mal no puede ser más fuerte que el bien; Dios siempre ilumina los caminos más oscuros y vacíos, dejando su gran luz a la vista de quién la necesita.

Estaba sumido en mis pensamientos, recordando y dejándome en claro que las provocaciones del diablo son solo eso; una provocación que nunca podrá dominarme, porque mi fe es más grande que el mal de ese ángel caído.

La chica que, cuyo nombre desconozco, llegó con un poco de dificultad a mi lado. Esa mujer es realmente fuerte, yo no podría dar un solo paso al tener una herida de bala en el estómago.

—Padre, ¿no tiene algo más fuerte que un té? — tomó asiento frente a mí, luego agarró la taza de té e hizo una ligera mueca tras olfatearla.

—Si gustas, puedo prepararte una taza de café.

—¿No tiene güisqui? ¿Ron? ¿Coñac? ¿Una cerveza? — soltó una risita, apoyando los codos sobre la mesa—. Qué tonta soy a veces. Supongo que vino sí, ¿no?

—Cuento con vino.

—¿Qué espera para traerlo y servir una copa? Mi... hermano tardará un par de horas en venir por mí.

—Ese vino no es para beber por deporte. Además, debes comer

antes, has perdido sangre.

—Necesito algo potente que me dé fuerza y de paso me quite este dolor de cabeza que tengo. La comida o un té no me servirá de nada. En cambio, el vino, aunque es bebida para princesas, es lo único que tengo a la mano.

—Es vino para consagrar, el que uso en la misa y la liturgia. No puedes tomarlo.

—Será una copa — bufó—. No me vaya a decir que no se ha tomado una sola copa de vino fuera de su labor, padre.

Desvié la mirada y escuché su risa resonar en la pequeña cocina.

—Ay, padre, que pecador y mentiroso es usted, aparte de bien dotado y atractivo — la miré enseguida, de nuevo sintiendo el calor esparcirse por mi rostro—. Es raro ver a un hombre sonrojarse con mis estupideces.

—Traeré la botella de vino — me levanté de inmediato avergonzado—. Ya vuelvo.

—Tome su tiempo — sonrió ladeado.

Hui por el vino con el corazón latiendo fuerte dentro de mi pecho. Nunca me habían tirado ese tipo de cumplidos, tal vez, por eso me siento tan avergonzado ahora mismo con ella.

Al regresar a la cocina, un poco más calmado y con la botella de vino, la descubrí buscando algo en específico en la alacena.

—Si tienes hambre, puedo prepararte algo ligero mientras tu hermano llega — dejé la botella sobre la mesa y negó con la cabeza.

—Padre, ¿usted qué come? De razón está muy delgado. Tiene que comer para ganar algo de peso, pronto se verá en los huesos.

—A veces como por fuera. En realidad, casi no cuento con tiempo para ir de compras.

—De ser pueblerina y vecina chismosa, le traería todos los días comida.

Sonreí, a pesar de que su forma de hablar no me agrada ni un poco, se nota que es buena chica. Quisiera preguntarle la razón por la que la atacaron en la noche, pero no quiero ser atrevido.

—¿Cómo te llamas? Creo, no, estoy muy seguro de que no me has dicho tu nombre.

—Samantha — extendió su mano, esbozando una sonrisa muy bonita—. Un gusto conocerlo, padre...

—Logan — estreché su mano, percibiendo en el tacto una corriente por todo mi brazo.

—Logan... — desvió la mirada y soltó mi mano—. No había tenido tiempo de decirle, pero gracias por traerme aquí, cuidarme y salvarme quizás de morir. De ser otro, me hubiera dejado abandonada en la carretera.

—Lo hice con el mayor de los gustos. No podía dejarla en medio de la carretera en ese estado tan crítico, además, tampoco es que tuviera salida con un arma en mi cabeza.

—Le ofrezco una disculpa por eso, es que tenía miedo. Pensé que usted venía a acabar con lo que esos hombres empezaron. Ya ve que es difícil distinguir en la oscuridad quién es quién.

—¿Cuáles hombres? Te puedo acompañar a la estación y poner una denuncia formal.

—No hace falta, dudo mucho que vayan a aparecer de nuevo. Ya sabe, los ladrones no atacan el mismo punto dos veces.

—Con mayor razón tienes que poner el denuncio.

—Tal vez mi hermano se está haciendo cargo de eso — tomó la botella en su mano y buscó entre las gavetas de la cocina el sacacorchos—. ¿Gusta?

—No, gracias.

—Como sea — abrió la botella de una sola acción, dejándome sorprendido—. Salud, padre Logan —sonrió, antes de darse un trago largo—. Muy dulce para mi gusto.

—Es muy agradable para el paladar — fue todo lo que dije.

—Soy chica de lo amargo y lo fuerte, esto solo me dará más dolor de cabeza — la dejó de mala gana en la encimera de la cocina.

Pensaba decirle algo más, pero los golpes insistentes en la puerta hicieron que me tragara las palabras.

—Ese debe ser mi hermano, siempre está con ganas de explotar, por eso toca de esa manera.

—Debe estar muy preocupado por ti.

Salí de la cocina a abrirle la puerta al hermano de Samantha, pero quedé de piedra al ser recibido por el cañón de un arma.

—¿Dónde está esa maldita perra? — escupió un hombre con el rostro cubierto por una máscara, empujándome al interior de la iglesia con el arma—. No me haga perder la paciencia y colabore conmigo. Usted es un hombre sensato, así que espero total honestidad de su parte, padre.

—N-no sé de qué me habla. Por favor, está en la casa de Dios, ¡no puede irrespetar lo sagrado de esta manera!

—No me haga perder la poca paciencia que tengo, padre — presionó el arma en mi cabeza con mucha fuerza—. Usted decide si hablar o callar para siempre.

—Es que no entiendo a lo que se refiere.

—¡Le daré un solo segundo para que me traiga a esa maldita perra de rodillas!

—¿Qué es ese escándalo? — Samantha apareció en el umbral de la puerta, luciendo tan tranquila e incluso con una sonrisa en los labios.

—Eres una maldita cucaracha, casi imposible de erradicar — gruñó el sujeto, dejando ir mi cabeza para apuntarle directamente a ella.

—Multiplicarnos para joder la existencia humana es el mayor de nuestros placeres — le apuntó su arma de la misma forma en la que el hombre le apuntaba—. Y solo para que estemos claros; yo no me arrodillo ante ningún hijo de perra.

Me encontraba en el medio de dos personas armadas, no sabía qué hacer ni qué decir, ni siquiera podía gesticular palabra alguna y sacarlos de la casa de Dios por ese acto tan grosero e intolerable. Estaba tan rígido en mi lugar, esperando que todo fuera un sueño o una broma y no la realidad que no me percaté ni me di cuenta de absolutamente nada sino hasta que las balas resonaron a mi alrededor.

Solo tuve tiempo de cerrar los ojos y casi encogerme en mi lugar mientras los disparos me dejaban sordo. No supe quién fue el que disparó, si Samantha o el hombre de la máscara. Los temblores en mi cuerpo no se hicieron esperar, tenía mucho miedo de abrir los ojos y encontrar una escena horrible y triste.

—¿Por qué tardaste tanto en llegar, imbécil?

Abrí los ojos al escuchar su voz igual de calmada, como si nada hubiera acabado de pasar. Ella se veía cada segundo más mal, su rostro perdía color y el vestido blanco que traía puesto estaba cubierto de sangre.

—Por Dios, Samantha, estás herida — me acerqué a ella y la sostuve entre mis brazos antes de que cayera al suelo.

—Estoy bien, no pasa nada.

—Eres testaruda e incluso con el padre que quiere echarte una mano — comentó un hombre, recostado en el marco de la puerta.

El hombre de la máscara se hallaba muerto a pocos pasos de nosotros, por lo que toda la paz, la tranquilidad y la calma de la casa de Dios me cayó encima. Este lugar ha sido manchado por la sangre de un ser humano, ha sido ensuciado con palabras y acciones terribles que no tienen perdón alguno.

—Por Dios...

—Ni intentes rezar por su alma, porque el infeliz ya estaba condenado en el infierno desde que nació — susurró Samantha—. Sácame de este lugar, John.

—Bien, ven aquí mi dulce víbora. Padre, gracias por lo que ha hecho por mi hermanita, no tengo cómo agradecerle que le haya salvado la vida. Ahora mismo la llevaré conmigo a un hospital, porque no se ve nada bien.

—¡¿Quiénes son ustedes?! ¿Cómo se atreven a matar a un hombre ante los ojos de Dios?

—¿Me estás diciendo que quieres acompañarlo, padre? — se

acercó a paso lento hasta quedar frente a mí.

Me tensé, sin dejar de apretar el cuerpo de Samantha contra el mío. La mirada de ese hombre no me genera confianza, se puede ver a través del transparente color azul de sus ojos la maldad y que carece de empatía.

—John, no seas estúpido.

—Es mejor hacer de cuenta que somos ciegos y sordos; el que no ve ni oye, tiene más oportunidades de seguir hablando.

¿Es una amenaza? Ese hombre no tiene perdón de Dios, aparte de que asesina como si nada, se atreve a amenazarme en un templo sagrado.

—Vamos, llévame a casa, necesito un trago y un cigarro.

—Yo me encargo, padre — me la arrebató de las manos, esbozando una sonrisa ladeada—. De más está decir que aquí no pasó nada, ¿o sí, padre?

—N-no, aquí no pasó nada.

—¡Muy bien!

—Gracias, Logan... — dijo por último antes de que el hombre la llevara en sus brazos.

Seguidamente, entraron varios hombres a llevarse el cuerpo y otros dejaron limpio el suelo de la iglesia, como si con ese aroma a líquidos pudiera desaparecer del aire el olor a sangre. Todo sucedió en cuestión de segundos, como si los hombres ya estuvieran acostumbrados a hacer ese tipo de cosas en solo cuestión de segundos.

¿Quiénes son verdaderamente ellos? ¿Será que hice mal en ayudarla? Porque ahora mismo me estoy cuestionando qué tan buena persona es ella para la sociedad.

—Entonces, ¿vamos a dejar con vida a ese cura?

—Sí.

—¿Por qué? — volvió a cuestionar mi hermano John—. No es bueno que dejemos testigos y lo sabes. Ese cura vio algo que no debía.

—Deja de cuestionar, ese curita no va a abrir la boca.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

—Estás siendo verdaderamente molesto, John — resoplé, acomodándome en el asiento del auto.

—No eres de dejar posibles sapos con vida.

—Simplemente no va a decir nada porque yo misma me voy a encargar de llevarlo a una mejor vida — esbocé una sonrisa maliciosa.

—Oh, ya comprendo — soltó una risita burlona—. ¿Desde cuándo te gustan tan inocentes?

No respondí a su pregunta, me limité a encogerme de hombros y recostarme en el sillón. ¿Desde cuándo me gusta la inocencia? Desde que me arrebataron la mía a la fuerza y fui condenada al infierno por terceros. Además de que ese padre tiene una inocencia demasiado dulce y llamativa en su ser. Su inocencia me llamó y me invitó a destruirla por completo en mis manos.

Eso es justo lo que voy a hacer; destruir su alma de a poco hasta dejarlo en cenizas.

—Mantenlo vigilado — dejé la orden mientras John se alejaba de la iglesia del padre Logan.

Al llegar a la casa de seguridad, fui atendida por el médico de cabecera de la familia. Realmente Logan hizo un buen trabajo curando mi herida de forma superficial, pero no era seguro quedarme con una herida de bala abierta. Mientras el médico sustituía el hilo, John seguía haciéndome preguntas que estaban a punto de volverme loca.

—Cierra la boca u olvidaré que eres mi hermano.

—Es que no te entiendo.

—¡Maldita sea! — gruñí, soportando el dolor que causaba ser atravesada sin anestesia por una aguja—. Te voy a callar la boca a balazos. ¡Deja de joderme y lárgate!

—Toma, relájate. No te estoy diciendo nada malo, solo que me parece extraño — me pasó una botella de güisqui.

—Me gustó, ¿ya estás feliz o no?

—Es un cura — recordó simple antes de salir de la habitación.

—Sra. Novikova, recuerde guardar reposo por lo menos durante dos semanas y trate de no beber bebidas alcohólicas.

—Samantha, mi nombre es Samantha. ¿Cuántas jodidas veces

tengo que repetirlo? — rechiné los dientes.

—Lo siento, Sra. Samantha.

—Largo.

El hombre se fue sin más, dejándome sola y divagando en todo lo que he perdido por llevar a cuestas ese maldito apellido. Cada uno labra su destino, pero nunca pedí ser engañada y sometida al mal de un ser que, en su momento parecía ser un príncipe de fina armadura. Las caras son solo para mostrar lo que somos por fuera, fáciles de usar para lograr nuestros objetivos, pero en realidad, lo que hay por dentro de esa cara es putrefacción y maldad de la más pura.

—Estás tentando la suerte, Novikov — bebí un largo trago de la botella, recordando el cielo y el infierno que he vivido por su culpa.

Durante dos semanas me quedé en cama recuperándome tal como lo recomendó el doctor, además de que no puedo darme el lujo de andar por ahí cuando Novikov está siguiendo cada uno de mis pasos como una maldita sombra. Ese maldito ruso es un verdadero dolor de culo. Desde que rompimos todo contacto hace dos años, no ha hecho otra cosa que seguirme la pista para matarme. El muy hijo de perra sabe lo que le conviene, y sabiendo que soy una piedra en su zapato, no descansará hasta acabarme.

—Es difícil seguirle la pista, Sam. El tipo sabe cómo esconderse de todo aquel que lo busque — comentó Ian, mi mano derecha.

—Lo mejor es hacer una sociedad más grande. En este tipo de negocio hay que tener quien te cubra todos los lados para no salir heridos.

—¿Y a quién sugieres? No quiero arruinar la sociedad tan reciente que tenemos con los Lombardi. Tienen demasiados enemigos y no quiero ser una más de esa lista.

—No hay necesidad de hacer sociedad con otros. Para escalar más alto ellos tuvieron que lograrlo de algún modo, ¿no?

—Si estoy metida en este mundo, es para acabar con ese hijo de perra, no porque en realidad me guste traficar.

—Pero ¡tenemos muy poca participación! Te has ganado su confianza, ¿no? Les hemos demostrado que somos leales con cada uno de los trabajos que hemos hecho para ellos. Es un mano a mano, Sam. Ellos nos prestan un poco de su poder y nosotros devolvemos el favor generando más dinero y confianza.

—La avaricia te está superando, John.

—No, lo único que quiero es que ese hijo de puta deje de cazar a mi hermanita como si se tratase de una presa. Novikov tiene mucho más poder que nosotros, pero no supera ni un poco al de los Lombardi — suspiró—. No quiero tener que enterrar a lo único que me queda en la vida. Así tenga que vender mi alma al diablo para salvarte, lo haré sin pensarlo dos veces.

Siendo honesta, tampoco soportaría tener que enterrar una vez a más a uno de mis hermanos. Suficiente dolor pasamos los dos con la muerte de nuestra familia. Debo darle razón a John, pero debemos usar con inteligencia la alianza que tenemos con los Lombardi.

—Arregla un encuentro con ellos lo más pronto posible — le indiqué a Ian—. Ahora que ya me encuentro mucho mejor, ve a envolver mi regalo para que lo traigas conmigo.

—¿Sigues con esa idea? Te estás arriesgando demasiado por algo tan simple. No me digas que te enamoraste de un día para el otro del curita.

—No hables pendejadas — me reí—. Es que me quedé con las ganas y no es de Dios quedarse con ganas de algo que se ve tan delicioso y puro.

—Perdiste la razón — negó Ian.

—Solo tráelo.

—Bien, iré a cazar curas — se levantó indignado—. Pero si menciona una sola vez a su Dios, le vuelo la cabeza.

—De más está decir que lo quiero sin rasguños, o el que termine sin cabeza será otro.

Me sacó el dedo del medio antes de desaparecer de mi vista. Creía que se trataba solo de la fiebre que me dieron ganas de comerme a ese cura, pero viéndolo bien y a detalle, lo que más deseo es quebrar con todo el bien que hay en su alma.

—Ahora te voy a llamar la secuestradora de curas — se carcajeó John—. Tu alma está cada vez más podrida. Espero que el cura haga un profundo exorcismo contigo, aunque eso, si se atreve a lidiar con ese demonio que habita en tu ser.

Sonreí, pensando en lo bien que voy a pasarla con el cura atractivo. Está delgado para mi gusto, pero tiene una mirada de ángel que no me deja ni siquiera pensar con claridad. Las ganas que le traigo son tremendas, no puedo esperar para desgarrar mi regalo y disfrutarlo a mi pleno antojo.

# Logan

Las últimas dos semanas han sido un completo desastre. No he podido sacar de mi mente lo que sucedió ese día, ni siquiera he podido descansar porque siento que el alma de ese hombre ronda en la iglesia sin ningún tipo de sentido u orientación. Por más que he orado por su alma y su descanso eterno, parece que no ha podido encontrar el camino de la luz, más no me rendiré hasta que haya encontrado su descanso eterno. Que Samantha se haya marchado estando en condiciones tan delicadas tampoco me ha permitido tener un buen desempeño en mi labor.

Más que ser un sacerdote dispuesto a guiar a los seres humanos por el camino del bien, soy humano y también me preocupa el bienestar de los que me rodean y necesitan un apoyo para no caer. Ella hace parte de mis oraciones día y noche, siempre deseándole una pronta recuperación y que Dios la guie por el camino correcto.

A pesar de que he tenido muchas dudas de si es una chica de bien o no, no fui capaz de poner el denuncio por lo que mis ojos presenciaron ante las autoridades. Una parte de mí cree que lo mejor es avisarles a las autoridades y que sean ellos los que se hagan cargo de encontrar algo en ella que la pueda hallar culpable o no, pero la otra quiere creer ciegamente en que es una víctima de las circunstancias. Nunca había estado en una posición de estas, aun no comprendo qué me pasa que todo el día la estoy pensando.

Quiero saber si está bien, si ya se recuperó del todo, si asistió con un médico o no, si le brindaron la atención debida, si ya no presentó más fiebre. No sé, tal vez debí haber pedido su número para después haberla contactado, pero todo sucedió muy rápido y no pude asimilar que un hombre había sido asesinado frente a los ojos del señor.

Tan pronto finalizó la misa, me dispuse a realizar el aseo general a toda la nave. Por más que el mármol luzca limpio y brillante, aún se me hace ver el charco de sangre allí mientras el hombre poco a poco pierde la vida. ¿Por qué el hermano de Samantha lo asesinó? No me lo explico, pero estoy seguro de que, si no hubiera llegado en ese momento, ese hombre nos habría asesinado a los dos.

—Buenas tardes, padre — la voz de un hombre me sacó de mis pensamientos—. ¿Se encuentra ocupado?

—Buenas tardes. No estoy ocupado, ¿en qué podría ayudarte?

El hombre se me quedó viendo por unos cuantos segundos antes de sonreír de lado.

—He tenido problemas últimamente y nunca he intentado

entablar una conversación con Dios, pero me han dicho que lo intente, que él no me va a abandonar si hablo con él sinceramente y con la mano en el corazón.

—Y con fe, hijo. Nuestro padre nunca nos va a abandonar, siempre estará ahí para nosotros, guiándonos por los caminos del bien. Hoy no está abierto el confesionario, pero puedo hacer una excepción contigo.

—No sé cómo confesar mis pecados, padre.

—Yo te estaré guiando y orientando. Como te dije hace un momento, con fe y siendo sincero contigo mismo, es más que suficiente. Dejaré los implementos de la limpieza en el servicio, ya regreso.

—Adelante.

Me apresuré a ir al cuarto de la limpieza a dejar todo en orden, pero, una vez crucé la puerta, la dureza de algún objeto frío en mi nuca me paralizó. ¿Cuántas veces tengo que pasar por estas situaciones tan horribles? Lo peor de todo, es que el mundo parece ya no tener temor a Dios.

—¿Hay alguna otra salida? — preguntó el mismo hombre que pretendía confesarse ante Dios.

—Sí, por la parte de atrás de la casa cural hay otra entrada.

—No se le ocurra gritar o hacer cualquier estupidez. No querrá que acabe con su vida ahora mismo, ¿o sí, padre?

—Puedo saber por qué estás haciendo esto — cerré la puerta del cuarto, caminando con mucha precaución en dirección a la casa cural—. Podemos hablar, aún estás a tiempo de salvar...

—¡Cállese! No me interesa escuchar sus estúpidos consejos. Mejor vaya pensando qué palabras le va a decir a mi jefe.

—¿Quién es tu jefe? ¿Lo conozco? Esta no es la manera de pedir un servicio parroquial.

—Mi jefe es una mujer muy ocupada, no tiene tiempo de pedir solicitudes tan formales a terceros. Le puedo asegurar que los servicios que le vaya a ofrecer en común acuerdo y para bien de ella serán muy bien remunerados.

No puedo creer que haya personas que sean capaces de llegar a tanto. ¿Qué se supone que necesite de mí?

—¿Se trata de algún entierro o alguna boda?

Soltó una descabellada risa, poniéndome más nervioso de lo que ya me encuentro.

—Se trata de la eterna crucifixión de un hombre tan bueno y puro como usted, padre. Ya ve que las víboras no sueltan presa sino hasta cuando ya la han asfixiado lo suficiente.

¿A qué se refiere? ¿De qué es lo que está hablando este hombre tan extraño? Me puse el doble de nervioso cuando me puso una bolsa

en la cabeza y me obligó a caminar de manera incierta hacia algún lugar.

—¿Padre Logan? ¡Están secuestrando al padre! ¡Ayuda...! — gritó una mujer de forma desesperada mientras el hombre me subía a un auto.

—Ni se le ocurra gritar o le va a costar la vida a esa maldita vieja loca — seguidamente, sentí el brusco movimiento del auto al acelerar de golpe.

Preferí mantenerme en silencio, no podría vivir en paz con la muerte de alguna de las personas de la comunidad.

Tenía tantas preguntas en mente que, entre todas, solo una me daba vueltas y más vueltas. ¿Por qué secuestrar a un padre? ¿A quién podría interesarle la vida de un párroco de pueblo? No he hecho mal a nadie, tampoco he interferido en la vida de personas con dinero y poder. Siempre he trabajado de la mano con las personas que más lo necesitan. ¿Qué clase de persona le haría daño a un cura? ¿Qué clase de persona es capaz de ir por la vida secuestrando a otra sin razón o motivo?

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que el auto se detuvo nuevamente. No me atreví a hablar en el camino por temor a que ese hombre me matara, pero tenía toda la intención de preguntar sobre la mujer de la que había hablado, la que según es jefe.

—¿Cómo se siente, padre? ¿Listo para conocer el infierno? — estalló en risas, tirando de mi brazo y obligándome a caminar con él.

Tropezando con mis propios pies, me dejó caer en lo que supuse era una cama, la suavidad y la textura acolchonada me dio a entender que así lo era. Al quitar la bolsa negra de mi cabeza, me di cuenta de que estaba en una habitación demasiado elegante y limpia. Lo primero que observé fue la ventana, pero las ramas de los árboles cubren lo que hay más allá de ellos.

—Póngase cómodo, disfrute su estancia en la casa.

—Espera... — lo detuve—. ¿Dónde estamos? ¿A quién pertenece esta casa?

—A mi jefe, ya se lo había dicho, ¿no? Supongo que ella vendrá en cualquier momento a verlo — sonrió ladeado antes de salir de la habitación.

¿Quién es esa mujer? Y lo que no me he dejado de preguntar, ¿para qué me ha traído a este lugar?

La habitación es muy amplia, bastante diría yo. La cama es grande y los muebles que se aprecian a simple vista que son caros me dan a entender que la dueña de esta casa posee dinero y estatus. Estamos en la segunda planta de la casa, por lo que los árboles se extienden a los alrededores de una manera casi ordenada y tupida. Desde el balcón se aprecia una piscina y una especie de casa con paja

que cuenta con una mesa amplia y sillas de cuero a su alrededor. ¿Quién será esta mujer? La intriga me está poniendo cada instante más nervioso.

Me quedé sentado en el borde de la cama en la espera de la mujer, pero entre más pasaban los minutos, más se iba haciendo de noche. El atardecer estaba a punto de darle paso a la oscuridad, por lo que me empezaba a preguntar qué tan cierto era que la mujer vendría a verme. Supongo que ya tendré oportunidad de hablar con ella mañana, pero ¿cómo hago para salir de aquí? No puedo quedarme en esta casa, menos cuando nadie ha venido para explicarme el por qué estoy aquí.

—Buenas noches, señor. La señora me ha pedido que le traiga este traje — me informó una mujer de avanzada edad, bajando la mirada al instante en el que fijó sus ojos en mi cuello—. Discúlpeme, padre, no sabía que era...

—No te preocupes. Dime algo, ¿es necesario que use ese traje tan costoso? Así me siento muy bien, además, no planeo quedarme más tiempo en esta casa. Debo volver a mi iglesia.

Suspiró profundamente, dejando el traje sobre la cama de manera ordenada.

—Lo siento mucho, padre, órdenes son órdenes. La señora lo espera en veinte minutos en el comedor. Es mejor que se cambie. Lo esperaré afuera para llevarlo con ella. Permiso — se inclinó, dio media vuelta y salió de la habitación.

No está bien de mi parte hacer desplantes, pero no conozco a la señora como para cambiarme de ropa. Decidí echarle un corto vistazo al traje, pero al darme cuenta lo costoso y fino que se ve, lo dejé nuevamente en su lugar. Lo que menos quiero es que vaya a dañarse y luego tenga que pagar por cosas que no he pedido que me den. Lo mejor es terminar con esta situación lo más pronto posible. Esa mujer no puede ir por la vida secuestrando a curas. Si necesita algún servicio, lo mejor será que haga formalmente la solicitud ante el obispado.

—¿No piensa cambiarse, padre? — inquirió la mujer, dándome una mirada rápida en cuanto salí.

—No quiero ser grosero, pero es que no comprendo qué hago aquí. Así que no creo conveniente usar un traje tan costoso como esos.

Varios suspiros salieron de su boca, como si estuviera diciéndose algo para sí misma.

—Bien, venga conmigo, padre — emprendió camino escaleras abajo y la seguí—. Esa muchacha está cada día más loca.

La seguí en completo silencio, observando la casa con gran asombro. En definitiva, la dueña de esta propiedad es una mujer rica y de gustos bastantes extravagantes. El dinero y el lujo brilla por cada

rincón. La mujer me guio por una sala que comunica con un comedor hasta que se detuvo a unos cuantos pasos de una mujer enfundada en un vestido tan rojo como la misma sangre.

La mujer mayor le dijo algo a ella en un idioma que no entendí, más ella solo se limitó a quedarse en silencio y encogerse de hombros. No supe qué decir por un momento, así que despejé mi garganta y me dispuse a hablar con ella tan pronto la mujer nos dio privacidad.

—Buenas noches. Creo que ha habido una confusión, señorita. Un hombre me ha traído hasta esta casa sin darme razones, así que me gustaría saber por qué estoy aquí. Si se trata de alguna boda o de algún entierro, eso debe hablarlo con el obispado de mi zona y pedirle una solicitud directamente a él para adquirir alguno de nuestros servicios como curas. Ahora, no creo que traer a un padre bajo amenazas y secuestrarlo sea lo más correcto de hacer. No sé cuáles sean sus intenciones, pero…

—Ahórrate la saliva, padre Logan — se dio la vuelta, esbozando una sonrisa maliciosa que me sumergió en un mar de aleteos que me resultan imposibles de controlar—. ¿Tiende a llevar la contraria siempre? Pensé que eras un hombre obediente. No importa, así sigues luciendo igual de bien y comestible.

—S-Samantha — balbuceé, preguntándome a dónde se ha ido mi voz.

—¿No me digas que también tenías las mismas ganas de verme, padrecito? — relamió sus carnosos y rojos labios, transportando mi mente a todos esos pensamientos lujuriosos que creía ya no tener—. Bienvenido a mi dulce morada. Espero te sientas como en casa, porque de ahora en adelante, adorarás de rodillas a tu verdadero Dios desde aquí — señaló el piso a sus pies, terminando de asesinarme con su sonrisa diabólicamente adorable.

Me quedé pasmado, tenso, nervioso e incluso creía que estaba alucinando con esos ojos tan azules como el cielo. Esa mujer tiene cara de ángel, de buena, de no quebrar ni un solo vidrio, cuando en realidad, el diablo ha consumido su alma y se ha aprovechado de su inocencia y sus buenas virtudes a su antojo; ha hecho de ella un ser tan malvado y divino que atrae con gran facilidad a todo mortal. Ella es la muestra palpable de la tentación, de la maldad, pero, sobre todo y lo que más me asusta, es ese poder enigmático y puro que usa para hacerme caer a sus pies, y como buen hijo, empezar a adorar como lo ha demandado hace unos segundos.

—Llévame de nuevo a la iglesia, por favor — desvié la mirada de su rostro, de su cuerpo y de su ser antes de que sea muy tarde.

—Pensé que te alegraba verme.

—Y me alegra saber que te has recuperado satisfactoriamente, pero ahora debo volver. Mañana tengo compromisos, misas y muchas

más cosas que hacer. Llévame de regreso, Samantha.

—Cene conmigo esta noche, padre. Quiero agradecerle lo que hizo por mí.

—No hay necesidad. Lo hice de buena fe.

—Quiero que cene conmigo también de buena fe. La comida no se desprecia. Además, me nace desde aquí.

La miré de reojo tocarse el pecho con el dedo índice, indicando el lugar en el que su corazón posa. Con el mío a punto de salirse de mi pecho, pasé saliva apartando los ojos de esa sonrisa que me esclaviza. ¿Por qué su sonrisa tiende a ser tan dulce y malvada? Ante mis ojos, ella es un ángel; hermoso, misterioso, frágil y audaz.

—¿Por qué secuestrarme?

—¿De dónde has sacado eso? — el resonar de sus tacones me puso en alerta.

—Un hombre me amenazó, me cubrió el rostro y me trajo aquí sin mi consentimiento. Eso es un secuestro. Es un delito. Es grave.

—Ah, ese idiota. Le daré su merecido castigo por haber tratado tan mal a mi invitado especial.

Sentí un frío correr por mi alma cuando sus pequeñas manos jugaron con el rosario que descansa en mi pecho.

—No vas a despreciar la cena que tengo preparada para ti, ¿o sí?

Sentir su respiración cerca, ese calor que expulsa su cuerpo, ese aroma tan concentrado y dulce que está envolviendo mis sentidos no me dejó pensar con claridad. Inconsciente o no, aspiré su aroma y lo grabé en mi memoria, trayendo en cadena una serie de pensamientos impuros que necesitan ser atendidos y saciados cuanto antes por el perdón de Dios.

No podía hablar, tenerla tan cerca me resultó más sofocante que tenerla en el pensamiento. Así podía escuchar su respiración pausada, el leve sonido de sus uñas golpeando contra el rosario y los latidos inquietantes y furiosos de mi corazón. Mi piel ardía bajo sus dedos, como si en lugar de estar jugando con el rosario, estuviera tocando mi cuerpo con sus uñas. Sentía que me desgarraba de un solo arañazo, enviando corrientes por todo mi cuerpo y agudizando un incómodo punzón en mis pantalones. Los pensamientos impuros y lujuriosos me alzaban entre sus alas, alardeando del poder que ejercen sobre mí.

—Eres un cura demasiado pervertido.

Cuando se alejó fue como único pude respirar nuevamente. Me alentó a tomar lugar a su lado y, aunque no estaba seguro de lo que estaba haciendo, me senté con ella y la cabeza baja. La vergüenza no me deja ni mirarla a los ojos, además de que en ellos terminaré por alabar cada uno de mis pecados.

Poco después, dos mujeres nos trajeron la cena y en silencio comimos, pero podía sentir su mirada en mí. Aunque no me atreví a mirarla, la pesadez de su cielo me estaba poniendo muy nervioso y ansioso. Una cosa era pensarla y tener la ilusión de verla y saber cómo se encontraba, pero ahora que la tengo tan cerca, quiero estar lo más lejos posible de ella.

# Samantha

No era mi imaginación, no era solo un estúpido pensamiento o las ganas de tener sexo para quitarme a ese cura del pensamiento. Ahora que tengo el gusto de tenerlo entre mis manos, me doy cuenta lo mucho que ansío corromper su alma y divertirme a mi antojo con su inocencia. Es que solo ver esa manera tan tierna en la que se avergüenza o en la que reacciona a una sola mirada que le dé, me entran unos escalofríos bien ricos por todo el cuello. De repente me siento tan calurosa y húmeda nada más con verlo comer así de tímido.

No sé si solo necesito bajarme la calentura de algún modo, pero me apetece tanto ser ese bocado de comida y deslizarme por su paladar mientras me come con ese cuidado y esa fuerza en la que traga. Hace mucho no tengo un buen sexo, supongo que ya va siendo hora de desempolvar la telaraña.

—¿Si le gustó la cena, padre? — llevé mi mano izquierda entre mis muslos, haciendo círculos con la yema de mis dedos en mi piel.

—Está todo muy rico — lamió sus labios, sacándome un suspiro que ahogué mordiendo mis labios—. Pero ya debo marcharme.

—Quédese por esta noche, padre. Me gustaría mostrarle varias cosas — me abrí de piernas, adentrando mis dedos por mi ropa interior—. Le aseguro que nada malo le va a pasar. Yo misma me encargo de llevarlo muy temprano a su casa.

Joder, esa mirada tan inocente y temerosa me pone como un demonio. Deslicé mis dedos por mis pliegues, esparciendo la humedad por mi intimidad y soltando un suave gemido que fue imposible retener. Sus ojos oscuros me tienen al borde del abismo, ese hombre me atrae de una manera que nunca había sentido. Es que ni siquiera con Novikov me ocurrió este tipo de cosas.

—N-no me gustaría aprovecharme de tu hospitalidad.

Sonreí.

¿Cómo puede ser un hombre tan inocente? Aunque lo tomé prestado para mí por un tiempo, resulta que me están entrando las ganas de no devolverlo, siempre y cuando sea así de puro.

—Aprovecha todo lo que quieras, echa mano a todo sin pena ni prejuicios, después de todo y como muestra de mi gratitud, todo lo que hay en esta casa puede ser tuyo cuando desees — me levanté de mi silla y me incliné sobre su hombro—. Estaré en la piscina por si gustas unirte a mí, padre.

# Logan

No debía y no podía arriesgarme y perder la cabeza, pero el susurro de mi condena me aseguró que nada malo podía pasar, después de todo, pecar en pensamiento ya se está volviendo una costumbre que necesito a toda costa borrar con los castigos que Dios decida imponerme.

Desde la habitación podía ver a Samantha hablar con el hombre que me trajo y su supuesto hermano, parecían estar discutiendo porque se veían muy serios y acalorados los tres. Aunque estaban alegando, quería entrar a la piscina un rato para estar un poco más cerca de ella antes de irme. No sé qué es lo que me pasa. Me bastó verla para empezar a desear una vez más lo que para mí es prohibido.

No pude apartar los ojos de ella, de ese vestido blanco escotado y abierto de su pierna izquierda hasta más arriba de su cadera, mostrando el hermoso tono de su piel. ¿Será que no lleva ropa interior por debajo? Porque a simple vista no se ve nada, solo la piel desnuda de la parte baja de su vientre y la forma de lo que se pierde entre sus piernas. El vestido rojo que tenía puesto en la cena le quedaba precioso, pero el que tiene ahora puesto le queda deslumbrante. Le resalta cada parte de su esbelta figura a la perfección.

Esas palpitaciones volvieron a aparecer, pero, a diferencia de otras veces, el dolor estaba resultando más exasperante y sofocante. El calor y las cosquillas se agudizaban a medida que detallaba su cuerpo con calma, olvidando por un momento aquel lazo blanco que rodea mi cuello y me convierte en un hombre que no tiene permitido sentir deseos.

Quedé encantando con la forma firme y redonda de sus senos, no son tan grandes, pero tampoco se ven pequeños. Tienen un tamaño justo, quisiera poder tenerlos entre mis manos y comprobar si puedo abarcarlos por completo. Sus labios son otra tentación que muero por probar. Esto no está nada bien, estoy pecando una vez más y, para ser honesto, eso es lo que menos me importa ahora mismo. Solo quiero seguir desnudándola con la mirada; grabarme su figura y tenerla en mis pensamientos y no sacarla nunca de mi mente.

Sintiéndome cada segundo más caliente, me acerqué un poco más a la ventana y la enfoqué mejor. Esos dos hombres, luego de tanto discutir con ella, se marcharon lanzando cualquier serie de blasfemias en su contra. Por su parte, se quedó en el borde de la piscina viendo a la nada, segundos después, se lanzó con todo y vestido al agua.

Salió como una sirena, como la más hermosa de los ángeles divinos. Ahora el vestido se adhería a su piel como una segunda capa,

despertando ese demonio que habita en mi interior y pretendía dormir con la fuerza interna que lo ha mantenido bajo control, pero todo se fue por un tubo cuando se acostó en una tumbona que sobresalía de la parte más baja de la piscina y se quitó el vestido, quedando naturalmente desnuda frente a mis ojos.

Mi corazón salió expulsado de mi pecho debido a la misma rapidez y fuerza con la que latía. La sangre fluyó de manera veloz por todo mi sistema, bombeando con mayor agudeza a lo que, en efecto, estaba en todo su esplendor. Toqué mi erección con mi mano, mordiendo mis labios y centrando mis ojos en su divino cuerpo.

Ya la había visto desnuda, pero ahora es muy diferente, porque por primera vez en mi vida deseo no ser un sacerdote y dejarme ir por ese deseo que me está quemando la piel, el alma y el corazón de manera lenta y mordaz. Su cuerpo es muy bonito, no tiene imperfección alguna que resaltar. Sus piernas son largas, sus muslos se aprecian bastante apetecibles y su parte íntima parece brillar desde mi punto de vista. Su vientre plano, sus senos al aire libre, su cabello húmedo cayendo por sus hombros y cubriendo parte de su cuello. Esa mujer salió del infierno para tomarme de la mano y llevarme contra el limbo a ser juzgado y sentenciado por cada uno de mis pecados.

Por si verla desnuda fuera poco, ver en la manera en la que llevó su mano hacia su vagina y se acarició lentamente mientras se retorcía allí acostada, terminó por volarme la cabeza. Sentí caer de lleno al infierno, golpeándome contra las alas de un ángel negro y lleno de maldad.

Terminé por hacer lo mismo que ella estaba haciendo. Caí en la tentación, en la dulce y perversa condena que parece fluir por sus dedos como agua, en la provocación tan sublime con la que hunde sus dedos en su interior y muerde sus labios con fuerza, en el hechizo de su cadera moviéndose contra sí misma, aumentando la velocidad, disminuyendo la potencia y volviendo a arremeter con todas sus fuerzas.

Liberé mi erección y empecé a masturbarme a su mismo ritmo, como si mi mano fueran sus adentros y estuviera bailando y gozando de lo que es divino, pero prohibido y maldito. No podía detenerme, quería acabarla, someterla, tenerla, acribillarla y romperla con todas las ganas que me estaban consumiendo por dentro.

La lujuria me dominó por completo, me llevó a desearla de una manera incontrolable. Nunca me había masturbado a causa de una mujer, siempre tuve mente fría y ocupada en otros asuntos que hacían de un acto íntimo como explorarse a sí mismo como un acto innecesario. Además, desde que era un adolescente fui preparado para no cometer actos sexuales ni conmigo mismo ni con terceros. La masturbación también es un pecado y no es permitido cuando has

hecho un voto de castidad.

Mi piel ardió, sentí morir en su regazo y volver a nacer con una mirada llena de perversión. Sentí liberarme del cielo a la vez que me ataba al infierno. Acabo de comerte uno de los siete pecados capitales, mi alma será condenada y sentenciada. Permití que mis deseos sobrepasaran mi razón y mi amor por Dios.

—No soy digno de ti, mi Señor... — bajé la cabeza avergonzado, triste y decepcionado de mí mismo.

Me levanté desde muy temprano e hice la cama incluso antes de que el sol saliera. Tengo prisa con regresar al pueblo, a mi iglesia y estar con los que siempre me han rodeado. Luego de tomar una ducha lo suficientemente fría y ponerme nuevamente mi ropa, me quedé en espera de que el sol saliera y así pedirle a Samantha que me lleve de regreso.

Dormí muy poco lo que restó de noche, me siento cansado y resentido conmigo mismo. No sé qué cara voy a darle a Samantha sin sentir culpa y vergüenza por mis malos actos, sobre todo cuando la furia de Dios por fallar a mis votos me está quemando el alma de a poco.

Había sido un hombre fiel a mi palabra y a mi amor por Dios, pero tengo que aceptar que el deseo, la tentación y las ganas estuvieron por encima de todo. No tuve tiempo de reaccionar a lo que estaba haciendo, cuando me di cuenta ya había sido demasiado tarde. El hecho de quedarme por minutos enteros contemplando la desnudez de Samantha me hace sentir el doble de desvergonzado. No debí espiarla, lo tengo clarísimo, después de todo ella sí tiene permitido disfrutar a plenitud de la intimidad y la sexualidad.

Me quedé absorto en mis pensamientos, luchando contra lo que es bueno y lo que es malo mientras veía el sol apoderarse de mis pupilas y calentar un poco mi rostro y mi cuerpo, pero el frío que hay en mi piel es más poderoso que cualquier rayo de luz.

La vista desde la habitación es muy bonita, los rayos de sol filtrándose por las ramas de los árboles, un cielo limpio de nubes y un extenso bosque que parece no tener fin. La piscina me mira y me acusa en silencio por lo que hice a escondidas de la mujer que anoche dejaba salir sus deseos en ella.

Traer su piel desnuda a mi mente, las expresiones de su rostro, el movimiento de sus manos y sus caderas no me está ayudando de nada. De repente ese frío que siempre he sentido entre los huesos y la piel parece haber desaparecido. Mi piel arde, mi alma se consume mientras mi corazón palpita entre emocionado y miedoso.

Presioné las piernas, sintiendo la vibración de mi cuerpo y esa corriente que anoche experimenté como maravillosa. Cerré los ojos, dejando salir un suspiro lleno de frustración. No puedo permitir que la

lujuria predomine en mí cada que quiera, mi fe es más fuerte que la maldad...

—Buenos días, Logan. ¿Cómo dormiste? ¿Descansaste?

Solo fue escuchar su voz para que todo mi sistema nervioso se alterara.

Abrí los ojos y contuve la respiración al verla enfundada en un vestido negro que enseña lo justo de su piel, pero que le queda muy bien. Sus piernas sin duda alguna son largas y muy bonitas, aunque estuvieran cubiertas con un par de botas negras hasta un poco más arriba de sus rodillas. Sus caderas tienen un poder único y digno de admirar por horas, más cuando esos pequeños huecos dejan a la vista parte de sus muslos y su cintura. Me volví a preguntar si no tenía nada por debajo del vestido.

—Buenos días — volví la vista a la ventana, porque si la sigo mirando, mis pensamientos me van a seguir traicionando—. Dormí muy bien, gracias. La cama es muy cómoda y logré descansar como es debido. ¿Tú descansaste?

—No mucho — se limitó a decir, por lo que la miré de reojo—. Tengo asuntos que no me dejan descansar, padre. Son como una carga que se centra desde aquí —tocó su vientre bajo para luego acariciarlo en dirección a su pecho—, y suben a mi cabeza. Es un dolor muy irritante.

Presioné los labios y me obligué a no verla más. Debe estar adolorida por la herida de bala, pero mis pensamientos llenan mi mente de un sinfín de pecados que no entran en discusión ahora ni nunca.

—¿Cómo está tu herida? ¿Aún duele? — me acerqué a ella sin pensarlo dos veces, pero mantuve una distancia mínima tan pronto me di cuenta de mi acción—. Si quieres puedo acompañarte a una clínica. Puede que no haya curado todavía.

—Gracias por preocuparte por mí, padre Logan — acortó la poca distancia que nos separaba, dejándome aturdido una vez más con la dulzura de su perfume—. Mi herida no duele tanto como en un principio. Los problemas que tengo están a la solución de un hombre que es prohibido.

—Ah, son cuestiones amorosas — tragué un nudo ácido, sin saber muy bien por qué me molestaron sus palabras.

—Carnales, padre — mordió su labio, esbozando una sonrisa fatal.

Carraspeé, dejando ir esos pensamientos de su desnudez una vez más. Su imagen me ataca sin compasión, sin razón y sin siquiera poder resistirme a su figura.

—Debo volver a la iglesia. Gracias por la cena y gracias por dejarme pasar la noche en tu casa, pero debo volver ahora mismo.

Su risa me sacudió todo por dentro, más cuando la yema de sus dedos rozó mi mejilla con extrema suavidad. No pude apartar la mirada de esos ojos tan azules como el cielo, ni mucho menos pude evitar el suspiro que escapó de mis labios ante su tibio tacto, calentando mi piel y mi alma en el proceso. Ese vacío en mi pecho parece haber sido llenado con un acto tan simple como una caricia.

—Padre — se aproximó tanto a mi rostro que hasta cortó mi respiración—, perdóname por no cumplir con mi palabra, pero no puedo dejarte ir hasta que te hagas cargo de todo lo que has provocado en mí con tu presencia.

—¿A-a qué te refieres?

—¿Sabes? Anoche no fuiste muy precavido con lo que hiciste a ojos de Dios.

Quedé frío ante su declaración, pero en el intento de explicarme, su caricia se propagó hasta mis labios y los acarició sin dejar de mirarme a los ojos.

—Pero seré paciente. Esperaré a probar todo de ti hasta que estés listo de entregarme tus deseos y tus pecados solo a mí — sonrió ladeado, provocándome cosquillas y una infinidad de emociones con esa caricia tan llena de afecto.

No tuve valor de alejarla o alejarme, después de todo, esa parte humana que hay dentro de mí quiere seguir experimentando el suave tacto de una linda chica. Me dediqué a disfrutar ese tierno tacto mientras durara. Nunca me habían mirado como ella lo hace, tal vez con deseos no tan buenos y dignos de escuchar, pero es imposible no sentir esa pizca de alegría y de orgullo por sus inesperadas confesiones y su atrevimiento al acariciar mis labios.

Su boca también se me apetece, pero no quiero ceder tan fácilmente a las tentaciones. Ella es una muy grande, una de la cual debo estar precavido o podría caer en cualquier momento.

—Y-yo... debo irme ahora mismo — di un paso atrás, dejando su mano al aire y siendo muy consciente del calor que sus dedos dejaron en mi piel—. Tengo misas que dar, compromisos que cumplir. Por favor, llévame de regreso a mi hogar.

—No.

—¿Por qué?

—Porque sencillamente no me da la gana dejarte ir — su cambio de actitud me desconcertó—. Este es tu nuevo hogar, pensé que había sido muy clara anoche.

—No juegues conmigo, Samantha.

—Por supuesto que voy a jugar contigo — tomó mi rostro entre su mano, enterrando sus uñas en mi piel y acercándome al suyo—. Sé obediente, es todo lo que puedes hacer.

—Entonces, ¿esto sí es un secuestro?

—Tu grado de inocencia me vuelve loca, pero me encanta — lamió mis labios pausadamente sin dejar de mirarme a los ojos—. Pórtate bien mientras voy al trabajo, ¿entendido?

—No puedes retenerme aquí en contra de mi voluntad — el corazón lo sentía agitado, tal vez por su reciente acción y que me gustó o por el peso de sus palabras—. Déjame ir.

—Ya te dije que no — presionó su boca en la mía, alterándome más de lo que ya me encuentro—. Regresaré en la noche y lo hablaremos con más calma.

—Samantha...

Puso dos de sus dedos en mis labios y me sonrió torcido antes de salir de la habitación y dejarme solo, confundido y aterrado.

Miré la enorme habitación a mi alrededor, el espeso bosque que refleja la ventana y más pánico sentí. ¿Cómo se supone que voy a salir de este lugar? ¿Por qué ella está haciendo todo esto? ¿Qué es lo que quiere exactamente de mí? Me seguí preguntando, mientras ponía toda mi fe en Dios, sé que él nunca me dejará solo. Soy un cura, un hombre que no tiene familia, ni amigos y tampoco cuento con dinero para ser útil en la vida de una mujer que lo tiene todo a sus pies.

# Samantha

—¿Qué piensas hacer con ese padre, Samantha? — cuestionó Fedora tan pronto me vio salir de la habitación de mi padrecito—. Si Dmitry se entera, estarás arriesgando la vida de un hombre de Dios.

Dejé de caminar para centrarme en ella. Que mencione a ese bastardo me irrita de sobremanera. ¿Acaso cree que traerlo en boca voy a temer como antes? Pues se ha equivocado.

—Te recuerdo que soy una mujer libre ahora.

—Sigues casada con él. No puedes huir nunca de tu esposo ni de tus deberes. Samantha, han pasado dos años, creo que ya es suficiente. Es hora de volver a casa y dejar de actuar como niños. Él te ama.

—Me ama, ¿eh? — sonreí con amargura—. Su manera de demostrar amor mató a mi hijo y por poco me lleva a mí también. ¡Ese hijo de puta no sabe amar a nadie más que no sea así mismo! Mira, Fedora, yo te agradezco que me hayas sacado de ese infierno junto a Ian, pero no pienso volver nunca con una persona que lo único que desea es verme muerta a toda costa. ¿Necesitas verme bajo tierra para comprender mis palabras?

—No digas eso, sabes lo mucho que te quiero. Pero...

—Entonces no te entrometas en mis asuntos — zanjé, cansada de siempre escuchar lo mismo—. Encárgate de llevarle desayuno y ropa más cómoda a Logan.

—Entendido — suspiró.

Bajé las escaleras, encontrándome con Ian y John listos para partir a nuestra reunión con los Lombardi. Hubiera querido tener más tiempo para hablar con Logan, pero necesito quitarme ese maldito yugo que me ata a ese maldito infeliz.

Si me hubiera amado, no me hubiera destrozado la vida como lo hizo ni me hubiera hecho conocer el infierno en sus manos durante tantos años. Nunca le voy a perdonar cuando sacó de mis entrañas a mi hijo, uno que compartía lazo sanguíneo con él y no le importó en lo absoluto.

—Vigilen muy bien a Logan — dejé la orden sin esperar respuesta de nadie, subí a mi auto e Ian arrancó en completo silencio.

John tuvo intención de hablar, pero también se aferró a un silencio cuando le indiqué con una mirada que no tenía ganas de escucharlo. Anoche discutimos por Logan, pero ciertamente lo que digan los demás me importa una mierda. Ese hombre se quedará conmigo les guste o no. Si es mi perdición o no, es muy problema mío, no de ellos. Además, tampoco le estoy confesando amor, solamente quiero pasar un rato agradable con un hombre inexperto y puro.

Treinta minutos después llegamos a la bodega donde mayormente los Lombardi suelen hacer las reuniones y de las cuales he participado un par de veces. A diferencia de otras reuniones, en esta solo estamos nosotros tres frente a dos de ellos. Aún no sé con exactitud quién vaya a estar frente a mí, pues es una familia grande y todos parecen tener el mismo grado de autoridad.

—Siempre es un placer volver a verte, Samantha Gaskell — comentó el rubio, dejando un beso en mi mejilla y riendo por la cara de furia de su esposa—. No le hagas caso, sabes bien que la rabia no es del todo peligrosa.

—Cállate o te arranco la lengua con mi bebé, princesa — refutó la colombiana, jugando con una cuchilla entre sus manos—. Cuando le llega el periodo se pone de perra, algo normal entre los hombres.

Reí, dándole un fuerte abrazo a Diana, pues llevo mucho tiempo sin verla.

—Debías dejarle la semilla a él y no cargarla tú — acaricié su vientre, recordando cuando mi hijo estaba dentro del mío—. El embarazo te ha puesto más ruda.

—Que va — bufó André, rodeando a su mujer y dándole un beso en su mejilla—, estando embarazada o no siempre es el macho de esta relación.

—Y tú la chica en apuros.

—Faltaba más — sonrió ladeado—. Siempre estoy dispuesto a ser salvado por mi princesa de cuchillos y Ak-47. ¿Para qué tener una manada de inútiles si mi esposa es la mejor tiradora?

—En eso difiero un poco contigo — intervino uno de los gemelos, pero no supe bien cuál era—. La mejor es Maya.

—Eso lo dices porque es tu hermana.

—Y la que protege tu sucio culo día y noche.

—En fin — Diana nos hizo señas de tomar asiento—. Hemos venido a hacer negocios con Samantha, no a echar chisme, par de señoritas.

—Muy bien. Dmitry Novikov, treinta años, ruso, pertenece a la familia con mayor influencia en Rusia. Hizo parte del ejército ruso desde muy temprana edad. Lleva casado ocho años con Samantha Gaskell, sin hijos... trafica el mismo tiempo que lleva de casado. Curioso, ¿eh? Prácticamente tenemos al hombre más importante y millonario de Rusia frente a nosotros — Damián dejó una carpeta con su fotografía sobre la mesa y mi corazón se llenó de odio.

Incluso hasta ver su rostro a través de una fotografía me da asco y furia.

—Cuando Russo decidió dejar a Novikov a cargo de sus rutas sabía que avecinaban problemas. Nunca me gustó, lo dejé muy en claro en cada reunión, pero tuvimos que conformarnos porque nadie

más accedió a transportar en un país como Rusia.

—Novikov tiene contactos muy importantes, de hecho — simplificó Ian.

—¿Cómo es que una linda chica como tú terminó casada con un maldito psicópata como él? — inquirió Damián.

—No todos tenemos la fortuna de elegir lo que queremos para nuestra vida. Ustedes nacieron en este mundo, si continuaron en este camino fue por decisión propia, ¿no? A mí me tocó aceptar lo que otros ya me tenían preparado.

—Esa es la razón por la que me gustas tanto, Sami — Diana golpeó en la cabeza a André—. Quiero decir, que me gusta la determinación que tiene. No malinterpretes mis palabras, mi amor.

—Continua con tu investigación, Damián.

—Gracias por darme la palabra, Diana — carraspeó el aludido, esbozando una sonrisa divertida—. No hace falta decir más sobre la investigación de Novikov, si de sobra sabemos a quién nos estamos enfrentando. El puto ruso no está contento con el hecho de haber cedido las rutas y todos los negocios a su linda y perspicaz esposa. No es que tenga miedo del hombre, faltaba más, pero me preocupa la integridad de mi familia, mi esposa y mis hijos — miró directamente a André—. Nos estamos adentrando a una guerra que no nos pertenece.

—Te dije que no sería sencillo — me susurró John al oído.

Lo miré furiosa, dejándole en claro que no podemos darnos el lujo de perder una ficha tan importante como lo son ellos, más cuando queremos llevar a cabo nuestra venganza.

—En eso sí estoy de acuerdo contigo, fotocopia — concordó André—. Cuéntanos, Sami, ¿qué tienes para ofrecernos?

—La lealtad es lo único que puedo brindarles hoy y siempre — me sinceré—. Quiero vengarme de Novikov por todo lo que hizo conmigo, mi familia y mi hijo. Así como destrozó mi vida, quiero acabar con la suya, pero por obvias razones no puedo superarlo tan fácilmente. Solo necesito las herramientas, del resto me encargo yo.

—¿Sabes? A lo largo de los años hemos aprendido a no creer en las palabras vacías de una persona. ¿Por qué confiar en ti? No me gusta estar matando a diestra y siniestra por la falta de honestidad.

—Lo tengo claro, sé que mi vida o lo que fue de ella no les importa ni un poco. Como les dije, solo necesito el suficiente poder para acabarlo como tanto lo deseo — le sostuve la mirada a André—. No quiero hacerles competencia, ni quitarles rutas o ganarme lo que ustedes han logrado por generaciones; yo quiero liberarme de ese maldito que me dejó sin nada. Traficar no es algo que me llame la atención, siendo honesta, pero es un modo para ganar dinero, poder y respeto, más cuando la vida te ha puesto en el camino a un ser despreciable y asqueroso como Novikov. Una vez logre mi objetivo,

quiero irme y rehacer mi vida lejos de todo.

—¿Y las rutas? Verás, no podemos soltarte territorio sin tener éxito garantizado.

—John e Ian se harán cargo de ello — los señalé—. Ellos son los que mueven la mercancía.

Hubo un silencio cómodo y poco denso. Los Lombardi parecían tener una conversación mental entre ellos, pues solo se quedaron mirando y sonrieron al unísono. Aunque son tan diferentes el uno del otro, tienen rasgos muy distintivos de esa gran familia. Si no es en el físico, es en la personalidad, pero en algo deben parecerse.

—Es astuta — fue todo lo que André dijo luego de un prolongado silencio—. ¿Tú qué opinas, mi reina?

—Será un arma poderosa en el futuro.

—¿Y tú, princesa?

—Ahora comprendo por qué Novikov quiere bajar su cabeza — Damián sonrió ladeado—. Trabajaremos cuando tú nos des la orden.

—Entre más pronto, mejor.

—¡No se diga más! Ahora haces parte de este barco, Gaskell — cerró André con un apretón de manos—. ¿Festejamos?

—Debo hacerme cargo de otros asuntos, pero Ian y John no tienen nada que hacer. Ellos celebrarán por mí. Hasta luego, señoritas — con una sonrisa victoriosa salí de la bodega.

Sabiendo que Ian y John no van a estar encima mío todo el tiempo, puedo hablar con Logan con más tranquilidad. Así que no puedo desaprovechar la oportunidad de oro que tengo para entablar un acuerdo con mi padrecito donde los dos resultemos beneficiados.

En dirección nuevamente a la mansión, acaricié mis labios trayendo la suavidad y la dulzura de los suyos. Si no hubiera tenido la reunión con los Lombardi, me lo hubiese comido a besos. No sé por qué me gusta tanto, pero necesito a como dé lugar sacarme ese gusto haciéndolo mío. Todo de él me resulta un poco más fascinante, desde luego que anoche al verlo espiarme terminé por enredarme en su red de inocencia y perversidad. A fin de cuentas, él también lo desea, pude ver las ganas en su mirada y en la forma tan tímida en la que reaccionó al roce de mis labios.

Hace mucho no sentía ninguna emoción como hasta ahora, he pasado dos años escondida de Novikov y, aun así, pudo encontrarme y atacarme en la última casa que Ian compró. Sé que a dónde estamos no es un lugar seguro, pero no puedo seguir escapando toda mi vida de él. Si mi plan es acabarlo, tengo que hacerle frente en cualquier momento, por eso me he venido preparando para el día en el que su vida penda de mis manos.

Nunca fui mujer vengativa, pero cuando se sufre y no se obtiene justicia terrenal ni divina, no hay otro modo de liberar la

carga que soltando uno mismo su propio dolor a un estilo que a ojos del mundo y del cielo no es justo, pero necesario. Aprendí con los años a no tocarme el corazón antes de actuar, porque no hay nada más llamativo que la inocencia de las personas. Novikov se aprovechó de mí, de la inocencia que había en mi alma y de cada uno de los sueños que ingenuamente me hice con él. Me enamoré perdidamente de un hombre que creía cambiaría todo por mí, cuando lo único que hizo fue pisotearme a su antojo y jugar conmigo para conseguir todo lo que siempre ha codiciado a grandes escalas.

A profecía de ese amor que algún día sentí y murió, deseo vengar la muerte de mis padres, de mis hermanos menores y la de mi hijo. Sacarme entremedio del pecho y la espalda ese sentimiento de odio y desazón con los demás y la vida.

Crucé la puerta de la mansión un tanto emocionada, pero me detuve al ver a una de las sirvientas conversando muy a gusto y en medio de risas con Logan. ¿Por qué no puedo hacer que me sonría de esa manera tan linda a mí? ¿Por qué conmigo siempre tiene que actuar tan tímido y formal?

—¿Interrumpo? — no aparté la mirada de ella.

—S-Sra. Nov... Gaskell — corrigió la chica, borrando la sonrisa de sus labios y quedando recta frente a mí—. Iré a hacer mis deberes. Permiso, padre — se inclinó hacia él un poco.

—Qué bueno que has regresado — mencionó, pero al igual que la chica, borrando esa sonrisa y optando una postura incómoda y más seria.

Me irrita que evada mi mirada y que no me sonría de esa forma en la que lo estaba haciendo hace un instante con esa chiquilla. ¿Le gustan las niñas? Me vi preguntándome, dando pasos cortos hacía él.

—¿Qué hacías con ella? — lo acorralé contra la pared, buscando su tímida y ardiente mirada.

—Hablábamos del jardín y lo bien cuidado que está. Tienes una casa hermosa y un jardín muy bonito — mordió su labio, sin dejar de mirar mi hombro—. Ahora que has regresado, ¿podemos hablar con calma?

—Habla.

—P-podrías apartarte un poco, por favor.

—¿Te molesta tenerme cerca?

—¡No! — suspiró, conectando su mirada con la mía—. N-no me molesta que estés cerca, pero...

—Pero ¿qué?

Soltó otro suspiro sin dejar de mirarme a los ojos. Su oscura mirada es tan transparente y bonita. El brillo de sus ojos tiene un hado de inocencia que incita a perderme en su alma. Su boca no se queda atrás, sus labios son muy bonitos y carnosos, además de suaves y

blandos. Quiero besarlo, muero por mezclarme con su sabor y robar hasta el último de sus alientos con mi boca.

—No puedo hablar si te tengo así de cerca.

Tuve la impresión de que sus ojos vieron mis labios por unos instantes antes de que volviera a fijar la vista por encima de mi hombro.

—Bien — retrocedí unos pasos, tratando de calmar los latidos de mi corazón y esas ansías locas de arrebatar sus labios—. Habla.

—Samantha, no puedes tenerme aquí. Así como tú cuentas con tu trabajo y tus deberes, yo tengo los míos con la iglesia y la comunidad. Si te preocupa que hable sobre lo que sucedió aquel día, no tienes nada de qué preocuparte. He guardado el secreto y lo seguiré haciendo por mucho tiempo más de ser necesario — incluso hasta el tono calmo de su voz me atrapa, es muy varonil, pero con una ternura que me prende en solo cuestión de segundos.

—Te dejaré ir pronto, pero no puedo permitir que te vayas.

—¿Por qué? ¿Por qué retienes a un cura en tu casa? ¿Qué razones tienes para no dejarme ir?

Me volví a acercar a él, dejándolo con la palabra ahogada. De nuevo su piel me llamó, así que acaricié la suavidad de su mejilla y la carnosidad de sus labios. Que me sostenga la mirada y me permita tocarlo no tiene precio.

—Porque me gustas mucho — acerqué mi rostro al suyo y nuestros labios quedaron a solo centímetros—. No quiero perder la oportunidad que tengo ahora de tomar lo que tanto me gusta.

—D-debes comprender que yo no puedo corresponder a tus sentimientos. Conmigo pierdes el tiempo, Samantha — desvió la mirada.

—¿No te gusto ni un poco? No me vengas con estupideces, porque ahora mismo estás temblando como una hoja ante mi tacto. Si no sintieras nada, no te hubieras masturbado anoche conmigo y tampoco hubieses permitido que te besara. Bien podrías apartarme, pero aún no lo haces. ¿Por qué negar que también sientes deseos?

—Porque no está bien — su voz se cortó, se veía tan frágil y dulce—. No me hagas más este tipo de cosas, por favor. Déjame ir y olvídate que alguna vez fui yo quien te salvó esa noche.

—No le estás fallando a nadie, Logan. Eres un hombre. Es normal sentir deseos, ilusiones y vivir experiencias únicas como un beso o una caricia — descendí mis dedos por su cuello muy lentamente, llegando a ese lazo blanco que rodea el mismo y lo ata a un pensamiento retrograda—. ¿En la biblia dice que la unión entre una mujer y un hombre está prohibida?

—No, pero yo soy un servidor de Dios...

—Shhh — rocé nuestros labios, cerrando mis ojos y disfrutando

el calor que brota su cuerpo y su tibio aliento—. Está bien que sientas, Logan. Eres de carne, además de que hay necesidades que no se pueden controlar con una fe mal impuesta.

Me apoderé de su boca, disfrutando a plenitud el roce torpe y suave de sus labios. A medida que fui aumentando la intensidad del beso, sus labios se movieron con más soltura sobre los míos. Pensé que me iba a apartar, pero me respondió el beso de una manera que me tenía alucinando y con ganas de explotar por dentro. No es el mejor beso que me han dado, no se compara ni un poco a los que Novikov solía darme, pero es suficiente para que encienda esa chispa que hay en mi interior.

Enredé mi mano en su cabello, profundizando el beso con mi lengua. La humedad de nuestras bocas se hizo más notoria, pues nos besábamos con tanta prisa y deseo. Antes de apartarme de su deliciosa boca, arrastré mis dientes por su labio inferior arrancando un tierno gemido que a su vez me sacó un suspiro. Podía sentir su deseo en la tensión de su pantalón y en la forma errática en la que respiraba. Verlo sonrojado y con las ganas impresas en sus pupilas, me dieron ganas de volver a saborear su boca muy a gusto, pero me detuvo.

—No está bien, Samantha. ¡Soy un cura! Perdóname, padre, te he vuelto a fallar...

De sus lindos ojos brotaron lágrimas, unas que nunca he visto en ningún otro hombre que no sea mi hermano cuando lo perdimos todo. Pero eso no le quita el hecho de que verlo llorar me hizo sentir la peor persona sobre este mundo. ¿En qué momento me convertí en ese maldito bastardo que me desgració la vida?

Me quedé como estúpida viéndolo llorar. ¿Será que confundí todo esto? Que él me guste y me atraiga como lo hace, no quiere decir que deba aprovecharme de él, ¿no? Es decir, no puedo obligarlo a algo que no quiere, aunque muy en el fondo también lo desee.

Me vi reflejada en sus lágrimas, en el limbo interno que sus ojos reflejaron. Esos malos recuerdos volvieron a atacarme, me hacían sentir ruin y poca cosa, como ese ser sin corazón ni alma que me destruyó un día. No puedo ser como ese bastardo. No puedo disfrutar el dolor de otros, más cuando se trata de un hombre inocente y bueno que me brindó su ayuda cuando me encontraba al filo de la muerte. Logan no tiene por qué pagar lo que otro me hizo vivir.

Retrocedí bastante, cosa que pudiera tener su espacio y volver a respirar tranquilo. Y, aunque quería disculparme y tratar de consolar su tristeza, el mismo nudo que se formó en mi garganta no me permitió hablar. Tenía los recuerdos latentes en mi mente y en mi piel, recordándome del por qué estoy involucrada en un mundo que no me pertenece.

—Puedes irte. Dile a uno de los choferes que te lleve de vuelta

a tu iglesia — di media vuelta y salí de la mansión en mi auto antes de que él viera la forma en la que solía romperme ante el dolor y la angustia.

Una vez en el auto, la misma opresión que sentía en el pecho me hizo explotar en llanto. Los recuerdos duelen, queman el alma y reviven marcas que aún siguen tatuadas en mi corazón como si estuvieran recién hechas.

Me detuve en medio de la carretera, viendo a la nada y pensando en todo lo que perdí y ya no puedo recuperar. Las lágrimas salían de mis ojos ante el hermoso recuerdo del latido del corazón de mi bebé y en sus mágicos movimientos en mi vientre. Pensé en mis padres, en lo mucho que se sacrificaron por mí, para al final morir en manos de ese hombre. La risa de mis hermanitos se difuminó en el aire, ahora quedando esos gritos de auxilio y piedad antes de que sus vidas se apagaran para siempre junto con sus sueños.

Entre cada lágrima que brotaba de mis ojos, el dolor y el odio se agudizaban en mi pecho. No puedo desenfocarme de lo que es verdaderamente importante, no me puedo permitir que un estúpido gusto y deseo acabe con mi venganza y esa cordura que siempre he mantenido desde que encontré mi nuevo propósito. Además, Logan tiene su vida hecha como cura, un hombre bueno que no merece nada de lo que en mente muero por hacer. Él es un gusto que con el pasar de los días, se irá de esa misma forma en la que llegó.

Regresé a la mansión cuando la noche estaba en su máximo esplendor y me aseguré de que esa Samantha tonta e ingenua ya se había ido de mí. No puedo creer que haya estado casi un día completo encerrada en el auto liberando ese demonio que tanto daño me causó en el pasado.

Llorar quita carga y ayuda a sentirnos mejor, pero no puedo darme el lujo de que vean mis puntos de quiebre.

Entré a mi oficina y me serví una copa de güisqui, observando el detallado informe sobre Novikov que Ian o John dejaron sobre mi escritorio. Damián se toma el trabajo muy en serio, hay partes de la vida de ese bastardo que incluso yo desconocía y no tenía ni la menor idea de que haya sido capaz de hacer. Fue bastardo desde nacimiento, supongo que tiene que ver con lo que inculcaron en su mente desde que solo era un niño, pero no por eso podemos hacer la maldad sin razón o por gusto.

—¿Comiste? Sabes que no puedes excederte de esa forma, Samantha — inquirió Fedora a mi espalda.

—Si es todo lo que tienes para decirme, puedes seguir haciendo lo tuyo — me estremecí tan pronto el líquido quemó mi garganta y mi estómago.

—¿Por qué es tan difícil hablar contigo? Entiende que dejar de

comer y solo beber te pasará factura en cualquier momento.

—Vete de aquí, Fedora, tengo trabajo por hacer — serví otro trago y lo bebí de un solo golpe.

El alcohol es el único capaz de calentar mi pecho, mi estómago y en sí todo mi cuerpo, cosa que no hace nada ni nadie.

—Bien, entonces entiéndete tú con él.

—¿De quién hablas? — me giré, llevándome la sorpresa al ver a Logan junto a ella—. ¿Qué demonios sigues haciendo en mi casa?

—No podía irme dejándote así.

Fedora se marchó rápidamente ante la mirada que le di, cerrando la puerta detrás de sí.

—¿No era lo que querías? ¿Quién te entiende? Suplicaste para que te dejara ir, ahora me dices que no podías irte al dejarme así — enarqué una ceja.

—No te veías bien — frunció el ceño—. No te ves bien.

—Realmente eres un hombre extraño y muy estúpido — endurecí el gesto—. No tienes que preocuparte por mí. Ya hiciste lo suficiente, ahora vete de mi casa. No quiero seguir viendo tu cara frente a mí por más tiempo.

—¿Cambiaste de opinión tan pronto? ¿Ya no te gusto?

Sonreí internamente, sintiendo que mi corazón se saltaba un latido. ¿Así que sabes jugar sucio, padrecito sexi?

—Me gustabas para tener sexo salvaje, pero tú no estás dispuesto a soltarte del yugo y dejarte llevar por mí, ¿o sí?

Presionó los labios, desviando la mirada y sonrojándose hasta el cuello.

—Y-yo...

—Si no la vamos a pasar rico, es mejor que te vayas ahora mismo, padre — sonreí—. Tengo trabajo que hacer.

—No puedo corresponderte como te gustaría por mis votos y la promesa que hice ante Dios.

—Entonces todo está dicho.

—Pero eso no quiere decir que no me guste o no sienta deseos. Siento, porque soy de carne y mi piel es sensible ante un suave tacto y un dulce beso como el tuyo, más no puedo fallar a mi iglesia y a mi Dios. Lamento decepcionarte, sé que hiciste todo esto con el fin de estar conmigo, pero no puedo seguir pecando. Ya lo hice en pensamiento y he obrado mal, créeme que estoy pagando por mis malas acciones. No quiero dejar de saber de ti y de tu bienestar. Podemos ser amigos, hablar sobre cosas sin sentido o de cosas muy importantes. Yo puedo ayudarte en ese abismo en el que te encuentras — se acercó a mí, quitó el rosario que descansaba en su pecho y lo puso alrededor del mío con suavidad—. La soledad es implacable, pero recuerda que siempre voy a estar ahí para ti. Si me necesitas o

requieres contarme del por qué estabas llorando y del por qué hay tanto dolor en tu mirada, sabes a dónde puedes buscarme. Voy a tener las puertas abiertas para ti siempre que quieras paz, sanidad y liberación — hizo la señal de la cruz en mi frente y, aunque tuvo la intención de decir algo más, sonrió tímido antes de salir de mi despacho, dejándome con una taquicardia terriblemente insoportable en mi pecho.

# Logan

Nunca pensé que algo como esto me pudiera suceder. En mi vida había equilibrio y paz, no existía la posibilidad de que un amor diferente a Dios llegara a hacerme dudar de mi fe y de mi vocación, pero Samantha llegó para cambiarlo todo a mi alrededor. Ahora pienso si está bien dejarme llevar por lo que sentí en la piel y en el corazón o hacer distancia de las tentaciones como hasta ahora. Sus besos tienen mucho que ver, su boca es un dulce del cual quiero seguir probando, pero tampoco puedo dejar de lado mi labor como sacerdote.

Hice una promesa, hice un voto fiel a mi Dios que he venido incumpliendo constantemente con hechos y pensamientos indecentes. No puedo y tampoco quiero seguir con la culpa en mis hombros.

Por alguna extraña razón, en mi pecho se instaló una punzada inexplicable cuando vi sus ojos y el mar de tristeza que había en ellos. Samantha no se encuentra bien, pero ahoga su dolor en el fondo de su ser y lo deja escondido para que nadie lo pueda palpar entre sus manos. Y, aunque no quería dejarla, así como se encontraba de decaída, es lo más sano para los dos. Yo no puedo brindarle nada más que mi amistad y mis consejos.

—¿Ya está listo, padre?

—Sí, ya nos podemos ir.

—Adelante — el hombre me abrió la puerta del auto.

—Gracias — observé la casa una vez más antes de subir en el auto y emprender camino a mi vida.

El hombre hizo un corto recorrido de la casa hasta un gran portón de color blanco, donde otro hombre lo hizo bajar del auto y le dijo varas cosas que lo hicieron retroceder y regresar a la casa.

—¿Algún problema? — me inquieté.

—No estoy autorizado para decirle lo que está ocurriendo. La Sra. Novikova le dirá lo que está pasando.

—¿Te refieres a Samantha? — fruncí el ceño.

—Mierda... sí, la Sra. Samantha dio la orden de no dejar salir a nadie de la mansión.

Frente a la casa había varias camionetas negras. No supe bien lo que estaba pasando cuando Samantha, su hermano y el hombre que me trajo estaban armados y dando órdenes a todos los guardaespaldas que cuidan de ellos. La Sra. Fedora incluso subió a una de las camionetas junto a una chica bastante joven y otra mujer que hasta ahora me doy cuenta de que vivían aquí.

—¡Samantha, no seas terca!

—Vete con ellas, yo me sé cuidar sola — Samantha subió a mi

lado, se veía muy seria y furiosa.

—¡Haz lo que te dé la puta gana entonces! — gritó el que es su hermano y subió a la camioneta donde las mujeres habían subido segundos antes.

—Se van a dividir por los caminos. Toma la ruta quince — ordenó al hombre, sacó su teléfono entremedio de sus senos e hizo una llamada—. Voy de camino. Tengan listas las tres avionetas — colgó la llamada.

—¿Qué ocurre?

En lo que me volteó a mirar suavizó el gesto. Que se haya dejado puesto el rosario me hace feliz, pensé que se lo iba a quitar tan pronto saliera de su despacho.

—No vayas a pensar que te estoy reteniendo. Surgió un inconveniente de último momento, así que no puedo permitir que salgas de la mansión sin protección. Yo te traje aquí y te puse en riesgo, lo mínimo que puedo hacer es brindarte seguridad.

—¿Qué clase de inconveniente surgió? ¿Puedo ayudar en algo?

—Solo sé obediente y haz todo lo que yo te diga. Cuando haya pasado el peligro y sea conveniente dejarte ir, lo haré. Pero por ahora estás seguro y a salvo conmigo.

—Esto tiene que ver con el disparo que recibiste el otro día, ¿verdad?

—Padre, hay personas que me quieren convertir en comida para gusanos.

—¿Cómo así? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que no van a descansar hasta que muera. Para muchos soy una piedra en su zapato — sonrió, aunque no se veía feliz.

—No pienses eso. Tienes a tu lado personas que te quieren y se preocupan por ti. Ellos no van a permitir que nada malo te suceda, y yo tampoco voy a permitir que vuelvan a herirte. Si necesitas mi ayuda, no dudes en pedirla.

—Gracias por ser tan comprensivo, pero no hace falta que muevas un dedo. Déjalo todo en mis manos — desvió la mirada, dejando su arma sobre su regazo.

Al verla incómoda y pensativa no quise insistir más en el asunto. Pueda que más adelante me diga lo que en realidad está sucediendo, aunque algo me dice que no es nada bueno con el simple hecho de tener que protegerse con un arma de fuego y salir de la casa con tanta seguridad encima.

No es para menos, pues hace poco sufrió un ataque, pero ¿quién quiere hacerle daño? ¿Por qué matarla? Fueron muchas las preguntas que me azotaron la cabeza y ninguna respuesta clara ante una amenaza que no comprendo del todo.

Después de salir de la mansión, llegamos a una especie de pista

y abordamos lo que en su momento creía era un avión, pero mucho más pequeño. Los nervios afloraron en la boca de mi estómago a pocos instantes de que la avioneta se alzara en vuelo.

—¿Todo bien? — inquirió ella, dejando su teléfono a un lado.

—Sí... estoy bien — mentí.

—Bien — sonrió ladeado, volviendo la vista a su teléfono.

Hice de tripas corazón para no soltar lo que en realidad estaba pensando y sintiendo. A medida que la avioneta fue avanzando para elevarse, mi corazón se aceleraba sin control. La avioneta no subió tan alto como lo había pensado, pero sí lo suficiente para hacerme sentir mareado y nervioso por la distancia en la que me encontraba del suelo.

Estando en los cielos me di cuenta lo lejos que la casa se encontraba de la ciudad, pues los edificios se veían muy pequeños. Eso quiere decir que el pueblo en el que nací queda bastante cerca.

Luego de treinta minutos en la avioneta, esta misma descendió en una pista cercana a una casa pequeña. Samantha fue la primera en bajar, dejando indicaciones a los hombres de seguridad mientras le seguía los pasos. Al entrar a la casa, un hombre la recibió con un fuerte abrazo y un beso que me incomodó más de lo normal. Fue tan cerca a sus labios, a esos labios que siguen estando frescos sobre los míos.

—¿Ahora viajas de la mano de Dios? — mencionó el hombre, rodeando su cintura con un brazo.

—Es el único que nos cuida, ¿no?

—Desde luego, pero... — le susurró algo al oído que la hizo reír.

—Mantén tus manos en su lugar o el padre se puede llegar a asustar, Cavalli — me miró por encima de su hombro—. Lo necesito centrado en sus oraciones.

Tragué el nudo amargo que se formó en mi garganta. Parecen ser muy íntimos, supongo que son más que amigos. La manera en que él la mira, la mantiene cerca de su cuerpo y le dice cosas al oído que no puedo alcanzar a escuchar me molesta más de lo que soy capaz de confesar en voz alta.

—Terri, lleva al padre a su habitación — le dijo a uno de sus hombres después de un rato.

—¿Puedo hablar un segundo contigo? No te quitaré mucho tiempo — me adelanté a decirle.

—Habla con el padre. Te espero fuera de la casa para irnos — volvió a dejar un beso muy cerca a sus labios, rozando con intensión la piel descubierta de su cadera—. Permiso, padre.

—Adelante.

¿Qué es esto que estoy sintiendo? Me pregunté, tratando de no

entrar en guerra contra la razón.

Tan pronto el hombre nos dejó a solas, ella no perdió el tiempo de acercarse a mí. Tenerla tan cerca a solo centímetros de sentir el calor que emana de su cuerpo, me llevó a recordar ese beso que me dio horas atrás.

—¿Qué eso que necesitas decirme y no puede esperar, padre?

Me quedé mirándola sin encontrar las palabras adecuadas. En realidad, no tengo nada que decirle, pero por alguna extraña razón no pude controlar mi boca hace un instante.

—¿Por cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí?

—No lo sé, tal vez unos días. Estamos aquí de paso, pero trataré de dejarte ir lo más rápido posible.

—¿Vas a salir a algún lugar? No deberías hacerlo si estás corriendo peligro.

—Me sé cuidar, además, Cavalli vendrá conmigo.

Un silencio incómodo nos rodeó. Ninguno de los dos sabíamos qué más agregar a una conversación que se sintió forzada y tensa.

—Muy bien — suspiró—. Trata de descansar. Volveré en un par de horas.

—¿Puedo acompañarte? — fue lo que salió de mi boca.

—No, no puedes venir conmigo.

—¿Por qué no? Puede que sea de ayuda — me encogí de hombros.

—Voy a tener que usar métodos que no te van a gustar en lo absoluto, padre.

—¿Cómo cuáles? — mi corazón se saltó un latido ante mi descaro. El calor que recorrió mi cuerpo me hizo sentir lleno de vida.

—Date una ducha y trata de dormir. Pediré que traigan ropa para ti — jugando con el rosario en sus dedos, cruzó por mi lado y salió de la casa sin decir nada más.

Me quedé de pie por largos segundos sin saber a dónde ir o qué hacer en una casa ajena. Terri, uno de los hombres de seguridad me guio a la única habitación que hay en la casa y trajo consigo una muda de ropa para mí. Luego de mostrarme el baño, salió de la habitación, dejándome solo y sin darme razón a dónde se había dirigido ella.

Aunque no soy de usar ropa casual y de tonos claros, no tuve otra opción que ponerme lo que me trajeron, pues ya llevo dos días usando lo mismo. Durante la ducha no dejé de pensar en Samantha y en lo que estuviera haciendo con ese hombre. Muchas cosas cruzaron por mi cabeza, principalmente, ella entregando sus besos y sus caricias sin ningún tipo de obstáculo.

Por más que quise arrancar de mi mente esos pensamientos, no podía. Cada segundo que pasaba, el escenario se transformaba en un

peor. Cientos de cosas obscenas me tenían al filo de perder la cordura, pues no podía dejar de imaginarla siendo feliz en brazos de alguien más; de alguien que sí es libre y puede corresponder todo lo que ella es capaz de brindar con tan solo un roce.

A pesar de que no tengo mi rosario, me realicé la señal de la cruz y empecé a orar por mi alma, pidiendo perdón a un Dios que está furioso y en desacuerdo con mi mal actuar. Terminé mis oraciones hasta que el cansancio se apoderó de mi cuerpo, además de que ya la noche estaba en su máximo esplendor. Me pregunté a dónde podía estar Samantha y del por qué no llegaba, pero los ojos se me cerraron sin darme cuenta de nada más a mi alrededor.

En mis sueños experimenté una caricia en mi mejilla y otra en mis labios, casi tan familiar a ese único roce que me ha hecho despertar de la muerte súbita en la que me encontraba. En mis sueños, en esos donde el subconsciente me hace recrear todo aquello que deseo y no puedo vivir estando en mis cinco sentidos, ella fue la única protagonista de que mi alma se alzara en vuelo y se disfrazara por un instante fugaz en alguien libre de ataduras.

—¿Por qué no puedes quererme como yo te quiero? Sabes bien que no necesitas de nada teniéndome a mí.

—Sabes que te he querido como un amigo. No me pidas lo que no puedo darte, Seth — le recordé una vez más.

—¿Los amigos tienen sexo casual y después hacen como que nada ha pasado? Qué estupidez — bufó—. Si te enciendes conmigo es porque te gusto.

—Que hayamos tenido sexo un par de veces no quiere decir que vayamos a tener una relación. Le estás dando mucha vuelta al asunto, Cavalli.

—Srta. Gaskell, yo lo único que quiero es que su corazón me quiera, aunque sea un poquito — dejó un suave beso en el dorso de mi mano—. Pero entiendo que ese hombre que te roba suspiros y se adueñe de tu corazón no soy yo.

—Ya no existe ese hombre en mi vida — bajé la mirada.

—No te pongas triste, muñeca — me hizo mirarlo a los ojos—. Pensé que habías trabajado en tu caradura.

Reí, descansando mi mejilla sobre su pecho. Los latidos de su corazón son muy tranquilos, pero no me brindan la calma que necesito. Llevo una amistad con Seth muy bonita, una en la cual he aprendido a abrirme a él y a contarle como me siento. Nunca he podido verlo con ojos de algo más, aunque no voy a negar lo mucho que me gusta tenerlo en mi cama.

—Hago lo que puedo, pero...

—Aún queda algo de esa dulce Samantha que conocí — terminó por mí.

—Trato de verme fuerte, aunque en el fondo no lo soy.

—Lo eres — acarició mi mejilla—. Pasaste por mucho. Perdiste tiempo, juventud y belleza en un hombre que no supo valorarte cuando te tuvo en sus brazos. Va a llegar el momento en el que vuelvas a creer en el amor — me tomó de la barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos—. Aunque no sea a mi lado, me gustaría verte sonreír y ser feliz, porque lo mereces, Sami — dejó un beso en mis labios, pero no pude responderle como antes.

—Lo siento, no tengo ganas... — mentí, porque realmente las ganas me tienen ardiendo de deseo, pero no es él quien me enciende.

—No te preocupes, sé que ahora tienes a alguien más en el pensamiento — sonrió divertido—. No sabía que te gustaran los curas.

—No me gustan — aguanté las ganas de reír.

—No me mientas a mí, porque sabes que no te creo nada. ¿Por qué razón deberías tener un cura a tu lado? Además — levantó el

rosario al aire—, por poco me arranca las manos cuando te abracé.

—Estás exagerando. Ese cura es demasiado simple para mi gusto.

Soltó una carcajada, escondiendo el rostro en mi cuello y depositando un beso en mi piel. Sus besos antes tenían el poder de despertarme en cuestión de segundos, pero ahora es una boca inocente y dulce la que me tiene con el corazón latiendo con desesperación.

—Debo irme — me levanté de la cama, dejándolo desconcertado.

—¿Qué cosa cambió? Dijiste que te consiguiera una casa y que pasarías estos días conmigo.

—Tengo que prepararme para el encuentro con Novikov, así que necesito tener la mente despejada y fría.

—¿Vas a ir sola?

—No, estaré con Damián, Ian y John haciéndole una grata visita a mi querido esposo — sonreí—. Gracias por tu ayuda.

—Voy a empezar a cobrar los favores.

—¿Dos te son suficientes?

—Si son las tuyas, sí — me volvió a acercar a su cuerpo de un solo tirón—. Un cura de iglesia de pueblo no es rival para mí.

—Ah, ¿no? — me zafé de sus brazos, esbozando una sonrisa divertida—. Descansa, Cavalli.

Salí de la casa y conduje sin rumbo alguno por unos momentos. El sol está a poco de salir, el cielo cada vez se aclara más. Había pensado que lo mejor era dejar a Logan solo en una casa, de ese modo no tenemos esa extraña incomodidad cuando estamos cerca, pero desde que lo dejé en ese lugar, no puedo arrancar de mi cabeza su mirada.

Llegué a la casa luego de asegurarme que no hubiera nadie siguiendo mis pasos. Entré sin hacer ningún tipo de ruido y fui hasta la única habitación que hay. Abrí la puerta con cuidado y me quedé viéndolo dormir bajo el umbral de esta. Se ve tan guapo y tierno durmiendo, más cuando sus expresiones reflejan el tipo de sueño que está teniendo.

Me acerqué sigilosamente a la cama, me senté a un lado y acaricié su mejilla con mis nudillos. Parece un tierno bebé durmiendo, además de que tiene un aura que irradia calma y tranquilidad de forma natural.

—¿Qué demonios tienes de especial? — susurré, trazando su rostro y delineando sus suaves labios—. ¿Está mal si te beso al estilo princesa, padrecito?

Me reí bajito por mis ocurrencias, con las ganas latentes de volver a fundirme en su boca por segunda, tercera y todas las veces que pueda, pero recordando la promesa que me hice a mí misma. Por

más especial que sea Logan, en un sentido que no comprendo del todo, no puedo arrastrarlo conmigo al infierno. Él es un hombre muy bueno y demasiado inocente para que alguien como yo arruine su mundo.

Dejé de acariciarlo a la fuerza, me levanté de la cama y caminé hacía la puerta con toda la intención de irme de allí lo más rápido posible, pero mi nombre fluyó como magia en sus labios, paralizándome y provocando un sinfín de cosquillas en el vientre y un poco más abajo de este.

—Si vuelves a nombrarme, no respondo de lo que pueda hacerte — volví a la cama y, en lugar de sentarme en ella, me acosté a su lado y me quedé viéndolo a una distancia corta, pero lejana a la vez —. Eres mi pecado hecho de carne y hueso, padre. Usted es el culpable de que quiera corromperlo a toda costa.

Cerré los ojos, dejándome llevar por la calidez y la tranquilidad que desprende su cuerpo. La facilidad con la que él me envuelve me asusta, porque, a pesar de que tengo claro que no es como Novikov o Cavalli, sé de sobra que nunca podría llegar a competir contra su fe.

# Logan

Desperté de golpe y sudoroso tras esos sueños indecentes y prohibidos que me tuvieron en la gloria durante el tiempo que estuve durmiendo. Se me está haciendo difícil controlar mis pensamientos y lo que quiere mi subconsciente, pero necesito alejarme de ellos, principalmente de ella y todo lo que me hace sentir cada que la tengo frente a mí.

No estaba para nada preparado para ver a Samantha acostada a mi lado, por eso me levanté de la cama de un brusco movimiento, casi cayendo de bruces al suelo. Froté mis ojos e incluso me atreví a pellizcar mi brazo para saber si se trataba de un sueño o estaba en la realidad. El dolor en mi piel me dejó muy en claro cuan real es.

Me acosté nuevamente en la cama, acercándome lo más que pude a su cuerpo y tratando de ser cuidadoso para no despertarla. Se ve muy hermosa durmiendo, quisiera detener el tiempo y congelar su linda imagen por siempre. Sé que no está bien sentirme atraído de esta manera, pero es algo que ya se escapa de mis manos y no puedo hacer nada para frenarlo.

—¿Qué haces aquí? — pregunté con el corazón a punto de salirse de mi pecho—. Pensé que pasarías la noche con...

Sacudí la cabeza y suspiré, borrando esos pensamientos que tuve anoche y enfocándome en su rostro y en la manera en la que su pecho sube y baja con ritmo. Se ve tan tranquila, parece un bello ángel recién caído del cielo; aún con su inocencia y su pureza intacta.

Yendo en contra de mis propios principios y entablando una guerra entre el bien y el mal, tuve el valor de acariciar su mejilla y perderme en la suavidad de su piel. Queriendo ir más allá y probar su boca una vez más, hice un corto recorrido desde su mejilla hasta sus labios, trayendo en colación el beso que me robó y tanto me gustó. Sus labios se quedaron tatuados en los míos, pues no hago otra cosa que no sea sentirlos húmedos sobre mi boca.

Todo a mi alrededor se redujo a ella, a su belleza al dormir, al inesperado suspiro que escapó de sus labios y en ese movimiento que realizó al pegarse más a mí y dejarme inmóvil por breves instantes. No está bien lo que estoy haciendo, lo sé y no quiero pensar por ahora en las consecuencias que esto pueda traerme, pero su piel entre mi tacto se siente maravilloso. Su piel es tan suave como sus besos.

No sé qué me pasa, pero justo ahora lo único que deseo es probar sus labios hasta robar su aliento. Las ganas de besarla me están dominando con mucha fuerza, no puedo dejar de mirar su boca entreabierta, se me hace difícil resistirme a ella. Estoy perdido, mi fuerza y mi resistencia se han hecho añicos.

Me aparté un poco de su rostro y dejé de acariciar sus labios, llevando la yema de mis dedos a los míos y fingiendo un beso de su parte. Observé su cuello, la protuberancia de sus senos sobresaliendo casi de su diminuto vestido. ¿Por qué se cambió de ropa? ¿Acaso hizo algo con ese hombre con el que se marchó el día anterior? Cientos de pensamientos, para nada agradables, cruzaron por mi mente, dejándome una vez más en claro que soy poca cosa para ella. No hay nada que yo le pueda brindar en esta vida.

Cerré los ojos y olvidé esa alianza que hice alguna vez con Dios, permitiéndome por primera vez en mi vida disfrutar de la cercanía de una mujer. Por primera vez en lo que llevo de vida quiero sentirme un hombre, uno que siente deseos como cualquier otro, que vibra ante una mirada traviesa y un beso lleno de pasión. Uno que no es de acero ante las tentaciones y las insinuaciones de una hermosa dama como ella. Quiero sentir, más espero no ser condenado en el infierno por fallar por primera vez.

Abrí los ojos, con un palpitar diferente en mi pecho al recorrer con mi mirada su vientre hasta llegar a sus caderas y sus muslos descubiertos. Su vestido se alza más arriba de lo que debería, dejando a la vista una prenda de color roja muy diminuta. Tomé la sábana y cubrí sus muslos desnudos, con la latente necesidad de recorrer con la yema de mis dedos todo su ser. Aunque su piel tiene muchos tatuajes, de los cuales no he puesto atención de sus formas o de lo que significan, ninguno de ellos le resta belleza y feminidad. Al contrario, esos tatuajes la hacen ver el doble de atractiva y sensual. Samantha es una mujer muy bella, segura de lo que es y capaz de provocar con solo una mirada.

Apreté la sábana entre mi mano, mordiendo mi labio y presionando muy suave mi puño a la altura de su pierna derecha, pero con un miedo incontrolable de ser descubierto. No quiero que piense lo peor de mí, pero me resulta fascinante sentir el calor que brota su piel, aunque sea a través de una tela.

Moví la mano con mucha cautela y suavidad, trazando el dorso de ella por todo su muslo hasta llegar a su cadera y quedarme por unos breves segundos pensando en lo mal que estoy haciendo al tocarla sin su consentimiento. Quise apartarme y no seguir aprovechándome de ella, pero las ganas y el deseo fueron más fuertes que la voluntad de apartar mi mano de su cuerpo.

Con la palma abierta apreté un poco su cadera, embelesado por la suavidad de su carne. Ese fuego en mi interior se expandió a lugares prohibidos, agudizando un palpitar conocido e incesante en mi entrepierna. Ese punzante dolor me hizo perder el control en solo cuestión de segundos. No supe ni en qué momento ya me encontraba acariciando el contorno de su cintura, ansioso tras sentir esos

calambres que tanto dolor me están causando.

Me acerqué más a ella, rozando intencionadamente mi erección en sus muslos. No sé lo que estoy haciendo, ni del por qué verla dormir y erizarse ante mi tacto me genera tanto placer y éxtasis, pero de algo sí estoy muy seguro, y es que estas únicas y maravillosas sensaciones no quiero dejarlas de sentir. El recuerdo de su piel desnuda y la manera en la que se tocó en la piscina me puso la imaginación a mil.

Aunque tuve toda la intención de tomar un camino de perdición entre mis dedos, me detuve justo antes de que pudiera llegar a tocarla, más el calor que su vagina brota y percibo en mi mano me está haciendo alucinar y ponerme aún más duro. No sé si sea capaz de contenerme, no cuando ella ha hecho todo lo posible por hacerme caer a sus pies.

—Termina de calentar el motor, padrecito — la miré de inmediato a los ojos, encontrándome con esa mirada dulce y perversa que tanto me enloquece—. No le tengas miedo, que ella aprieta y ahorca, más no muerde —puso su mano encima de la mía y las guio juntas a su centro por encima de su vestido—. Explora como gustes y como mejor te parezca, pero debes saber muy bien a qué atenerte conmigo. No puedes calentarme tan descaradamente mientras duermo y no hacerte cargo de lo que has provocado con esas manos tan grandes y divinas.

Presionó su mano en la mía, haciendo a su vez un ligero movimiento de muñeca sin dejar de mirarme fijamente a la ojos. Percibir entre mis dedos, pero por encima de su ropa, lo cálido y blando que se siente su vagina, explotó las sensaciones que estaban siendo acumuladas en mi interior.

Puede que me arrepienta después, pero ahora mismo, lo único que quiero, es continuar con esa exploración nueva y divina que ella me está ofreciendo.

Un calor sofocante se apoderó de todo mi ser, pues la humedad de su intimidad y el roce constante de mis dedos sobre ella me tenía al borde de la locura. No supe ni cómo mirarla a la cara. Una parte de mí se sintió muy mal por lo que estaba haciendo, pero la otra flotaba en las nubes, deleitándose con sus finos gemidos y su vibrar.

Debe sentirse extremadamente bien y excitante lo que estoy haciendo con mis dedos, ¿verdad? Porque su respiración se volvió más errática con el pasar de los segundos y sus gemidos se hicieron más audibles.

Dejó ir mi mano para que explorara a mis anchas, más lo que quiero es sentir piel con piel y palpar esa humedad que se siente a través de su ropa. Deslicé mi mano por su muslo, adentrándola bajo su vestido y disfrutando la suavidad de su piel. No encontraba qué hacer,

si tocarla directamente o esperar su consentimiento.

Se dio la vuelta, dándome la espalda y haciendo que la abrazara y me acercara aún más a su cuerpo. Se acomodó de manera que su trasero rozaba mi pene.

—Te voy a mostrar cómo es que debes tocarme. Para que el placer se extienda y se prolongue juega a diferentes velocidades, no tengas miedo de ir más allá, entre más fuerza mayor placer. Primero empieza a acariciar muy lentamente, tentando y provocando los puntos más sensibles — tomó mi mano y presionó dos de mis dedos en su feminidad, mostrándome el movimiento correcto a realizar—. Después sube el ritmo, que no hay nada mejor que sentir la presión en su máximo apogeo.

Tomé en cuenta sus palabras y me dejé llevar no solo por mis deseos, sino por todo lo que quiero recibir de ella. Hice a un lado la diminuta prenda que la cubre al tiempo que subía su pierna derecha sobre las mías. Rocé suave, pero con firmeza sus labios inferiores, provocando un sinfín de temblores no solo en ella. Su gemido se me hizo mucho más tierno y excitante, pues el roce de mis dedos por sus pliegues la tiene temblando sin control alguno.

Queriendo sentirla a profundidad y escucharla gemir más fuerte y resuelta, adentré de manera fugaz uno de mis dedos en ella. El calor, la estrechez y la humedad me sumergieron en un abismo del cual no quiero salir. Adentraba y salía de ella con un ritmo lento, pausado y profundo que nos tenía a los dos jadeando sin importar nada y, así como ella aconsejó, empecé a incrementar el ritmo y la profundidad de mis dedos. Se encontraba tan húmeda. El chapoteo de mis dedos saliendo y entrando de ella lo escuchaba claramente.

Entre tanto me perdía en sus dulces gemidos y en su excesiva humedad, ella llevó su mano a mi erección y la tocó por encima de mi pantalón. Me moví contra ella, disfrutando lo bien que se siente la estrechez de su interior y su mano presionando y deslizándose por mi extensión. La piel expuesta de su cuello me tentó de sobremanera, por lo que dejé una estela de besos por todo su cuello hasta llegar a su oreja y volver a descender mis besos por su cuello. Siento que la piel me arde, pero no de arrepentimiento al pecado que estoy cometiendo, sino porque el deseo que siento por ella se está transformando en algo desconocido, pero me hace sentir que mi vida al fin cobra un sentido.

—Logan... — detuvo mi mano, retorciéndose entre mis brazos y respirando acelerado—. El orgasmo puede esperar un poco más.

Se levantó de la cama, dejándome con un suspiro saliendo de entre mis labios y un dolor en la piel que pretende acabar con mi paciencia y mi tranquilidad. Subió sobre la cama y mordió su labio al repasar el problema tan evidente que tengo en mis pantalones. Sus ojos tienen el poder de hechizarme, ese azul es tan puro, pero a la vez

tan malvado.

—Estoy soñando — fue lo que dijo, quitando su vestido muy lentamente y con mucha sensualidad—. ¿En qué momento me cambiaron a mi padrecito inocente y pervertido que no me di cuenta?

Desvié la mirada, porque ese hecho me hizo dar cuenta del error que estoy cometiendo, pero, por otro lado, quiero seguir con esto que empecé por mi cuenta y que tanto estoy disfrutando sin arrepentimientos. Deseo a Samantha, necesito sentirla y tenerla para mí, justo como la tuve anoche en sueños. No puedo negar, en pocos días me ha cautivado por completo. Su belleza, su sensualidad, sus besos, su piel, el aroma que desprende su alma; todo de ella me fascina y me atrapa cada vez más.

—Sigo siendo el mismo Logan — resalté mi nombre, porque en este momento quiero ser solo Logan y no un hombre que sirve y está traicionando el amor de Dios.

Suspiró, quedando de rodillas en la cama y gateó hacía mí con una mirada bastante transformada y distinta. Su sonrisa se volvió maliciosa cuando empezó a acariciar mis muslos y aguanté para no soltar ese gemido que pretendía escapar de mi boca. Sus manos son pequeñas, pero muy suaves y cálidas.

—Padre, confieso que tengo en mente muchas maldades muy ricas que quiero hacerle — subió encima de mí, presionando su sexo en mi erección—. Pero necesito saber si estás seguro de seguir con esto o solo te dejaste llevar por el momento y la circunstancia.

Mi corazón se aceleró, claro que quiero seguir, por más en que una vocecita dentro de mi cabeza me pide que me detenga antes de que sea muy tarde, tengo claro lo que quiero y deseo.

—Quiero continuar — rodeé su cuerpo con mis brazos, estrechándola más a mí y dejándole en claro lo mucho que la deseo—. Olvida por un breve instante lo que soy. Mírame como un hombre.

Su boca se estrelló contra la mía con violencia, desatando todo ese fuego que llevábamos por dentro al mundo exterior. Sus besos son una constante delicia, capaz de hacerme alucinar y, aunque se me complica seguirle el ritmo, respondo a su boca con la misma intensidad y deseo con la que ella me besa.

Acaricié su espalda desnuda, sus caderas y, descaradamente me atreví a sostener entre mis manos sus nalgas, pegando su cuerpo más contra el mío, rozando y creando una fricción demasiado caliente y excitante entre los dos. Sus besos fueron en aumento y descenso por mi barbilla y mi cuello a la par en la que quitaba mi ropa con lentitud.

Su toque me tiene lelo, no hago otra cosa que recrear en mi mente lo que estamos a punto de hacer y no hay intención de echarnos para atrás. Para ser sincero, me siento más vivo y enérgico que nunca.

Mi ropa se deshizo en sus delicadas manos y, una vez me tuvo desnudo frente a sí, se dedicó a contemplar cada centímetro de mi cuerpo con lentitud. Me sentí nervioso e inseguro, ella es una mujer demasiado atractiva y yo soy muy contrario a ella. Pero su mirada me puso más caliente, porque en el reflejo de sus ojos vi deseo del más puro y sincero. A pesar de tenerme desnudo y no ser todo un Adonis, sus ojos no dejaban de quemarme la piel.

—Eres el pecado más grande que me voy a comer, Logan — dejó un beso en mis labios, antes de recrear mis deseos más prohibidos y profundos.

Si creía que tocar su piel y besar su boca era suficiente para convertirme en un adicto a ella, sus labios succionando y apresándome como si nunca quisiera soltarme me dejó con la mente en blanco. Su boca se siente muy bien, para ser honesto, en demasía. Ver como mi masculinidad se pierde centímetro a centímetro en su boca es una obra de arte, algo que no tiene nombre ni descripción alguna, más cuando con su mirada angelical y perversa me termina de noquear.

Aceleró sus movimientos, ayudándose a sí misma con sus manos y devorándome hasta saciarse. Esos temblores en mi cuerpo y esas cosquillas en la punta de mi pene se agudizaron. Si sigue atacando de esa manera tan voraz me hará terminar en su boca. Cuando creía que estallaría, dejó de acariciarme con sus labios.

Maldije, por primera vez una maldición escapó de mis labios y se perdió en el aire mientras intentaba recuperar un poco de aliento. Esto es mucho más doloroso que cuando me masturbé, incluso la urgencia de probar su carne es mucho más urgente ahora que antes. Mis venas palpitan sin cesar, deseosas de llegar a la cima del éxtasis junto a ella.

—No comas ansías — quitó la única prenda que cubre su cuerpo, dejándome maravillado con su completa desnudez—. Aquí te tengo un mejor recipiente para que termines.

—Eres preciosa, Samantha— la atrapé por la cintura y la besé con mayor soltura y menos timidez—. Me gustas mucho —confesé con miedo y angustia.

Me tomó del rostro y me miró fijamente a los ojos. Sus ojos brillan muy intensamente, pareciera que con una mirada pudiera ver a través de mí y todo lo que por dentro me quema y me hunde en el abismo.

—Aún hay tiempo de detenernos — musitó, acariciando mis mejillas con la yema de sus dedos—. Aún tienes tiempo de no perderte.

—Quiero perderme en ti — le aseguré, rozando sus labios con los míos—. No me arrepiento de lo que hasta ahora ha pasado,

Samantha.

En lugar de responderme con palabras, sus labios se apoderaron de los míos con más calma y suavidad, dando fin a una conversación que no entra en juego en este momento.

Las caricias no se hicieron esperar de parte y parte, así como ella se dio gusto tocando mi cuerpo y marcando sus manos por todo mi ser, yo aproveché para fundir mis manos en su piel y conocer cada rincón de esta. No hubo lugar que no acariciara con extremo cuidado, como si temiera romper en pedazos los pétalos de la rosa más hermosa que he podido tener entre mis manos y palpar entre mis dedos. Todo de ella es perfecto.

Quedé acostado en la cama, con ella encima mientras me besaba con pasión y desfogue. Tenemos tantas ganas de arrancarnos la piel entre besos y caricias, pero a la vez tenemos paciencia y lo llevamos todo sin prisas; alargando los roces de nuestras pieles desnudas. Fue ella la que me guio a su entrada y, de un suave, pero firme movimiento de caderas se deslizó por toda mi extensión, paralizándome y agudizando esas cosquillas que se apoderaron por completo de mí en ese momento tan sublime.

Sus movimientos ondeados de cadera nublaron mi razonamiento y mis deseos. Me quedé quieto y maravillado mientras ella bailaba seductoramente sobre mi cuerpo, mordiendo sus labios y gimiendo muy finamente sin dejar de mirarme a los ojos. El compás de sus caderas y sus senos rebotando me tiene embelesado.

La tomé de la cadera y por inercia la ayudé a acelerar sus movimientos, pues necesitaba mayor roce, mayor fuerza y mayores sensaciones y espasmos recorriendo por todo mi sistema. Su interior se siente ajustado, muy húmedo y palpitante. Me da la bienvenida abiertamente, pero me retiene de una forma alucinante. Y, aunque sentía incomodidad y un ligero ardor en lo que me deslizaba en ella, el placer y el goce que ahora mismo estoy experimentando, es más fuerte que cualquier malestar.

Tendió su cuerpo sobre el mío, descansando su frente en la mía y acelerando los movimientos de su cadera. La rodeé con mis brazos y le seguí el ritmo hasta que mis penetraciones se hicieron más constantes, fuertes y menos torpes que al principio. No podía dejar de sentirme en el mismísimo cielo, en ese que se extiende maliciosamente en su mirar.

Ella vibró, gimió fuerte a la vez que escondía el rostro en mi cuello y me apretaba de manera que me hacía moverme con mayor ímpetu y ganas en su interior. Tratando de agudizar la pasión y acrecentar el fuego, tomé su pelo entre mi mano y la besé, dejando ir mis deseos en ella y moviéndome como mejor pude para llegar a sus profundidades y a ese punto donde su cuerpo me transmite una

vibración excitante y deliciosa.

Una mordida en mi labio inferior vino acompañado de un fuerte arañazo en mis brazos. La presión fluyó de mí sin poder contenerlo. Hubiera querido que el placer y el goce durara más, pero lo cierto era que hace mucho me tenía al borde de explotar con ganas en su abismo y en lo que hoy se convierte en mi más grande perdición.

Una vez los temblores dejaron de gobernarnos, intentó bajarse de encima mío, pero la abracé por la cintura y la aseguré con mis brazos. No quiero dejar de sentir su calor y sus palpitaciones. Quiero seguir por más tiempo en sus adentros.

—Debo tomar una ducha — dijo en medio de una risilla traviesa—. Tú también deberías tomar una, pero conmigo siendo de gran ayuda.

—¿En qué debes ayudarme?

—A muchas cosas que no podrás hacer por tu cuenta.

—¿Cómo cuáles? — bromeé, sintiendo que el deseo volvía a crecer en mí.

—¿Desde cuándo te convertiste en un pervertido? — movió la cadera en círculos, haciéndome tensionar poco a poco—. Eres todo un diablillo, pastelito —se levantó de encima mío, llevándome con ella hacia el cuarto de baño.

Tan pronto el agua cayó sobre nuestros cuerpos, el deseo, las ganas y ese fuego que aún no se ha extinguido de nuestras pieles, volvimos a fundirnos en los brazos del otro. Estoy seguro de que no me voy a cansar de saberla mía, ni siquiera tuve en mente el pecado que cometí y, que sorpresivamente, no me causó culpa alguna.

# Samantha

En las últimas semanas he vivido enfrascada en una dulce e inocente condena. Logan resultó ser mucho más pasional de lo que había creído en un principio. No voy a negarlo, me encantó haberlo instruido con el pasar de los días, mostrándole el punto exacto que debe tocar para hacerme explotar en sus manos. Es un hombre muy dedicado y devoto, de eso no me caben dudas. Cada día me demuestra lo que es entregarse con pasión, olvidando por completo que aún se encuentra atado a su religión y sus creencias. Aun así, me desnuda de una forma indescriptible, ni Novikov ni Cavalli me habían acariciado de esa manera en la que Logan lo hace.

Sus manos a pesar de que son grandes y pueden tener una fuerza dominante, son extremadamente suaves y delicadas. Me enloquece con su tierno tacto, llevándome a lugares que no había ido en manos de dos hombres que, a pesar de ser tan diferentes el uno del otro, tienen un algo que los hace similares. Novikov tiene sexo exclusivamente para complacerse y sacarse las ganas de encima, Cavalli que, aunque pasional, usa el mismo patrón de conducta en la cama que mi adorado esposo. Son dos hombres dominantes.

Y está Logan, tan diferente e inocente en todo el sentido de la palabra. Sus besos, sus caricias, sus atenciones, sus abrazos luego de dejarlo todo en la cama. Verlo, saberlo y tenerlo en mi pecho cuando duerme es algo que se ha convertido en una obsesión casi enfermiza. Sabía que, si me comía ese dulce pastelito tan rico y puro, me volvería adicta a él.

Salí de la ducha envuelta entre la toalla y pensando en lo mucho que este mes he disfrutado con él, pero esa parte racional e intuitiva me tiene alerta y con ojos abiertos hasta en la espalda. Novikov no es de desaparecer de la noche a la mañana, más cuando ha estado en picada con el negocio. Creíamos que al quitarle rutas y rompiendo negociaciones saldría de su madriguera, sin embargo, se escondió más. Sé que algo grande está tramando. Ese maldito ruso narcisista es muy orgulloso y egocéntrico como para aceptar que ha perdido ante mí.

Me puse ropa cómoda y ligera antes de salir hacia la cocina, donde un Logan sonriente y muy enérgico preparaba la cena para los dos. Tengo que aceptar que es un hombre muy atractivo, pero últimamente lo he visto mucho más sexi sin tener esa ropa de velorio encima. Que cocine para mí me resulta fantástico.

—Ya iba por ti — puso dos platos sobre la mesa, sonriendo encantador—. La cena ya está lista.

—Gracias.

—Toma asiento — me ayudó a sentar como todo un caballero.

Pasé por alto el arreglo de rosas que había en el centro de la mesa, pues no me las ha entregado y tampoco ha he hecho alguna insinuación de que esto se trate de una cena romántica. Él, comúnmente, prepara la cena, de hecho, es él quien se encarga de alimentarnos a los dos.

—Me estás acostumbrando a mal con tus comidas — rompí la tensión que yo misma había creado con mis pensamientos—. Estoy pensando seriamente en contratar tus servicios.

—No hace falta que me contrates, con gusto lo hago a cambio de nada.

—¿Dónde aprendiste a cocinar así de bien? — cambié de tema intencionadamente, pues a veces resulta un poco intenso, más cuando me mira tan fijamente.

—Me gustaba mucho ayudar en la cocina a la Sra. Collins. De ella aprendí muchas recetas, como esta que hoy he preparado para los dos.

—¿Quién es la Sra. Collins? ¿Tu abuela? ¿Tu niñera?

Soltó una risita, negando con la cabeza.

—No, ella era la encargada del orfanato donde crecí. Aunque para mí ella es como mi madre, pues me dio amor y protección durante todos los años que estuve viviendo bajo su techo. De hecho, ella me certificó como su hijo antes que cumpliera mi mayoría de edad.

—Oh, ¿así que eres adoptado?

—La Sra. Collins no me adoptó, solo me dio un apellido para no ser un donnadie. Ninguna familia me adoptó, pero no me hizo falta amor de su parte, de su esposo y de sus dos hijas — sonrió ante la mención o quizá ante los recuerdos—. Ellos son la única familia que conozco.

Me quedé sin palabras, aunque él no parece estar triste o enojado por ese hecho. Ve a aquellas personas como su familia.

—¿Y tus padres? ¿John es tu único hermano? — quiso saber tras mi silencio.

—Mis padres fallecieron hace un par de años — enterré la cabeza en el plato, conteniendo las lágrimas y la rabia—. John es lo único que me queda en la vida.

—Lo lamento mucho.

—No te preocupes, esa es la ley de la vida, ¿no? Nacer, crecer y, posteriormente, morir. Nadie es eterno, pero somos seres hechos de costumbres.

—Tienes razón, pero sentir tristeza y dolor ante la partida de los seres queridos nos hace humanos — estiró las manos a mi rostro,

borrando con la yema de sus dedos esas lágrimas que escaparon de mis ojos—. Ellos deben estar orgullosos de la mujer que eres.

—No lo creo — dejé que limpiara mis lágrimas, pues sus manos resultan reconfortantes—. Ellos están muertos por mi culpa. Si no hubiera nacido...

—No lo digas, porque si no hubieses nacido, no tendría el gusto y el placer de conocer a una mujer tan bella y única como tú — sonrió ladeado—. No me habrías dado vida si no te hubiese conocido.

Me dejé agasajar por él, olvidando todo a mi alrededor y creyendo que no tengo una vida de mierda. Quise soltar muchas cosas que me están ahogando en un pozo, pero siento temor de ser juzgada al darse cuenta del tipo de persona que soy. Dolería si él me llega a ver con otros ojos.

Esa atracción que sentí por él en un comienzo se transformó muy rápido. Ahora me gusta mucho, no puedo dejar de pensarlo y de hacerme ideas de cómo sería nuestra situación si no estuviéramos condenados a una realidad subjetiva. Tal vez sea porque en este último mes hemos compartido más que la cama y un sexo bastante dulce y perverso, que la Samantha inocente y soñadora de antes ha empezado a idealizar un «nosotros», pero después está esa Samantha que nació del dolor y del rencor y que, me hace dar de cuenta que Logan no es más que un platillo lo suficientemente nutritivo para comer y desechar una vez lo termine.

Los días siguieron pasando sin mayor complicación, demasiados tranquilos para no pensar en que la guerra se desataría si nos descuidamos un solo segundo. Aunque Damián sigue trabajando en encontrar a Novikov, por mi cuenta y con la ayuda de Cavalli hemos estado siguiendo su pista, pero ese hijo de puta ha sabido esconderse muy bien.

En vista de que la casa donde estábamos antes era muy pequeña, tomé la decisión de ir con Cavalli y mantenerme en su mansión mientras logramos dar con el paradero de Novikov. A quien no le gustó la idea fue a Logan, pues ha estado de malhumor, sobre todo, porque no hemos tenido mayor intimidad como antes.

No es que ya no quiera estar con él, verlo así de enojado y serio me trae loca y con ganas de hacerlo una vez más mío, pero necesito acabar con ese pasado que tanto me persigue y no me deja continuar. Tal vez pueda intentarlo con Logan, pues de a poco se ha adherido a mis venas y va en dirección a mi corazón, de eso todo mi sistema está muy consciente.

—Deberíamos tomar un descanso — propuso Cavalli, estirándose perezosamente en su silla—. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Muy bien. Te aconsejo que tomes una ducha antes de irnos.

—¿De irnos? ¿A dónde? — fruncí el ceño.

—Te voy a llevar a mi restaurante favorito. Así que ponte más guapa de lo que ya eres.

—Podemos comer aquí, ¿sabías?

—Lo sé, pero aquí no tenemos la misma privacidad que tendremos en otro lugar.

Dudé, pero terminé aceptando. Después de todo, no me vendrá mal salir de esta sofocante rutina y de mi propia condena con Logan.

Tomé una ducha larga y revitalizante, despejando mi mente y centrándome en nadie más que no sea en mí misma, pero el rostro de ese infeliz no me deja traer la paz que necesito. Esto de estar jugando al gato y al ratón me está hartando. Tomaré la palabra de Damián al ponerle una pequeña trampa para que salga de su madriguera; sin embargo, no sé a quién usar como carnada.

Después de salir de la ducha, me puse un vestido azul noche muy sexi y me llevé la sorpresa al ver a Logan entrar a mi habitación con cara de pocos amigos mientras dejaba mi cabello caer suelto en ondas a mi espalda. No sé por qué me dan unas palpitaciones bien deliciosas cada que miro la dureza en sus ojos.

—Estás muy hermosa — cerró la puerta detrás de sí—. ¿Vas a salir a algún lado?

—Iré a cenar con Cavalli — respondí sin importancia.

—Ya veo — fue todo lo que dijo, observándome fijamente.

Lo miré a través del espejo, aguantando las ganas de reír y luego saltarle encima y comérmelo a besos. Es tan tierno, además de que no sabe disimular cuando algo le molesta.

—¿Algún problema, pastelito?

—No, ninguno. Diviértete con tu amigo.

—Que te no quepa dudas de que me divertiré como hace mucho no lo hago — sonreí victoriosa.

Me enfilé a la salida, pero él no se movió ni un solo centímetro de la puerta. Se quedó recostado en ella, viéndome fijamente con el ceño endurecido.

—¿Podrías moverte?

—No.

—Logan, no tengo ganas de discutir ahora mismo contigo. O mueves tu delicioso culo de ahí o te quito a patadas.

—Hazlo. Quítame. — me retó.

Me acerqué a su cuerpo, rodeando con mis brazos su cuello y acercando mi rostro al suyo. Lo miré a los ojos, sin dejar de pensar lo mucho que me gusta y lo mucho que altera a mi corazón con su simple presencia. Deposité un suave beso en su boca, olvidando todo a mi alrededor en la humedad y en la dulzura de sus labios.

Su reacción fue instantánea, me rodeó la cintura con sus brazos

y me estrechó más contra sí, soltando un suspiro al tiempo que me devolvía un beso mucho más alargado y apasionado que el que acababa de darle. Sus manos viajaron por mi espalda desnuda con extrema suavidad, erizando cada uno de mis vellos ante su electrizante tacto.

Descendió las manos hasta mi trasero y apretó con ganas mis nalgas, sorprendiéndome con esa acción tan deliciosa. Para terminar de enloquecer mis sentidos, arrastró los dientes por mi labio inferior, estirándolo con poca rudeza antes de romper todo contacto con mi boca.

Quedé con tremendas ganas de besarlo y seguir sintiendo esas hormigas caminar por debajo de mi piel, pero el suave y firme toque en la puerta nos rompió la magia del momento.

—¿Ya estás lista, dulzura mía? Mira que muero de hambre.

—En un momento salgo — respondí.

—No tardes, que luego me pongo ansioso si no te como — se alejó de la puerta, estallando en una carcajada que me hizo contener las ganas de reír.

—Cuando regrese continuamos con esto que dejamos aquí — lo volví a besar una vez más, frotando mi rodilla en su erección.

—No puedes irte y dejarme así.

De un rápido movimiento que no esperaba en lo absoluto, me giró en sus brazos y me estampó contra la puerta, llevando mis manos hacia atrás y presionándome contra la madera con firmeza y fuerza. Miento si digo que no me gustó lo que hizo, porque aparte de verse salvaje, se ve muy tierno.

—Ay, pastelito, los celos no son nada dulces — mordí mi labio, sacando el culo en pompa para sentir un poco más la presión de su dureza.

—Has estado conviviendo con él desde que llegamos a esta casa y a mí me has apartado de tu lado no sé por qué razón. Dime, ¿he hecho algo mal? Estábamos mucho mejor cuando éramos solo tú y yo estando lejos de esto — susurró en mi oído.

—Hay cosas que no tienen explicación, pero créeme cuando te digo que no tengo el mismo interés en Cavalli como sí lo tengo en ti — lo miré por encima de mi hombro—. Eres el único con el que quiero enredar varias partes de mi cuerpo.

—Demuéstramelo entonces ahora mismo — su mano se filtró descaradamente por debajo de mi vestido—. Demuéstrame que soy el único que te intereso y te importo.

Sonreí ladeado, desconociendo por completo al hombre retador y celoso que he creado solo para mí.

Me quedé pensando por un momento mientras atacaba mi cuello con locura y sin dejar de acariciar mis muslos a su pleno antojo.

Logan siempre me mostró una faceta tierna y delicada, pero, aunque está mostrando ser dominante y posesivo a raíz de los celos que siente, no raya el límite de lo no permitido y lo tóxico. Usa la fuerza suficiente para hacerme suspirar fuerte, estremecerme y desearlo con mayor intensidad, además de que no hay nada mejor que sentir sus caricias por toda mi piel. Sus manos me enloquecen.

—Incluso celoso te ves sumamente tierno — traté de girarme, pero lo impidió presionando mi cuerpo contra la puerta—. Ay, que agresividad.

—¿Pensabas hacer esto mismo con él? ¿O ya lo has hecho a mis espaldas? — tiró del vestido hacía abajo, sacándolo de un tirón sin dejar de ejercer presión en mi espalda—. ¿Pensabas salir así con él?

—¿Así cómo? — aguanté las ganas de reír—. No entiendo. ¿Acaso me veo mal?

—No te hagas la que no sabes a lo que me refiero — enredó su mano en mi pelo, torció mi cuello hacía atrás obligándome a mirarlo a los ojos y provocando un ligero escalofrío por todo mi cuerpo—. ¿Por qué tienes que usar ropa casi invisible para salir con ese hombre?

—Bájale dos grados a tus celos, pastelito. Me pongo lo que me canta el ojete, ¿entiendes? — sonreí maliciosa—. ¿Te molesta mi ropa?

—Sí, y mucho.

Imposible negar el palpitar violento de mi corazón. Este hombre me va a matar en cualquier momento con esa dulzura y esa dominación tan abrupta que ha despertado de un segundo para el otro. Su oscura mirada solo me enciende más el alma, me tiene enredada en todo lo que es él y que día tras día descubro.

—Estás dejando que los celos te dominen feo, padrecito.

—Te he dicho que no me sigas diciendo así.

Todo contraataque murió en mi garganta tras la fuerza que utilizó para romper entre sus manos mi ropa interior. Todo lo hubiera esperado, menos que fuera alguien tan impaciente, posesivo y celoso, pero como me encanta que muestre ese lado tan salvaje y dulce solo a mí. Mi piel se vio rojiza por la misma presión de la tela al estirarse y romperse, sacándome un gemido difícil de controlar y que delató lo mucho que me gustó la fuerza bruta y sensual que usó. Eso ha sido realmente delicioso. Ahora que estoy desnuda y expuesta para ser devorada frente a un dulce leoncito, me doy cuenta lo mucho que extrañaba, aunque sea sentir el roce de sus labios.

Sin decirnos palabra alguna, dejó un reguero de besos por mi espalda, descendiendo lentamente por todo el centro de ella y aquel tatuaje de dragón que tanto le gusta trazar con sus besos y la yema de sus dedos cada que me hace suya. Se supone que debería estar saliendo a cenar con Cavalli, después de todo, necesitaba despejar la

mente, pero es imposible negarme a esa pasión con la que Logan siempre me despelleja hasta el alma.

Acorralada contra la pared mientras me sometía a sus suaves y húmedos besos, arqueé la espalda dejando el culo arriba para darle mejor acceso a su principal destino.

Separando mis nalgas con ambas manos, lamió paulatinamente todo a su paso hasta profundizar su lengua por mis labios menores y hacer un delicioso recorrido por toda mi hendidura, provocándome un sinfín de temblores por todo el cuerpo. Mis gemidos se volvieron más fuertes, pues esa succión suave, pero violenta me sacudió hasta los huesos y me dejó con ganas de más.

Lo miré por encima de mi hombro, quedando maravillada con esa potencia en la que arremolina la lengua y la adentra lo más profundo que puede. Sus fuertes succiones vienen acompañadas de un gemido muy tierno y excitante de su parte. Verlo postrado a mis pies a la vez que me adora sin reservas ni compasión con solo la calidez de su boca, me termina de enloquecer y perder en su perversa inocencia.

No conforme con todo lo que me hace sentir con el roce frenético y salvaje de sus labios y su lengua, sumó sus dedos al juego, esparciendo toda mi humedad por entremedio de mis labios y hundiendo poco a poco sus dedos en mis adentros. Tuve que aferrarme fuerte de la puerta para no caer. No sé si es por el hecho de no haber estado hace días con él, pero me resulta fascinante y estremecedor la profundidad que alcanza con sus dedos. Es magnífico lo que esté hombre me hace sentir.

No sé de dónde aprendió a mover los dedos así de rico, rotando en círculos y curvándolos hasta llegar a ese nervio que me tiene derretida en sus manos y en su boca. Que su lengua siga humedeciendo mi entrepierna mientras sus dedos se pierden cada vez más profundo en mí es mucho más excitante y placentero. No sabía que ese lado tan perverso y lujurioso fuera a salir a flote con los celos. De haberlo sabido, hace mucho lo habría hecho padecer con Cavalli.

—Logan... — me retorcí, tomándolo del cabello y presionando su rostro en el medio de mis nalgas, enloquecida por la manera en la que me devora sin darme tregua a nada y simula penetrarme con sus dedos.

Sacó los dedos de mi interior antes de arrastrarme a su cielo, dejándome ansiosa al no llegar a ese orgasmo que pretendía ser apoteósico. Me quejé, respirando entrecortado y tratando de tomar el control de la situación y llevarlo a mi manera, pero esa estocada concisa y profunda con la que entró en mí me dejó con la mente en blanco y con las fuerzas por el suelo. La presión de su dureza se hizo más avasallante a medida que marcaba un ritmo poderoso y salvaje en mis adentros. Se movió con total libertad, rotando la cadera y

golpeando esos puntos donde mejor se siente y me tienen temblando sin control.

—Comprende que solo puedes ser mía... de este mismo modo en el que soy tuyo — tiró de mis caderas rudamente hacia sí, hundiendo sus uñas en mi carne sin dejar de apresar mi cuello con sus dientes—. Extrañaba mucho sentirte.

La misma bruma del placer no me permitió emitir palabra alguna. De mis labios solo salían un sinfín de maldiciones y gemidos que se estrellaban en la puerta y hacían eco por toda la habitación. Es difícil controlar mi voz, cuando Logan lo único que pretende con sus rudas embestidas es acabarme. Tira de mí como si me odiara, pero sus palabras llenas de ternura son las que me llevan a ese cielo que solo en su pasión he podido tocar.

A él no le hace falta experiencia para que nuestras palpitaciones se afinen y exploten a la vez. Solo basta con que se siga entregando a mí con esa perversa inocencia que tanto me vuelve loca y me tiene atrapada en su red.

Haciendo alarde de su lado más dominante, me tomó del cabello y me enderezó de un solo movimiento, golpeando mi interior sin descanso alguno y torciendo mi cuello para robar mis labios en un beso que me quitó el poco aliento que entraba a mis pulmones. Entre gemidos, mordidas sensuales de labios, descontrol y pasión volvió a marcar sus uñas en mi piel. Lo desconozco por completo, pero me gusta lo que me está haciendo sentir con su desbordante locura y pasión.

Nos arrastramos juntos al placer, dejando en claro lo mucho que ambos nos extrañábamos. No voy a negar algo que hasta un ciego puede ver; también extraño dormir sobre su pecho, aferrada de su cuerpo o cuando me abraza y me brinda todo su calor. Extraño sus suaves y torpes besos tratando de seguir el demandante ritmo de los míos. Me hace falta el extremo cuidado de sus caricias, así no sea para tener un sexo loco mientras nos tocamos con lentitud y a la vez con ansiedad.

Logan me gusta mucho, pero a la misma vez me aterra de sobremanera todo lo que me hace sentir. Después de lo que viví en manos de Novikov, salir adelante sin recordar cada día ese infierno ha sido toda una odisea.

Me vi envuelta entre sus cálidos brazos segundos antes de que cayera rendida al suelo. Su tierno beso en mi frente alteró un poco más los latidos de mi corazón.

—¿Ya bajó el estallido de testosterona? — sonreí divertida, apoyando la mejilla en su pecho—. He descubierto tu secreto salvaje.

Su risa resonó por toda la habitación, calentando mi alma y dándome más abrigo del que sus brazos me brindan. Con cuidado,

tendió mi cuerpo sobre la cama y me besó antes de inspeccionar mis caderas. Una expresión bastante bonita se hizo presente en su rostro.

—Te lastimé mucho — desvió la mirada avergonzado—. Perdóname, no quise hacerlo, pero...

—¿Crees que mis gritos eran de dolor?

—No debí tomarte así.

—Aunque me gusta lo dulce y cuidadoso que eres, no voy a negar lo mucho que me encantó el estallido de testosterona — le sonreí, soltando los botones de su camisa—. Acuéstate. Deja de pensar en lo rico que me tomaste y abrázame un rato.

Se quitó la ropa en solo cuestión de segundos con una sonrisa enorme y muy tierna. No tardó nada en tirarse a mi lado y abrazarme por la cintura. Me olvidé de todo con sus caricias, incluso en esa sensación amarga que estaba por gobernarme hace un momento cuando el recuerdo de Novikov azotó mi mente.

Desperté envuelta entre sus brazos y su tranquila respiración. Me quedé largos minutos observándolo dormir plácidamente a mi lado. Se siente bien estar a su lado, recibir su cariño y todo lo que puede dar. Aún no hemos hablado de muchas cosas que sé que a los dos nos dan vueltas en la cabeza, pero supongo que ese momento de sentarnos a hablar con calma y con honestidad llegará pronto. Por mi parte seré muy sincera, no voy a mentir con lo mucho que me gusta y me atrae.

Suspiré rendida, queriendo que esto que tenemos sea diferente y no así, quitándonos la piel en cada beso, pero sin saber exactamente a dónde vamos a llegar.

Me zafé de su abrazo y me levanté de la cama con sigilo. Desnuda, tomé mi bolso y saqué mi teléfono del interior para ver la hora. No me sorprendí al saber que son las dos de la mañana, pues suelo dormir muy pocas horas en la noche debido a las mismas sugestiones que me hago desde hace dos años. El recuerdo de esa noche donde perdí a mi hijo y casi muero, no me deja en paz. Desde esa noche no encuentro el sosiego.

Me puse su camisa luego de tropezar con ella y saqué un cigarro de mi bolso antes de salir de la habitación sin hacer mucho ruido. Caminé largo y despacio por el pasillo, jugando con el encendedor entre mis dedos. Entré a una de las habitaciones continúa de la mía y salí hacia al balcón a fumar en silencio y en calma, pero me estrellé con una silueta sentada en uno de los sillones de cuero, fumando y bebiendo directamente de una botella.

—¿Tampoco puedes dormir? — le pregunté, tomando lugar a su lado.

—No — respondió simple, dándome una mirada de reojo para

después volver a tomar otro trago de la botella—. Supongo que tú tampoco, ¿no?

—Supones bien — encendí el cigarro, tomando una larga bocanada de humo para, segundos después, soltarla al aire—. Lamento no haber podido cenar contigo.

—No importa — se apresuró a decir restándole importancia con su mano—. Ya habrá otro momento en el que tu curita no estalle de celos.

Soltamos una carcajada al unísono, pero tampoco quise ahondar en el tema a sabiendas de que guarda sentimientos por mí. Aunque le haya dejado en claro que entre los dos no habrá más de lo que hubo en su momento, no soy hija de puta para estregarle en la cara mis hazañas en la cama con otro hombre, ni mucho menos hablar sobre mis sentimientos.

El silencio entre los dos fue cómodo, tanto que no me di cuenta el momento en el que me recosté sobre su hombro mientras él acariciaba mi rodilla con la yema de sus dedos. Cavalli ha sido de gran ayuda en toda mi transformación. Ha estado para mí cada segundo, dándome fuerza y aliento para cobrar mi venganza y hacerle justicia a mi hijo y a todos esos años en los que me destruyeron poco a poco.

—Cada que pienso que estoy cerca de Novikov, me doy cuenta de que en realidad estoy muy lejos de encontrarlo. No sé cómo diablos hace para esconderse tan bien.

—¿No has contemplado lo que Damián te planteó?

—Sí, pero no sé a quién usar de carnada.

—¿A quién quiere? — me miró obvio—. Sabes bien que no vamos a ponerte en riesgo, yo no voy a permitir que logre su objetivo. Los enemigos entre más cerca estén de nosotros, mucho mejor.

—¿Cuál es el plan? Si te soy sincera, tengo temores que aplacan mi rabia contra él.

—Y es normal tenerlos. Han sido dos años en los que no lo has visto, desconoces lo que vayas a sentir cuando lo tengas cara a cara — se encogió de hombros—. No sé, tal vez aún tengas sentimientos por él.

—¿Eres estúpido, o qué? — endurecí el gesto—. Si crees que voy a caer rendida a sus pies una vez lo tenga frente a mí, estás muy equivocado, Cavalli. Parece que no has aprendido a conocerme del todo — me separé de su hombro y fijé mi mirada en la suya—. El amor que sentí por ese hijo de puta fue falso. Conoces mi historia, no hace falta repetirla para enumerar cada uno de los motivos que tengo para acabarlo. No tienes ni puta idea de lo que viví cada día estando a su lado.

—Ya, perdóname. No quise traer a colación recuerdos dolorosos.

—Lo único que duele, fue haber perdido a mi hijo; un ser inocente e indefenso que no pidió nacer, pero que llegó al mundo para hacerme sentir la mujer más dichosa a pesar del sufrimiento que viví constantemente — esta vez no permití que las lágrimas salieran de mis ojos, debo ser fuerte para enfrentarlo sin sentir ni un solo ápice de tristeza—. Estaba dispuesta a perdonar todo a cambio de la vida de mi hijo. Rogué y me humillé día tras día como nunca lo había hecho para que mi hijo siguiera creciendo dentro de mí, pero a ese maldito bastardo no le importó en lo absoluto. Así, con esa sonrisa maliciosa y de superioridad, acabó con lo único que me mantenía viva y llena de esperanza.

—No entiendo cómo fue capaz de quitarle la vida a su propio hijo.

—Es un maldito enfermo — fue todo lo que dije—. Que alguien sienta dolor le genera gran gusto y placer. Que alguien muera en sus manos y le suplique hasta el último de sus alientos es la cima de su éxtasis. Ni el sexo le brinda tanto fervor como arrebatar una vida con sus propias manos.

No me respondió nada por largos minutos, así que pude pensar claramente lo que debía hacer.

—Acuerda una reunión para mañana con Damián y, si es posible, también con André.

—¿Qué tienes en mente?

—Le voy a ahorrar lo agotante de un viaje y tiempo a mi esposo. Volveré a los brazos de mi querido, pero necesito asegurarme primero de una cosa.

—Espera, estás tomando una decisión muy precipitada. Primero debemos armar una estrategia, después te lanzas de cabeza al lobo.

—Mañana lo planeamos bien, pero con estrategia o no, voy a acabar con este asunto de raíz — puntualicé firme—. Lo único que voy a pedirte es que te lleves lo más lejos posible a Logan.

—Pero...

—Él no pertenece a este mundo de mierda. Créeme, le estoy haciendo un favor al tenerlo lejos y seguro de mí — me levanté y salí de ahí, silenciando toda réplica que pudiera tener ante mi decisión.

# Logan

Desperté tras cobijarme de la soledad y el vacío. La mañana se extendió ante mis ojos, muy luminosa por el radiante sol que se escabulló por la ventana y golpeó mi rostro.

Me levanté de la cama, buscando a Samantha adormilado por toda la habitación y el baño, pero me encontré solo como desde hace varios días. Su olor sigue tan intacto en mi piel y por todo el lugar, que es imposible borrar toda su esencia de mí.

Solté un suspiro tras el recuerdo de anoche y fui a mi habitación para tomar una ducha y estar presentable ante ella. Necesito hablar todo eso que me está consumiendo por dentro y que, ayer en un arranque de celos, dejé que saliera a flote sin darme cuenta de nada.

Tan pronto me arreglé, bajé en dirección al cuarto donde todos los días pasa horas con Cavalli y no me permite la entrada. Tan solo de pensar en todo lo que puedan haber hecho solos, la furia arde en mi interior. Los celos no traen nada bueno, la desconfianza tampoco, pero es algo que no se puede controlar una vez se siente que se pierde algo que es muy nuestro. Y, justamente, eso he empezado a sentir con Samantha desde que vivimos con ese hombre, aunque tengo muy claro que entre nosotros no hay nada.

No comprendo por qué pasa tanto tiempo encerrada en ese cuarto con él. Aunque ella me dice que es por cuestión de trabajo, esa parte de mí que no conocía está seguro de que miente. Dolería mucho si esas escenas que se han recreado en mi cabeza son reales, pues no voy a negar por más tiempo el amor que siento por ella. No sé en qué momento me enamoré, o quizá sí lo sepa, más no quiero soltar nunca todo esto que ella me hace sentir cuando me mira o me sonríe. Con solo su sonrisa, ella pone mi mundo de revés.

Respiré hondo para serenarme y, una vez me sentí tranquilo y que la cólera no volvería a hacerse dueña de mí, toqué dos veces la puerta.

Segundos después, Cavalli salió del cuarto fumando muy tranquilamente. No pude ver el interior de este por la misma rapidez en la que cerró la puerta a su espalda, ni siquiera pude ver si Samantha estaba ahí o no.

—Padre — sonrió ladeado—. Que gusto tenerlo por estos lados. ¿Qué se le ofrece?

Tragué la furia hasta dejarla apretada en mis entrañas, pero tan lista y dispuesta a atacar si ese hombre me sigue provocando de esa manera. Mi vocación lo fue todo en el pasado, ahora me da cierta

incomodidad y enojo ser llamado de ese modo. Además, no merezco llevar ese título después de todos los pecados que he cometido.

—Le podrías decir a Samantha que necesito hablar con ella, por favor — sonreí con las muelas de atrás, luchando con las ganas de borrar esa sonrisa tan irritante de su rostro.

—No está.

—¿Cómo?

—Pensé que te había dicho que saldría, después de todo, pasaron toda la noche juntitos en la cama.

—Ella no me dijo que iba a salir. ¿A dónde ha ido?

—Ah, recuerdo que ella no es de pedir permiso a nadie, padre — su sonrisa se hizo más grande, retadora y maliciosa—. Menos cuando regresa a los brazos del hombre que ama.

—¿Q-qué hombre? ¿De quién hablas? — rechiné los dientes—. Si esto es una maldita broma...

—Oh, no sabía que los padres vociferaran groserías — se burló —. Y que sepas que me compadezco de ti. No es justo lo que hace Samantha con almas tan pobres y vagabundas como la tuya.

—¡Deja de burlarte de mí! — lo aparté de la puerta, pero me detuvo por el brazo, sonriendo taciturno—. Dile que salga ahora mismo o entro a la fuerza.

—El veneno sigue presente en tus venas, hombre. Cuando ya no quede nada de ese mágico néctar que suele inyectar a simples mortales como nosotros, la venda caerá de tus ojos — soltó una risita —. El voto de castidad ya lo perdiste, ¿sabes cuántas mujeres mucho más hermosas y venenosas hay después de esa víbora?

—No la llames así. Ella es...

—Está casada — dijo con aburrimiento mientras mi corazón parecía romperse en el interior de mi pecho—. Las mujeres como ella buscan al doble lo que su marido les brinda. ¿Creías que una mujer tan bella como ella, estaría sola en este mundo de alacranes? Si fuera de ese modo, hace mucho tiempo la habría hecho mi mujer y no sería tan estúpido como el hombre con el que unió su vida. En fin. Así son las mujeres, disfrutan del sufrimiento masculino. Te doy un consejo de gratis, padre, nunca te enamores y te fíes de la dulzura que ellas brotan, porque todo dulce resulta perjudicial. además de que da diabetes — palmeó mi hombro—. Hay una camioneta que te llevará de vuelta a tu vida. Espero que hayas disfrutado de la estadía en mi casa. Cuando quieras volver, aquí serás bien recibido —volvió a llevarse el cigarrillo a los dientes, antes de entrar al cuarto y cerrarme la puerta en las narices.

El nudo que se formó en mi garganta no me permitía hablar, sentía que cada segundo me ahogaba. Con la clara seguridad de que todo era una mentira de ese hombre, fui corriendo a su habitación,

pero todo estaba tal cual lo dejé cuando salí hace un momento. La cama estaba intacta, todo en completo desorden, dejando en claro lo mucho que anoche nos complementamos el uno al otro, e incluso su fragancia sigue intacta en el aire.

Me acerqué al armario y una punzada en el pecho me dejó frío y sin saber qué hacer. En el lugar donde reposaban sus bonitos y sensuales vestidos, no había más que soledad y el ligero olor de sus prendas. Me quedé sosteniendo las manijas de las puertas, viendo fijamente algún punto del interior del armario y preguntándome en qué momento ella se llevó todo sin yo haberme dado cuenta.

—Ella no se pudo haber ido, no cuando le entregué todo de mí.

Me aferré a la posibilidad de que Cavalli solo estaba jugando conmigo, pero una nota sobre la mesita de noche me terminó de hundir en ese dolor que tan agonizante me está consumiendo la piel y poco a poco el corazón.

«Regresa a tu iglesia, pastelito. Todo fue muy dulce mientras duró, en este caso, mientras me duraste en la boca».

Pero por más en que esas palabras me hirieron profundamente, guardé la esperanza de que era mentira, tal vez ese lado estúpido que quiere seguir creyendo en que no hay nadie más en su vida que yo, pero el lado más sensato se burla de mí, repitiéndome a cada segundo que lo dejé todo, incluso me atreví a ir en contra de Dios, a cambio de nada...

Mi regreso al pueblo causó furor, ya que la comunidad es muy conservadora y cualquier noticia corre por cada calle peor de grande a como en realidad es. Muchos dieron por hecho que estaba muerto, mientras otros tenían la esperanza de que «un hombre de buen corazón y con grandes principios como yo» saldría intacto de las manos de esas personas malvadas que se atrevieron a llevarse a un cura. Pero todos desconocen lo bien que la pasé estando lejos de todo esto y viviendo por fin sin ninguna atadura, pues me di cuenta al pisar el suelo santo, que mi labor como sacerdote había muerto en los brazos de un cielo hermoso, pero traicionero.

Aún trato de comprender lo que pasó y no encuentro una explicación razonable del por qué las cosas empezaron y acabaron de la nada. Sabía que me estaba condenado, aun así, hice caso omiso a mis propias advertencias y me tiré de cabeza al pozo a donde ahora me encuentro. Supongo que no tengo la culpa de haberme hecho ilusiones, después de todo, es la primera vez que el amor toca las puertas de mi corazón.

Lo que consideré una vez como una aberración y el pecado más grande al que huía a toda costa, resultó ser la condena más divina que haya podido vivir. Nada será como antes, pero nadie podrá quitarme

la ilusión y lo vivido de la piel y del corazón con esa mujer que me dejó a la deriva, cuando en mi mente me creé todo un mundo juntos.

Luego de presentar mi carta de renuncia ante el Obispado, tomé mis pocas pertenencias y me marché del pueblo al que con tantos sueños y metas llegué. Ahora bien, no sabía que el destino tenía algo totalmente diferente preparado para mí. Samantha le dio un giro radical a mi vida, tanto que ahora no sé cuál es el rumbo que debo tomar.

Entre dudas y cientos de inseguridades y temores, decidí volver al orfanato. Sé que allá nunca me van a cerrar las puertas, porque en cierto modo me consideran como parte de su familia; sin embargo, siento desagradable no tener ni un padre, ni una madre o algún hermano con quien contar. La iglesia siempre fue mi hogar, ahora solo me queda regresar al lugar en el que crecí y me brindaron cariño y protección.

Subí a mi auto con la desesperanza latir fuerte en mi pecho, acabado y sin ganas de vivir. Incluso tuve la idea de quedarme en la iglesia, callar mis pecados y continuar con la vida tranquila que llevaba antes de conocerla, pero no soy un hombre que engaña y miente de esa manera tan baja. Cometí un gran pecado, no soy digno de seguir ofreciendo la palabra de Dios a un pueblo que pone la fe y toda su esperanza en su iglesia.

Soy libre, no tengo temores que me hagan contradecir el alma, pero no tengo nada ni a nadie. Soy tan patético.

Tomé el camino más largo por la carretera, evitando ir por el que la encontré esa primera vez, pues el recuerdo de sus besos y sus caricias son fuego en mi corazón. No me di cuenta de que las lágrimas cubrían mis mejillas, dado que mantenía la vista fija en la carretera, con un tormento en la cabeza y el corazón que me hacía sentir cada segundo más miserable de lo que soy.

Me detuve a un lado de la carretera cuando las mismas lágrimas nublaron mis ojos y el respirar se me dificultaba cada vez más. Han pasado días eternos en los que he estado en la cuerda floja y, justo ahora que pienso en que no soy nada ni nadie para el mundo, sentí el golpe contra el suelo luego de ese hilo romperse. Miserable es poco a como en realidad me siento.

Me quedé viendo a la nada durante largos minutos, sintiendo el cruce violento y rápido de los autos por mis espaldas y un poco maravillado por la vista tan verde y espléndida que me da el abismo cuesta abajo. Pensé en Samantha y su supuesto esposo, en lo mucho que debe estar disfrutando centímetro a centímetro de su hermosa figura. El nudo se acrecentó aún más en mi garganta, por eso mismo borré esos pensamientos de mi mente y regresé al auto.

Dos toques suaves en el cristal me hicieron desviar la vista

hacia el golpe. Un hombre de mediana edad me sonrió amigable antes de hacerme señas para que bajara el vidrio.

—¿Ocurre algo?

—Me he quedado sin gasolina. ¿Podría llevarme hasta donde pueda, por favor?

—Por supuesto que sí. Sube.

El hombre un poco sorprendido, subió a mi lado con un galón vacío y un maletín de cuero negro.

—Muchas gracias por llevarme. Me dijeron que la gasolinera queda a unos cuantos kilómetros, pero caminando debe tomarme más tiempo.

—Puedo llevarte hasta la gasolinera, por mí no hay ningún problema.

—¿De verdad? No quiero quitarle tiempo.

—Realmente no tengo problema — sonreí, poniendo el auto en marcha—. Incluso puedo volver a traerlo.

—Es muy amable de su parte. Muchas gracias, son pocos los que son buenos y se detienen a ayudar.

—Como dijo Agustín de Hipona; «Si precisas una mano, recuerda que yo tengo dos».

—Muy acertado.

Lo vi de reojo rebuscar algo en su maletín, más no contaba con la presión del frío metal en mi cabeza. Por poco me salgo de la carretera ante el cambio brusco de temperatura que experimenté en mi cuerpo.

—No le voy a hacer daño, solo siga el camino hasta la siguiente intervención.

—Si es dinero, no tengo nada de valor. Puede llevarse el auto, pero no me haga ningún daño.

—No estoy buscando dinero, siga manejando sin hacer más preguntas — miró por el retrovisor, quitando el cañón de mi cabeza—. Maldición. Acelere un poco, aunque tampoco exceda la velocidad.

Hice lo que me pidió, con el corazón latiendo desesperado en mi garganta. No sé qué es lo que está pasando y qué pueda estar buscando este hombre conmigo. Que mire el retrovisor y voltee a mirar atrás constantemente es una mala señal. ¿Será que está en problemas y solo busca escapar?

Cuando planeaba hacerle la pregunta y comprender un poco más lo que estaba ocurriendo, la intervención del túnel nos sumió en la oscuridad.

—Detenga el auto.

Acaté su pedido de inmediato, nervioso por lo siguiente que ocurriría. Todo pasó en una ráfaga de viento, que no me di cuenta ni de cómo terminamos en otro auto y en dirección contraria mientras

dos hombres con nuestra misma ropa y casi idénticos a nosotros seguían el camino por el túnel en mi auto.

—Ahora que no estamos siendo asediados, me puedo presentar como corresponde. Soy Brenner, el encargado de su seguridad.

—¿Qué? — lo miré confundido—. ¿Seguridad de qué?

—Estoy para protegerlo, padre.

—Mi nombre es Logan. ¿Cómo sabe que fui sacerdote?

—Cuando me disponen un objetivo a proteger, suelo investigarlo todo — respondió con simpleza—. Me disculpo por la forma en que lo intercepté, pero no tenía otra opción para ponerlo bajo seguridad.

—¿De qué se supone me estás protegiendo? ¿Quién eres? — fruncí el ceño—. ¡Y ponerme un arma en la cabeza no es para nada seguro!

—Me dijeron que mi culo dependía de que el suyo siguiera igual de intacto o rodaría mi cabeza. Solo me adelanté a los hechos por si se oponía — se encogió de hombros.

—¿Quién te envió? ¿Se trata de Samantha? ¿Ella está haciendo esto de nuevo? Porque de ser así, no planeo seguir en su ridículo juego. Detén el auto, por favor. Dile que no quiero saber nada más de ella.

—La Sra. Samantha lo protege, Logan. Y si la señora invierte su tiempo en proteger a alguien más que no sean los suyos, es porque es importante para ella. Ahora bien, si busca respuestas, no soy el indicado ni mucho menos estoy autorizado en darlas.

—No entiendo. ¿De qué me está protegiendo exactamente? — mi corazón se aceleró, no sé si de emoción por las palabras del hombre o por todo lo que está pasando.

—De no ser porque intervine a tiempo, ya lo habían pasado a mejor vida. Lo quieren muerto, padre, y mi deber es protegerlo y mantenerlo con vida a toda costa, por lo menos hasta que esté a salvo en el territorio de la Sra. Samantha.

# Samantha

—El objetivo ya se encuentra a salvo, Sra. Samantha — me avisó Brenner por el intercomunicador.

—Perfecto. Mantenlo bajo llave hasta nuevo aviso.

—Sí, señora.

Corté la comunicación sin añadir nada más o antes de que alguno de los hombres de Novikov se diera cuenta de lo que estoy haciendo. Me siento más tranquila al saber que Logan está bajo la protección de Ian y John, que dejarlo por ahí solo siendo vigilado y protegido desde las sombras. Me tranquiliza el alma saber que no le ha pasado nada luego de esa amenaza que ese bastardo me dio.

No sé de dónde pudo haber sacado las fotografías de Logan, ni mucho menos enterarse de la relación tan estrecha que mantuve con él en aquella casa, pues allí solo estábamos los dos solos y todos mis hombres de seguridad. No quiero ni pensar que uno de ellos me ha traicionado, aunque eso explicaría el por qué siempre me encontraba sin importar el lugar donde me escondiera.

Acomodé mis gafas de sol en mis ojos y me llevé a los labios el vaso de agua para disimular. Las mansiones de Novikov siempre tienen un mismo patrón de diseño, eso no ha cambiado ni con el pasar de los años. Es tan estúpido al dejar siempre las mismas trampas en los mismos lugares. Aunque no por eso me puedo confiar, ese maldito ruso sabe jugar muy bien y en el lugar menos indicado siempre está la trampa.

—Sigues igual de impresionante, mi amor.

—Siempre lo he sido, mi vida — le respondí sin dejar de mirar al frente.

—¿Es así como recibes a tu esposo luego de días de no tenerlo calentando tu cama? — me cubrió del sol, esbozando esa sonrisa que usa cuando quiere sexo—. Han pasado dos años.

—Y te recuerdo que me has intentado matar más de una vez.

—Eso es lo que quiero y tú lo sabes bien.

Quise matarlo ahí mismo, pero mantuve la calma y solo lo miré con total indiferencia. Años atrás todo hubiese sido diferente, pero eso era cuando sentía un amor profundo por él. Ahora no guardo más que odio y resentimiento en mi corazón.

—Ya ves, yerba mala nunca muere — le hice un gesto aburrido con las manos—. Ahora quítate, arruinas mi bronceado.

—No comprendes, ¿verdad?

—¿Qué cosa no comprendo?

—No me hagas perder la poca paciencia, Samantha. Tengo una

reunión en la noche y vas a venir conmigo como la esposa linda y obediente que eres.

—Oh, que gracioso. ¿Ahora sí soy tu esposa?

Me tomó fuerte de la barbilla con una mano, acercándome a su rostro de un solo halón y respirando furioso encima del mío.

—Incluso estando muerta lo vas a seguir siendo — besó mis labios, cerrando con su otra mano mi cuello—. Sé obediente y haz lo que tu esposo te dice. Los resentimientos han quedado en el pasado, pero no me hagas quedar viudo tan pronto. Aún no olvido lo mucho que me jodiste.

Sonreí torcido, liberándome de sus manos y empujándolo suavemente del pecho. Su mirada sigue tan inexpresiva como siempre, pero ahora me mira con un destello diferente. Ahora no me ve como un ser indefenso e inferior al que estaba acostumbrado a pasar por encima. Su mirada tiene advertencias, pero también desafío y algo más que no supe interpretar.

—Prepárate — se marchó sin recibir repuesta alguna.

Volví a mi habitación, tomé una ducha larga y salí encontrándome con un vestido dorado sobre la cama. Ni siquiera leí la nota que Novikov había dejado sobre este, solo me lo puse y terminé de peinar mi cabello y de maquillarme. No me interesa saber qué es lo que quiere decirme por medio de papelitos. Su actitud pasiva me tiene alerta, tal vez porque esperaba encontrarme con ese hombre explosivo que siempre ha sido y que ahora parece haberse esfumado.

Bajé las escaleras con precaución de no enredarme con el largo del vestido, recibiendo una marea de cumplidos en ruso que no me esperaba, pero que tampoco me deslumbraron. Tan pronto pisé el último escalón, me vi envuelta entre sus brazos y su aroma.

—Empiezo a dudar en si ir al evento o quedarme haciéndote mía — enterró su rostro en mi cuello, deleitándose con mi olor—. Ahora recuerdo lo que tanto me enloqueció de ti.

No hice ningún comentario, porque mi mente viajó a otro hombre y a otro cuerpo. Imaginé estar entre los brazos de Logan, siendo devorada y adorada por alguien tan puro como él. Los besos de Novikov por mi cuello y mi hombro se tornaron caricias que me estaban matando poco a poco el alma, porque mi yo interno le estaba fallando a quien verdaderamente ama.

Fue tan duro apartarlo de mi lado y hacerme como que nada me importaba. Recordar sus palabras y lo desesperado que sonaba me quema el pecho y me hace sentir miserable. No lo merezco, pero mi lado egoísta no acepta que se pueda llegar enamorar de otra. Quiero tenerlo solo para mí. Quiero amarlo sin restricciones y como mi corazón lo dicta, pero la realidad es otra. No estoy segura si voy a salir con vida al tratar de liberarme de este pasado que tanto me

atormenta.

—Debemos irnos — lo empujé con sutileza, esbozando una sonrisa traviesa—. Ya tendrás tiempo para hacerme tuya.

—Quiero ver el lado más salvaje y rebelde de mi esposa — murmuró en mi oído, apretando mis caderas con deseo—. Quiero ver cómo me das pelea en la cama y no solo te quedes a recibirme.

Escondí el odio detrás de una sonrisa inocente y traviesa.

—Explotarás de deseos, mi amor — le aseguré.

Dejó una última mordida en mi labio inferior y maldijo el problema entre sus pantalones. Un hombre es tan vulnerable cuando está deseoso.

Se encaminó al auto dejando indicaciones a sus hombres, mientras le seguía el paso y con disimulo tocaba el segundo pendiente de mi oreja derecha y, así dando aviso para que la función más esperada de mi vida por fin diera inicio.

# André

Empezamos a rastrear a Gaskell tan pronto nos dio su ubicación. Estuvimos tensos los últimos días sin saber de ella. La hembra tiene agallas, como diría mi preciosa esposa, pero debía arriesgarse de ese modo para sacar al puto ruso de su madriguera. Su plan que, aunque no estaba del todo estructurado, salió tal cual lo predijo.

Todo hombre sobre la faz de la tierra tiene su debilidad y tal parece que la del ruso es similar a la mía. Después de todo, su esposa parece importarle mucho más de lo que realmente tiende a aparentar. Bastaron un par de días para que saliera del hoyo en el que se encontraba tras el regreso de su mujer.

En un principio Samantha Gaskell me pareció una chica guiada por una venganza, destruida por lo que vivió en manos de ese hijo de perra e impulsada por el deseo de ser libre, pero demostró día a día lo cuerda y bien puesta que está sobre la tierra. Está segura de lo que quiere hacer y está aún más segura de no arrepentirse de absolutamente nada. Ahora bien, ha sabido manejar adecuadamente cada una de las rutas que pusimos a su cargo, aunque sé de sobra que es su hermano y su mano derecha los que están al frente de transportar la mercancía. A mí lo que me sorprende es la capacidad que tiene de desenvolverse entre el bajo mundo.

No es impulsiva y si lo es, es porque su papel lo amerita. Ha sabido mantenerse a raya de cada situación, aunque pocas veces la he visto totalmente quebrada. Me veo en esa chiquilla, tan elocuente y suspicaz con cada paso que da. Podía ser una excelente lideresa, eso si este negocio le fuese más importante que una venganza.

—La tengo — comentó Damián con una medio sonrisa en los labios—. Te va a sorprender con quién se está rodeando nuestro querido ruso.

—¿Por qué te vas por las ramas? Ve directo al grano.

—Quitas toda la emoción e intriga — rodó los ojos.

—Solo ve al punto, Damián.

Esta vez fue Gia la que perdió la paciencia y le dio una mirada severa para que hablara, pero el gemelo solo se encogió de hombros mientras volvía a teclear en su computadora.

—Saben que las relaciones con los rusos siempre han sido tensas con nuestra familia, ¿no?

—Sí.

Hubo una respuesta afirmativa de todos los presentes.

—Qué bueno que hayan estudiado la historia de los socios de la

familia, niñas — se burló—. Están los Petrov que, aunque fueron nuestros mejores aliados, dejaron caer la máscara poco después. Ni que decir de los Russo, otra familia poderosa que no estaba de acuerdo en que los italianos estuviéramos al frente de las mafias. Ahora bien, los Novikov llegaron hace unos años, nuevos y con grandes pensamientos de liderar lo que nosotros hemos construido por décadas. La avaricia del ruso va más allá de lo que...

—¿A qué punto quieres llegar con la barata charla, princesita? — lo cortó Gia de raíz.

—Que Novikov no estuvo escondido como lo creíamos desde un principio. Él estaba midiendo nuestra fuerza.

—No te estamos entendiendo, Damián. Deja de hablar en clave y dilo de manera breve y sin tanta complicación.

—Sacándonos del medio puede conseguir todo lo que se ha propuesto su familia. Los Novikov son los más poderosos de Rusia, podían volarnos la cabeza con tan solo un chasquido de dedos, pero no lo han hecho porque saben que no somos un hueso fácil de roer — sonrió ladeado—. Dmitry no tiene la misma suspicacia que su padre. Para nadie es un secreto que el ruso no quería descendencia ni mucho menos jugar a la casita feliz. Samantha solo fue el paso perfecto en la sociedad y en el mundo para establecer su propio imperio, pero ahora que ha medido la fuerza de la mujer que puso como reina, le conviene tenerla a su lado. Samantha es su as bajo la manga; la tiene justo donde quiso desde un principio.

—¿Con qué propósito? El dinero les sale del culo como mierda.

Mi preciosura tan bien hablada como siempre, ¿eh? ¿Cómo no enamorarme más de esa fierecilla?

—Más dinero, más poder, quizá quiere lanzar un misil a los norteamericanos o a los coreanos y formar la tercera guerra mundial. No tengo ni puta idea con qué propósito está queriendo bajarnos a nosotros — nos señaló con obviedad, esbozando esa sonrisa tan cínica y maliciosa que a todos nos caracteriza y heredamos de nuestra abuela —. Propuse no intervenir en la venganza de nuestra preciosa Sami, pero no nos queda de otra. Si el ruso quería probar nuestra fuerza, debió decirlo de cara, así nos hubiéramos evitado todo este numerito de mierda.

—Claro, con eso no pierde su tiempo y no nos lo hace a perder a nosotros. Tengo mucho que hacer con mi mujer. Con “hacer” me refiero a hacerle muchos hijos igual de preciosos a ella — comentó Dante.

—Vas a acabar a la pobre chica de tanto hacerle criaturas. Haznos un favor a todos, Dante, no te sigas reproduciendo de esa manera — bromeó Dereck.

—No tengo la culpa de hacer hijos por doble partida. Lo que

pasa es que estás celoso de no tener mí mismo gen.

—Hombre, si no fuera por la preciosura que tienes por esposa, la descendencia Lombardi se hubiera visto gravemente alterada por culpa de tu fea cara.

Dereck recibió un fuerte golpe por parte de Dante, quien, entre risas, mostró una sonrisa orgullosa antes de confesar que estaba medio embarazado.

—Es tu esposa la que está embarazada, no tú — le recordó Gia conteniendo la risa.

—Yo puse los huevitos, ella el recipiente.

—¿En serio están discutiendo sobre esto mientras mi hermana corre peligro en manos de ese bastardo? — John los interrumpió de manera mordaz.

—Hay que bajar tensión mientras nos preparamos. Nadie dijo que matar era fácil. Además, que nos veamos malos, no quiere decir que lo seamos. Por ejemplo, yo debería estar en casa con mis cuatro hijos, mi esposa y los otros dos que vienen en camino, pero heme aquí, tratando de entender la mente maquiavélica de un maldito ruso.

—Dante, ya cállate, ¿sí? — Damián lo cortó, viéndolo como si fuera estúpido—. Estoy tratando de entrar a la red de seguridad de la mansión de Burak.

—Entonces, ¿el turco tiene que ver con todo esto? Los nuevos miembros de las mafias no me generan ni un ápice de confianza. Sinceramente, la maldad para gobernar en este mundo ha bajado de nivel — se quejó Dante, dando vueltas en una silla—. Pero ¿luego entre los árabes y los rusos no hay una guerra? Ya saben, por eso de idealismos y territorios.

—Cállenlo, por favor, nos está poniendo en vergüenza. ¿A dónde dejaste la última neurona, Pinky? — dejé un golpe en su cabeza —. Deja que Cerebro siga haciendo lo suyo, mientras tanto quédate en silencio.

Pero Dante no puede permanecer en silencio y quieto, siempre tiene que estar haciendo una cosa u otra para no alterarse. Quiero creer que las hormonas del embarazo le están afectando a él y no Daila, ya que está mucho más explosivo que de costumbre.

—Ya entré — avisó Damián—. Nos dividiremos en tres grupos y tú estarás por fuera de esto — señaló a Diana quien solo le hizo una mueca—. Ve con Gia, Dante. Yo iré con Ian y tú irás con John — me indicó, mostrándonos el plano completo de la mansión—. Los explosivos se pondrán y se activarán al mismo tiempo en este punto — señaló las tres entradas de emergencia—, así que no pierdan comunicación por nada del mundo. Si algo falla, la primera en caer será Samantha. Y como no podemos esperar nada bueno en este mundo de mierda, bájense al que se tengan que bajar, pero el ruso y el

turco tienen que quedar vivos para contarlas todas.

Dereck fue el único en ir solo; primero, porque es el más sigiloso de todos; y, segundo, para que pueda entrar de primero y guiarnos por la mansión del turco hasta llegar a nuestros respectivos lugares.

Malory; mi bella hermana mayor no pudo venir con nosotros, pero nos envió con los bolsillos llenos de dulces y festines para que la fiesta esté mejor decorada e iluminada que antes. Sus explosivos tienen que cubrir por lo menos un tercio de la casa cada uno, de este modo, es más sencillo acorralar las ratas en un solo punto.

Tan pronto pasamos el primer anillo de seguridad con éxito, bajamos de las camionetas y nos adentramos por el bosque. Si seguimos en auto, los ponemos en sobre aviso y todo se puede ir a la mierda. Nuestra mayor preocupación es la vida de Samantha, ella se aventuró a entrar sola en la cueva del ruso. Debo confesar que me agrada y me sorprenden sus agallas. Esa mujer vive para cumplir su venganza.

Nos dividimos en los tres grupos que Damián había formado, cada uno siguiendo por un camino diferente. John se veía pensativo y no era para menos, es su hermana la que está en manos del bastardo que tanto daño le hizo hasta convertirla en un ser sin alma ni corazón como lo somos la gran mayoría de nosotros.

—Tengo curiosidad de saber cómo fue que Samantha llegó a las manos del ruso.

John me miró de inmediato, deteniendo sus pasos y endureciendo el gesto.

—Las miradas no me matan, no lo hizo una perra que me disparó por la espalda, mucho menos lo hará que me mires así. Soy un poco curioso, es todo.

—Nosotros venimos de una familia pobre. Mis padres se ganaban la vida con diferentes trabajos para darnos de comer a mis hermanos y a mí.

—¿Hermanos? ¿Cuántos hermanos son en total? ¿Por qué nunca los han mencionado?

—Ya no tiene importancia, ellos están muertos — siguió el camino, sorteando árboles sin dejar de apretar los puños a cada costado de su cuerpo—. Samantha fue comprada por Novikov. Mis padres no recibieron dinero, a cambio de ello, les llegó la muerte. Fui el único que quedó vivo de todos. Los vi morir frente a mis ojos a cada uno.

—¿Por qué Samantha?

—Lo que dijo Damián es cierto. Samantha solo fue un pase para abrirse a la sociedad. Ella era una chica sumisa y tonta, siempre haciendo todo lo que él le dijera. Luego de saborear el infierno en su

propia carne y perder a su bebé la llevó a huir de él y ser la mujer fuerte y fría que es ahora. Ya no queda nada de la chica inocente y de mirada transparente como el cielo, ahora solo hay un bloque de hielo dispuesto a aplastarlo todo a su paso con tal de obtener justicia y su libertad. Sami quiere ser libre del yugo de ese hijo de puta.

—Aunque no es la historia completa, me conformo con los datos más importantes — sonreí torcido—. Samantha supo jugar sus cartas con nosotros.

—No los vamos a traicionar, puedes estar seguro de ello.

—Seguro mató a confianza — comenté con simpleza—. Pero les doy el beneficio de la duda por lo que han demostrado en estos dos años que han trabajado con nosotros. Son muy pocos los que se aventuran a atravesar rutas pesadas y poco estables sin temor a caer.

—Es pan comido — se encogió de hombros—. Sobreviví en la calle por años, así conocí a Ian e hicimos dinero para comer cada noche vendiendo pequeñas dosis. Ahora con dinero, es más fácil comprarlo todo.

—¿Qué sería de nuestra puta vida sin el? — golpeé su espalda —. Ella estará bien, no te preocupes.

—No me preocupa, sé que se puede defender si está al borde de la muerte. Yo mismo la entrené durante estos dos años, pero ellos son más que nosotros.

—Más son multitud. Relaja el culo y solo dedícate a no dar un mal paso.

—Supongo que debe ser fácil para alguien que ha nacido programado para matar.

—¿Por quién me tomas? — me reí—. Llegar hasta donde estoy me ha costado, a mis padres les costó muchas cosas, a mis abuelos también. Vamos perdiendo la humanidad cada día y a pasos agigantados, y no es que me haga falta tampoco, estoy muy orgulloso de ser quien soy, pero pienso en una vida diferente y esto no es lo que quiero para mis hijos. Mi esposa está embarazada, constantemente siento temor que los vayan a asesinar si doy un mal paso que los ponga en riesgo; sin embargo, ella pelea con ciertos juguetes que dan pánico y se me pasan los temores —bromeé—. Después de todo, ratas nos criaron, ratas nos moriremos. En este punto de mi vida ya no hay marcha atrás. Esto es lo que somos y seremos; y el círculo nunca va a acabar. Esta familia seguirá regándose como la maleza por el mundo.

—¿Te arrepientes? Siempre pudiste haber tomado un camino diferente al de tus abuelos y tus padres.

—¿Y perderme lo excitante de la vida? — sonreí malicioso—. Ciertamente tienes razón, de pequeños nos enseñaron a no morir, pero no es hasta que te manchas las manos por primera vez que el gusto queda marcado en el paladar. Así como soy de amoroso con mi familia

y mi preciosa esposa, sobre todo con mi belleza exótica, soy un hijo de puta con el resto que quiera vernos caer.

—No sabía que matar fuese excitante — soltó una risita burlona.

—No lo hacemos por deporte, es respeto y porque en este negocio o te bajan la cabeza o la bajas primero. La solución estaría en saber usar las pocas neuronas que el dinero y el poder quitan, de ese modo todo se ganaría al triple, pero ya ves que la inteligencia humana está sobrevalorada.

—Supongo que Samantha eligió sabiamente.

—Desde luego, la chica supo envolvernos con sus preciosos ojos azules y su perspicacia, de no ser así, ya estaría de trofeo en mi sala.

Hicimos silencio al llegar al punto acordado y que Dereck señaló. Que todo esté en calma es lo más natural, pues son tres las salidas de escape de la mansión. Mientras John informaba que estábamos en el lugar, manipulé el explosivo con precaución y lo dejé en su sitio antes de activarlo.

—Ya que todos están en sus respectivas posiciones, denle al botoncito para que en menos de diez minutos todo agarre algo de color. Desde aquí esto se ve muy aburrido — dejó la orden, la cual acaté de inmediato después de contar los cinco segundos—. ¿Ya ven lo que pasa por dejarnos por fuera? Siempre llegamos reventado todo.

Diez minutos son más que suficientes para alejarnos de los explosivos, por lo que no perdimos el tiempo y nos aseguramos en el espeso bosque hasta que nos encontramos todos en el punto más vulnerable de la mansión.

—Un minuto y el espectáculo se alzará por los cielos — avisó Dereck viendo su reloj.

Un minuto después, los tres explosivos resonaron por todo el lugar. Una bomba poderosa y que alcanzó a llegar hasta donde nos encontrábamos. La mayoría de los presentes tuvieron que haber muerto, espero que entre los muñequitos no esté nuestra querida Samantha. Es una posibilidad que John e Ian conocían a la perfección, aun así, tomaron el riesgo, más no podemos perder la oportunidad que ella nos abrió ante la traición de uno de nuestros más grandes aliados. La traición con muerte se paga.

# Samantha

Tras llegar a la reunión, me sorprendí de que nos recibieran uno de los socios de los Lombardi. Novikov ha empezado a hacer aliados y a abrirse en este negocio, pero tener de enemigos a los italianos no es lo más sensato que ha podido hacer si quiere llegar lejos en este negocio. A diferencia de los Lombardi, el turco no tiene ni la mitad de los territorios que sí son propios de ellos y los disponen a beneficio de otros. Es como encontrar un pozo petrolero; hay que excavar a más profundidad para sacarle mayor provecho.

La mansión del turco es grande, conté un total de cuatro anillos de seguridad durante el recorrido hasta aquí. Tiene hombres por doquier y mezclados entre los invitados, son muy fáciles de distinguir entre las personas. El turco al igual que Novikov tienen un mismo patrón de seguridad.

Mientras Novikov cruzaba palabras con el anfitrión, me solté de su agarre y caminé por el lugar en busca de algo de beber. De ese modo pude enviar la localización exacta de mi paradero a Damián. Estoy sola entre todos ellos, la desventaja que tengo es grande y no tengo cómo salir sin un rasguño por mi cuenta.

—¿Qué hace una bella dama tan sola en un lugar como estos? — preguntó un hombre mayor, dándole una mirada descarada a mi escote—. Me temo que no nos han presentado aún, soy Mehmet Burak.

Era de suponerse que el padre del turco estuviera detrás de todo esto también.

—Samantha Novikova. Un gusto conocerlo, Sr. Burak

—Oh, eres la flameante esposa del menor de los Novikov. Eres mucho más linda de lo que dicen algunas bocas — sonrió torcido—. Que interesante.

Desvié la mirada a uno de los invitados en particular, tensándome al instante tras volver a ver al mayor de los Novikov en el lugar luego de años de no ver su cara. Ese viejo asqueroso también va a pagar caro todo lo que me hizo vivir cuando estuve bajo su techo.

Le seguí la mirada hasta que se perdió con su hijo por un pasillo.

—Es un halago haber estado en boca de todos. Espero que mi esposo haya dado buenas referencias de mi persona.

—Puedes estar segura de ello — se relamió los labios de una forma tan asquerosa y repugnante—. Dio las mejores referencias de su esposa.

Sonreí satisfecha, encogiéndome de hombros y recibiendo la

copa que me entregó.

Intercambié unas cuantas palabras más con el hombre hasta que usé la excusa de buscar a mi esposo para quitármelo de encima. Me adentré por el pasillo que los había visto antes y los seguí hasta llegar a una puerta de madera. Los guardias que había allí no me dejaron entrar, pero sí le avisaron a Novikov que me encontraba esperándolo por fuera.

—Ella es mi esposa, puede entrar cuando quiera — les aseguró a los guardias.

—Una disculpa, Sr. Novikov.

Mi presencia atrajo todas las miradas de inmediato, pero la mía solo se encontró con la de ese viejo y su sonrisa maliciosa. Novikov me hizo sentar en sus piernas mientras ellos continuaban jugando las cartas y hablaban de cualquier cosa sin importancia, menos de negocios.

—Te deseo — susurró de un momento para el otro en mi oído, deslizando la yema de sus dedos por mi muslo desnudo—. No creo soportar más tiempo sin tenerte —besó mi nuca y me maldije internamente por el estremecimiento que ese beso me provocó—. Nosotros ya volvemos

Me hizo caminar con él hacía la salida, quedando sorprendida al ver su mano entrelazada en la mía mientras seguía por el pasillo y abría cualquier puerta al azar. Parecía desesperado por estar a solas conmigo. Por un momento pensé en lo mucho que deseé que pasara esto alguna vez cuando estuve tan enamorada de él, pero ahora que está pasando, no siento nada ni me hace experimentar lo que Logan sí puede hacer con solo tenerlo frente a mí o una dulce mirada.

Me estrelló contra la misma puerta y atacó mi cuello sin pensarlo dos veces. Sus labios se pasearon por mi piel desnuda en dirección a mi escote a la par que con sus manos no dejaba de acariciar mis caderas y apretarme contra su cuerpo. Lo cierto es que los besos y el roce de sus manos no encendieron a mi piel como en el pasado. Me había preocupado el beso en mi nuca hace un momento, pero es normal que sintiera frío ya que es una zona sensible del cuerpo. Ahora que besa el valle de mis senos y acaricia mi cadera con sus manos, el único deseo que siento correr por la piel es el de matarlo y acabar con este maldito juego de una vez por todas.

Estaba sumido y concentrado en probar mi piel, quizás saboreándome a gusto por primera vez mientras se toma el trabajo y el tiempo de hacerme sentir y vibrar en sus manos. La montaña de su pantalón se presionaba y se frotaba contra mis muslos, constantemente y muy despacio buscando satisfacer sus deseos. Desconozco al hombre frente a mí, en el pasado sus entregas eran meramente para complacerse y quitarse las ganas de encima. Nunca

me besó el cuerpo como ahora lo hace, nunca probó de mis labios tan furioso y deseoso de arrancarme la boca. Nunca me hizo sentir el deseo y pasión que ahora parece desbordarse incluso con sus jadeos.

Lo que sea que esté intentando, no va a conseguir otra cosa que no sea la muerte. La venganza es un platillo que se sirve frío y se come lentamente. Voy a saborear gustosa y dichosa cada segundo en el que pierde su asquerosa vida bajo mi poder.

—Te amo — esa palabra que tanto anhelé en un momento dado escapó de sus labios.

Le sonreí, acercando mi mano a su rostro y trazando la silueta de este con la yema mis dedos. Imaginé que arrancaba su piel poco a poco y a tirones.

—El amor duele — soltó una risita ante mis palabras, presionando su erección en mi vientre y moviéndose contra mí—. Fueron dos años...

La explosión que sonó de un segundo para el otro me dejó sorda y con gran dolor en la cabeza. La misma onda de la explosión nos tiró contra el suelo, pero sin recibir daño importante alguno.

Me levanté del suelo un poco desorientada y con el pitido molesto en los oídos luego del ruido tan potente que resonó tan cerca de nosotros.

—Samantha... — Novikov me inspeccionó por completo, lucía preocupado y un poco alterado—. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Tenemos que irnos, este lugar no es seguro — buscó el arma en su pantalón y, al no encontrarla, empezó a mirar por el suelo—. ¡Maldición!

—¿Qué sucede, mi amor? — solté una descabellada risa, elevando el arma a su cabeza y quitando el seguro de esta—. ¿Qué se te perdió?

Escupió en el suelo, viéndome como hace mucho no lo hacía; con el mayor de los odios y como si quisiera verme muerta. Esa misma mirada fue la que me dedicó cuando sacó a mi hijo de mis entrañas.

—Te vas a arrepentir, maldita puta — rechinó los dientes, dando un puño furioso a la pared—. Esta vez sí voy a acabar con la poca cosa que eres.

El estallido no tardó en llegar a nuestros oídos de nuevo. Volví a sonreír, tan maquiavélica, que me sorprendió la ráfaga de adrenalina que corrió por todo mi sistema. Sabiendo que tengo quien me cuide el culo, no tengo por qué seguir fingiendo ser alguien que ya no soy.

—Tal vez en el infierno puedas acabar conmigo.

Estallé el arma a la altura baja de sus rodillas para inmovilizarlo, disfrutando y llenándome de vida con el fuerte alarido que escapó de sus labios.

—Te ves como una perra, querido — sonreí torcido, olvidando por completo el mundo exterior para solo enfocarme en destruir al hijo de puta que me convirtió en esto que ahora soy—. Por hoy serás un esposo obediente y harás todo lo que yo te diga, ¿entiendes? Si te escucho, aunque sea respirar un poco fuerte, la próxima bala atravesará tu asqueroso pene.

Le quité la corbata y la amarré firme en una de sus piernas para detener el sangrado. Como no contaba con más corbatas, usé una parte de mi vestido para presionar la otra herida y evitar que muera desangrado. Sería una muerte tan patética y estúpida, nada comparada a la que tengo en mente desde hace mucho tiempo. Además, si no lo vive, ¿cómo lo va a disfrutar? Porque en la vida, todo hay que vivirlo para sentirlo.

Abrí la puerta con sigilo y solo asomé la cabeza para asegurarme que nadie estuviera pasando por el pasillo. Un par de voces resonaron de fondo, agitadas y furiosas. Es imposible no reconocer la voz de ese viejo asqueroso incluso estando desde lejos. Le hice una seña de silencio a Novikov, descansando el cañón del arma sobre mis labios.

—Calladito te ves mucho más bonito.

Lo vi apretarse con fuerza las rodillas, en el lugar donde las balas deben estar haciendo el efecto deseado. Su rostro se encuentra sumamente blanco, el sudor baja por su frente y corre por sus mejillas al igual que, lo creo yo, son sus lágrimas. Es tan satisfactorio verlo ante mis pies, temeroso a que le quite la vida de un solo estallido.

Cerré la puerta con sumo cuidado para no levantar sospechas, cuando ellos pasaron por el frente de la habitación preguntándose dónde se encontraba su adorado hijo y la perra de su esposa. A todo marrano le llega su noche buena, que ese viejo desgraciado no se desespere que mi atención también estará puesta en él.

Él y la perra de su mujer van a conocerme, van a saber que, el que ríe de último, ríe mucho mejor. Sé que debo ser paciente, evitar a toda costa que me atrapen, por lo menos mientras tengo los refuerzos cerca para no caer, pero es imposible retener esta furia que me está arrasando ahora que tengo oportunidad de hacerles conocer el mismo infierno en el que me sumergieron por tantos años.

No me importa el poder, ni el dinero, ni todo lo que se venga encima luego de pasar factura; lo único que quiero obtener de ellos es su plena destrucción. Hundirlos en lo más profundo del infierno solo será una limpieza de plaga.

—Te mereces el mejor de los premios por ser tan buen esposo.

—Me la vas a pagar caro, Samantha — se las arregló para decir, tratando de mover las piernas con sus manos.

Lo miré por el rabillo del ojo mientras esperaba paciente a que

los disparos cesaran, pero sin llegar a perder sus movimientos de vista. A pesar de que las balas, muy seguramente debieron dar en sus huesos, se resiste al dolor mordiendo su puño. Un sinfín de amenazas que me causaron gracia, salían de su boca sin parar. Pero más allá de eso, la mirada que me da cada cierto tiempo me confunde. Aunque en sus ojos está inscrito el odio, también hay algo más que no he logrado identificar.

Las ráfagas de balas cesaron luego de largos minutos, por lo que, como pude y con algo de ayuda de Novikov, lo arrastré hasta salir al pasillo. En cada paso me fui asegurando que no hubiese nadie en las habitaciones. Todo parece estar en calma, lo único que escucho son nuestras respiraciones trabajosas y los vidrios rotos crujir bajo mis tacones.

Antes de salir hacia el último pasillo que da a la salida principal, el frío cañón me tomó por sorpresa. Me vi presa entre la pared y el arma en un solo segundo, pero al darme cuenta de quien se traba la persona que me apuntaba, pude respirar de nuevo.

André soltó una risita divertida antes de dejar un golpe en mi frente con dos de sus dedos, simulando un disparo con ellos.

—Bum.

—Idiota.

—Lo tienes — aseguró, refiriéndose a Novikov—. Es divertido jugar, pero hay que irnos antes que vengan los refuerzos que estoy seguro de que el viejo Novikov pidió antes de ser sometido por un furioso John.

—¿Tienen al viejo?

—¿Por quién nos tomas? O el trabajo se hace limpio e impecable, o no se hace nada — respondió con simpleza—. Los demás se han ido primero. Dereck nos está esperando. Vamos.

André agarró a Novikov por un brazo y yo lo tomé del otro para sacarlo de la casa e ir hasta donde Dereck nos esperaba en uno de los autos de los rusos, los cuales se distinguen muy fácil por la placa que es en forma de ancla con dos navajas cruzadas en oro blanco.

—No se ve nada bien — comentó Dereck, asegurando los pies del ruso con una cadena—. Está perdiendo mucha sangre.

—No puedes morir tan rápido — le golpeé la mejilla con el arma, despertándolo—. Esta bola de músculos es resistente. Que su palidez natural no los engañe.

—Hay que atenderlo cuanto antes.

André envolvió otro trozo de vestido en ambas piernas, presionando lo más fuerte posible para que no sangrara más.

De camino a la casa de Cavalli, estuve pendiente de que Novikov no cerrara los ojos y se fuera con dos simples balas que lo atravesaron tan solo un poco. Debo admitir que se veía muy mal, su

palidez se estaba haciendo más notoria con cada segundo. Me desesperé por el hecho de haber sido tan acelerada y haberle disparado, porque este no es el modo en que tengo planeado acabar con su vida.

—No te preocupes, en un par de días lo tendrás como nuevo para todo lo que tienes planeado hacerle.

—No se puede morir — murmuré muy bajito, pensando que André no me había escuchado.

—Tengo conocimientos básicos en cirugía, ya sabes, una que otra cosita que me enseñó mi padre y otras tantas que aprendí de mi esposa. Tu amado esposo no va a morir.

—¿Hay algo que no sepas hacer, Lombardi?

—Parir, pero porque no está en mi naturaleza — bromeó, haciéndome reír.

Llegamos a la mansión de Cavalli una hora después de salir de la casa del turco. Mi hermano me abrazó tan pronto me vio e Ian se sumó a nuestro abrazo mientras los Lombardi se encargaban de atender las heridas de bala de Novikov.

—¿Sabes? Fue de mal gusto dejarme cuidando curas mientras ustedes iban a la acción. ¿Podrías explicarme por qué mierda me dejaste el trabajo más exasperante a mí?

Mi corazón se saltó un latido al recordar que Logan se encuentra en esta misma mansión.

—Porque ciertamente eres el único capacitado, pero me perdí. ¿De qué cura hablamos? — inquirió Dante.

—Del cura que Samantha secuestró — reveló.

—Padre, Dios, Santo, o cómo sea que se diga. ¿Cómo es eso, Srta. Gaskell?

—¿Dónde está? — ignoré el cuestionamiento de Dante y las miradas inquisitivas de los otros.

—No lo sé, no me pagan para ser niñero.

—Ni siquiera te pagan.

—¡Peor aún!

—¡No vayas así, mujer! ¡Estás hecha un desastre!

Me adentré a la mansión, dejando atrás sus bromas y sus burlas. Necesito verlo, después de días de no saber nada de él, ansío verlo. Muero por besar sus labios y sentir el calor de sus brazos.

Mi corazón estaba tan emocionado y acelerado, latiendo por quien sé que es y ha sido mi único amor, pero me detuve de golpe al verlo sonreírle muy amigable y hermoso a una chica bastante joven y bonita. La cabeza se me calentó por la misma rabia que sentí tras ver la confianza con la que ella pone su mano sobre su brazo.

—¿Interrumpo? — la miré fijamente a ella, haciendo que lo soltara y borrara la sonrisa de sus labios—. Parece que sí estoy

interrumpiendo algo muy importante.

—¡Samantha, ¿estás bien?! — su cercanía me golpeó sin siquiera esperarlo, pero me suavizó al verlo tan preocupado revisando cada parte de mi cuerpo y mi rostro con sus cálidas manos—. ¿Estás herida? ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿De quién es esa sangre?

—No estoy herida — lo estreché entre mis brazos, sintiendo al fin la calma reinar en mi ser—. Estoy muy bien.

—¿Segura que no estás herida? — negué, mordiéndome el labio inferior—. ¿De quién es la sangre?

—Es una larga historia — desvié la mirada a la chica y endurecí el gesto—. ¿Sigues aquí?

—Y-yo... permiso. Lo siento — se marchó rápidamente, dejándonos al fin solos.

—¿Quieres hablarme de lo que está pasando? He estado muy preocupado por ti.

Lo silencié con un beso dulce y lento, probando una vez más en mi boca el beso de mi verdadero y único amor.

—Perdóname por todo, Logan — susurré contra sus labios, sintiendo el nudo crecer en mi garganta—. Perdóname por arruinar tu vida y condenarte a esto... pero soy muy sincera al confesar lo mucho que estoy enamorada de ti.

—¿Estás hablando en serio o solo lo dices para hacerme sentir bien? La última vez dijiste que no querías saber nada de mí y que incluso tenías esposo. Me dejaste una carta, demostrando que solo me usaste a tu antojo ¿Eso es cierto? ¿Tienes esposo? ¿Acaso me ves como un juguete?

—Todo tiene una explicación y te la voy a dar, pero créeme cuando digo que estoy enamorada solo de ti — me avergoncé al admitirlo frente a él una segunda vez—. Créeme cuando te digo que eres el único en mi vida y en mi corazón.

Su expresión avergonzada y feliz me pareció tan tierna y dulce. Este hombre está a poco de matarme con esos encantos tan hermosos que posee.

—Ven conmigo.

Me trajo a lo que supongo yo es su habitación y me hizo entrar al baño con él. Fue tan atento y dulce al quitarme ese vestido manchado de sangre y sucio y dejarme desnuda frente a la bañera. Aunque en su mirada había deseo, se tomó el tiempo de limpiar la sangre seca con una toalla húmeda. Sentía que ardía y sus manos ni siquiera me estaban tocando directamente la piel.

—No me gusta la sangre, pienso en ese día y en lo mal que te encontrabas. No me gustaría volver a verte así.

—No me pasó nada. Estoy bien.

—¿Te importa que me bañe contigo mientras hablamos? Creo

que esta conversación irá para largo.

Su pregunta fue una flecha que me atravesó por la mitad y se hundió en el centro de mi corazón hasta hacerlo palpitar deliciosamente. ¿Cómo puede ser tan tierno y pervertido a la vez?

—No deberías preguntar, pastelito.

Abrió el grifo de la bañera y, en lo que esperábamos paciente a que se llenara, fue quitando su ropa y dejándola doblada y en orden sobre el retrete. Logan tiene una obsesión casi enfermiza con el orden y el aseo, todo para él debe seguir un mismo patrón y permanecer en su lugar. Supongo que se debe a sus rutinas en su labor como sacerdote.

Pensando en lo atados que nos encontramos, me sumergí en el agua y cerré el grifo para darle espacio a Logan. Me miró con una sonrisa antes de irse a mi espalda y sentarme en su regazo. Me cerró en un abrazo, engullendo mi cuerpo entre sus fuertes y cálidos brazos.

—Antes que nada, quiero que sepas que también te amo. Me enamoré sin remedio de ti en cuestión de días, incluso podría asegurar que fueron un par de segundos para perderme en tu alma. Me dolió lo que me dejaste escrito y el hecho de no quererme más en tu vida — estampó sus labios en mi nuca, esparciendo escalofríos por toda mi espalda con ese beso tan húmedo que extendió en dirección a mi hombro—. No quería confesar mis sentimientos por temor a ti y por respeto a Dios, pero ahora que soy libre, nada me impide decir lo mucho que te amo, Samantha.

—¿A qué te refieres? — lo miré por encima de mi hombro, sorprendida y sin comprender del todo lo que estaba tratando de decir —. ¿Qué quieres decir con que “soy libre”?

—Renuncié — susurró en mi oído—. Lo hice porque te amo y no es honesto de mi parte seguir en una labor donde enamorarse no está permitido. Lo hice porque muy en el fondo, aunque me has apartado de tu lado, me hice ilusiones con esto que tenemos. Lo hice porque me ilusiona una vida juntos y siendo sacerdote no puedo darte nada.

—¿Renunciaste por mí? — solté una risita tonta, creyendo que en cualquier momento el corazón se saldría de mi pecho—. Dijiste que ser sacerdote lo era todo en tu vida, ¿qué pasó con tu palabra?

—Eso cambió cuando apareciste en mi camino, bonita — apoyó la barbilla en mi hombro, apretándome más contra sí, como si no quisiera soltarme nunca—. Hiciste que tuviese otro tipo de deseos.

—¿Quiero saber un poco más de tus deseos, pastelito? Tal vez pueda conceder alguno de ellos — propuse juguetona.

—Estoy seguro de que vas a conceder más de uno, pero ahora es tiempo de que me expliques todo. Quiero saber si la decisión que tomé fue la correcta o no — acarició mis muslos en círculos, dándome

el apoyo y la fuerza que necesito para soltar lo que nunca he dicho a nadie—. Quiero saber la verdad de todo lo que está ocurriendo ahora mismo, porque sé que algo malo está pasando. Quiero ver a la otra Samantha; la que no tiene ninguna máscara de dureza y perversión en el rostro.

Me recosté en su pecho, buscando entre sus brazos esa protección y calidez que necesito antes de perderme en los recuerdos y vivirlos una vez más en la piel. Logan comprendió que un fuerte abrazo era todo lo que necesitaba para empezar a contar mi pasado y todo aquello que me marcó para siempre.

—Mi familia era pobre, trabajábamos en una cosa y otra para sobrevivir el día a día. Mientras John salía con mi padre a buscar dinero, le ayudaba a mi madre a hacer el trabajo en casas de familia con mucho dinero. Mis hermanos estaban pequeños y era el que sigue de mí quién cuidaba al resto mientras regresábamos a casa con mamá. Así fueron muchos años. No te voy a mentir, deseaba tener una niñez normal; tener amigas, asistir a la escuela y tener la muñeca más grande y hermosa que pudiese existir, pero eso se me fue negado desde que nací. No culpo a mis padres, ellos hicieron grandes sacrificios por nosotros a lo largo de los años, pero la pobreza y la falta de oportunidades es algo contra lo que no podemos competir cuando no contamos con ningún conocimiento — suspiré, tomando un poco de aire, pues hablar de lo que fue mi familia, por más pobre que hubiéramos sido, es tan difícil cuando pienso en cómo murieron en manos de ese maldito bastardo—. La solución a nuestras carencias llegó con el porte y la elegancia de un hombre que supo pintar el cielo y la tierra en el infierno. No sé cómo fue que mis padres accedieron, pero resulté viviendo muy lejos de mi hogar, en un lugar que no comprendía ni las palabras que trataban de decirme. Supe meses después que había sido vendida a un hombre con mucho dinero, por eso el cambio de mi aspecto físico y mi ardua preparación para encajar en la vida de quién sería mi esposo por el resto de vida. Me pareció una locura vivir algo como eso, incluso pensé que solo se trataba de una broma de mal gusto; no obstante, con el correr de los días, mi nueva realidad me daba golpes en el corazón y en el alma. No supe nada de mi familia hasta que los asesinaron a sangre fría. Desde entonces conocí el verdadero color del infierno. El hombre con el me que casé me humilló hasta beberse cada gota de pureza y bondad que habita en todo ser humano inocente y sin rastro de maldad. Me maltrató a su antojo, demostrando en cada golpe quien era el que tenía la última palabra. Lo peor de todo, es que creí amarlo solo porque un aro de metal cubierto de oro nos unía en un vínculo que existía en mi mente. Ahora bien, dejando de lado los abusos y lo infeliz que fui por muchos años al lado de un hombre que detesto con

todo mi ser, llegó a mi vida un rayo de esperanza, ese pequeño motivo que tiene una persona que cree haberlo perdido todo. Me enamoré desde el primer momento en que supe que estaba en mi vientre, creciendo y formándose como una vida más. ¿Sabes? Ahí fue donde me di cuenta de que debía huir muy lejos y empezar de cero de la mano de mi hijo, pero mis planes se vinieron abajo antes de tiempo. Así como llegó la ilusión, así mismo fue arrancada brutalmente de mis entrañas sin ningún tipo de compasión.

Tomé la mano de Logan y señalé con sus dedos esa cicatriz a lo largo de mi vientre, trazando una marca que sigue doliendo con el pasar de los días.

—Mi amor...

No sabía que él estaba llorando conmigo, acariciando mi cabello con su mano libre mientras nuestros dedos enlazados tocaban el rastro de mi infierno.

—Hoy tengo en mis manos la posibilidad de ser tan libre como lo eres tú, a diferencia de que, con una petición, no va a hacer que mis cadenas desaparezcan para siempre.

—Aunque he escuchado todo tipo de confesiones, todo lo que has vivido desde que eras solo una niña lo supera todo. Si tienes la posibilidad de ser libre de todo lo malo que ocurrió, no la desaproveches — besó la altura de mi cabeza, abrazándome y apretándome contra sí—. Nunca te voy a lastimar, te lo puedo jurar con mi propia vida. Yo te amo, lo único que quiero hacer es quedarme aquí contigo para siempre.

—¿Me seguirías amando a pesar de que he perdido la humanidad y la empatía?

—Sigues siendo humana, el hecho de llorar la perdida de tu hijo dice lo mucho que lo extrañas y lo añoras. Eres una mujer dulce y buena, Samantha.

—Logan, ¿te quedarías a mi lado, aun sabiendo que soy una asesina? — lo miré por encima de mi hombro, buscando hacer contacto visual con él—. La única manera de ser libre y tener paz por el resto de mi vida, es asegurándome de que ese hijo de puta que tanto daño me hizo se queme en el infierno para siempre.

—Dios es el único que tiene derecho sobre la vida de una persona. Deja que la justicia divina se encargue de él.

—Eres muy bueno y no sabes hasta dónde puede llegar la maldad de un ser sin corazón — sonreí, sabiendo que lo perdería sin importar lo que dijera—. Habiendo dejado en claro que mataré no solo a ese bastardo, sino a su padre que es incluso peor de desgraciado que su hijo, ¿estarías dispuesto a quedarte conmigo? ¿Me amarías sabiendo que he cometido un crimen? Porque si me lo preguntas a mí, mataría un mundo, si eso me trae paz y felicidad eterna a tu lado.

—Estamos hablando de la vida de una persona...

—Aquí tienes a la Samantha real, la que no tiene ninguna máscara y la que ha vivido lo suficiente para ser egoísta por primera vez y así obtener mi felicidad y mi paz. Tú decides; o te quedas o te vas — me giré en la bañera, esperando paciente una respuesta de su parte.

—¿Nada va a cambiar tu forma de pensar? Es decir, matar te llevará a la propia condena de tu alma.

—Difiero un poco contigo, pastelito, pero no voy a entrar en una discusión ahora mismo de lo que es correcto o no. Nada hará que cambie la decisión que ya ha sido tomada desde hace mucho tiempo. Además, si no acabo con ese bastardo ahora mismo que tengo la oportunidad de hacerlo, será él quien cumpla su palabra al acabarme a mí.

—¿Él fue el que intentó matarte?

—Sí, así de amoroso es mi esposo.

Tomó posesión de mis labios con rudeza, tirando de ellos con un delicioso salvajismo que antes desconocía en él. Su apasionado beso incluso vino acompañado de una mordida del labio inferior que me sacó sangre, mas no le importó el sabor metálico y siguió besándome con rabia, como si estuviera dejando en claro quién es el dueño de mi boca. Esa lamida que dejó antes de separarse me dejó suspirando y con ganas de seguir probando esos besos tan vehementes y vibrantes.

—Borraré de tu mente que ese infeliz es tu esposo — con un fuerte apretón de nalgas, me pegó a su prominente erección.

—¿A qué te refieres con eso, pastelito?

—Me quedo a tu lado —me miró fijamente a los ojos, acelerando aún más los latidos de mi corazón—, sin importar nada ni nadie. A mí solo me importas tú y nadie más que tú.

No hubo necesidad de decir más palabras, la emoción que me causó su aceptación a pesar de sus creencias y su bondad, fue mucho más grande. El amor que había escrito en sus ojos le dio paso al deseo y a la pasión en solo segundos, haciendo que nuestros cuerpos aclamaran una vez más nuestra unión.

Devoré a gusto sus labios, perdiéndome en el dulce sabor de ellos y su húmeda lengua que no daba tregua a la mía en ningún instante. A los dos se nos aflojaron gemidos con tremendo beso que escalaba a un nivel único de excitación. El hecho de estar unidos piel a piel hace que las ganas crezcan entre los dos y nos lleve a frotarnos lo más que podamos en movimientos sensuales y simulando el coito. El roce suave y húmedo me tiene palpitando y ansiosa de sentirlo en mis adentros.

Buscando mayor contacto y mayor fricción, me pegué más a su

cuerpo, asegurándolo con mis brazos y mis piernas. Sus manos me sostuvieron por el trasero, guiando mi cadera contra la suya en un movimiento muy lascivo y delicioso. Su hombría rozaba furtivamente mis labios menores, desatando una ola de calor y dolor por la ansiosa espera de que se sumergiera en mí y me llenara todos los sentidos a plenitud como solo él ha sabido hacerlo.

Descendiendo sus labios por mi barbilla, arqueé la espalda de modo que mi cuello quedase expuesto a sus besos y lamidas. Dejó una estela de besos por mi cuello hasta el valle de mis senos, sacudiendo el rostro entre ellos sin dejar de apretarme contra su prominente erección.

—Logan... — no pude controlar ese gemido ansioso y suplicante que se aflojó de mi garganta.

Emprendió camino a uno de mis senos hasta cubrir por completo mi endurecido pezón con sus labios y dientes, tirando tan suave y fuerte a la vez y haciendo que la presión creciera más abajo de mi ombligo. Succionó de una manera tan perversa y tierna mientras me miraba a los ojos, provocando que la sensibilidad me pusiera a temblar sin control.

—Que perverso eres, padrecito.

Guie mi mano al medio de nuestros cuerpos y tomé su erección en mi mano, deslizándola suave hacia abajo y logrando que su succión en mi pezón se volviera más salvaje y dominante. Esta vez no objetó a nada, todo lo contrario, ante mi mención, su mirada se volvió más oscura que antes.

Sus dientes fueron los causantes de que me humedeciera el doble de lo que me encontraba, pues apretaba y tiraba como si quisiera arrancarme la piel. La última vez que mostró ese lado salvaje y dominante fue cuando los celos nublaron su razón, pero ahora que conoce mis puntos más sensibles, parece dispuesto a someterme una vez más a su divina voluntad.

—Date la vuelta — ordenó, mordisqueando una vez más mis pezones.

Me di la vuelta, volviendo a quedar en su regazo y con la espalda pegada a su torso desnudo y húmedo. Sus labios se acomodaron en el hueco de mi cuello al tiempo que aspiraba mi aroma y su mano derecha se cerraba en uno de mis senos y lo apretaba. Moví el trasero sobre su erección, desesperada y con ganas de ser atendida cuanto antes.

De ese modo, deslizó la mano por mi vientre hasta llegar a mi intimidad y separar mis labios con sus dedos. El contacto directo con ellos me provocó corrientes y gemidos involuntarios. Ya no lo soporto más, en cambio, él gustoso me tienta y me enloquece con la suave presión que hace con la yema de sus dedos en ese punto que tan

sensible se encuentra debido a sus caricias.

Me obligó a elevar el cuerpo un poco y acomodó su pene entremedio de mis piernas, de manera que quedó tentando para entrar en mí, pero aún no lo hacía. Es como si quisiera torturarme hasta la muerte. Su dureza y la fricción me tenía más que caliente, se siente tan deseoso como yo. Deslizó sus dedos por mi vagina, acaparándola por completo de extremo a extremo y verificando que la humedad no es a causa del agua, sino de mis fluidos.

—Estás jugando sucio, Logan — relamí mis labios, aligerando la cadera contra sus dedos a ver si por error se deslizaban en mi interior —. Quieres verme suplicar, ¿no es así?

—Acepto que me gustó tener el control sobre ti — murmuró, jugando en mi entrada con sus dedos y a la vez con su miembro—. Te ves muy tierna bajo mi poder.

—Eres un cura muy malvado — la presión de sus dedos en mi interior me sacó un fuerte gemido—, pero miento al decir que no me gusta.

—Me convertiste en esto que ves — sacó los dedos con esa misma fuerza en la que entró.

—¿E-es mi culpa?

—No — juntó mis piernas y simuló penetrarme—. Es mía por no poder controlar todo esto que me haces sentir aquí adentro.

Veía como la punta de su pene se asomaba entre mis muslos, malicioso y delicioso. Mordí mis labios, disfrutando ese roce lento y poderoso mientras sus dedos se movían sobre mi clítoris con rapidez y en círculos. ¿Desde cuándo se volvió tan perverso este padrecito? ¿Será que ha practicado o solo ha tenido pensamientos impuros conmigo? La duda se implantó en mi cabeza, pero desapareció con la misma rapidez en la que llegó, pues es imposible que sea capaz de entregarle todo eso que guarda en sus adentros a otra mujer.

Abrí mis piernas, ya rendida a su maldad de hacerme padecer y dándole pleno acceso para que hiciera de mí un desastre, por lo que su extensión se frotó contra mis pliegues intentado forzar la entrada. Le ayudé con mi mano a encontrar el lugar indicado a profanar, deslizándome en él mientras con mi mano agarraba lo que no alcanzaba a entrar en mí.

Sus manos se cerraron sobre mi cadera, sometiéndome mientras profundizaba una estocada que me hizo virar los ojos y maldecir por lo bien que se sintió esa presión y profundidad. Llegó hasta ese nervio que me derrumbó en sus brazos y me hizo temblar sin control.

—No hay nadie más que a ti a quien quiera amar en este mundo — susurró, estampando un beso en mi cuello sin dejar de presionar mis caderas hacia abajo, agudizando la presión y la electricidad en todo mi ser—. Eres mía, solamente mía...

Mordió mi hombro, presionándome contra sí y elevando la cadera para entrar aún más profundo en mí. La humedad y la presión era tanta, que no podía articular palabra alguna.

El vaivén de nuestros cuerpos no se hizo esperar, ansiosos por llegar a esos puntos llenos de éxtasis y goce entre cada roce frenético y acompasado de nuestras pieles. El golpeteo de nuestros cuerpos se oía cada vez más claro, pues el agua hace que todo se agudice con mayor intensidad.

No conforme con la profundidad que alcanza en esta posición, me sometió a ponerme en cuatro en la bañera y me conectó casi al instante desde atrás. Me tuve que sostener fuerte del borde de esta para no irme de cara con su ruda embestida. Volvió a salir de mí, arrastrando lentamente su hombría por mis paredes hasta volver a adentrarlo en un movimiento más rápido y profundo. Jugó un par de veces de ese modo, haciéndome vibrar cada que aumentaba la intensidad y la profundidad.

Enredó su mano en mi pelo, elevando mi cuerpo mientras su otra mano guiaba mi cadera hacia su pelvis. Lo abracé con mi brazo, pegando la parte trasera de mi cabeza en su frente y aligerando la cadera en círculos. Me sostenía firme, pero era yo quien marcaba el ritmo con mis caderas. Sus uñas clavadas en mi piel y el fuerte agarre en mi cabello me dejaban en claro lo mucho que le está gustando, además de que lo siento palpitar y crecer aún más en mis adentros.

Movió sus caderas al mismo ritmo que las mías, besando mi cuello y mi hombro en el proceso y llevando su mano de mi cadera a ese punto hinchado y sensible para atenderlo a su gusto. Todo mi ser se estremeció, disfrutando de sus toques mientras soy empalada por él.

—¿Practicaste? Tus dedos se han vuelto más ágiles.

—¿Hum? — soltó bruscamente el aire por la boca—. ¿De qué hablas?

—Sabes bien de qué hablo — puse mi mano sobre la suya—. ¿Aprendiste bien o solo has practicado?

—No hay nadie más que me haga sentir estos deseos — torció mi cuello y, sin darme tregua, me besó apasionado—. Eres la única que despierta la lujuria y cada uno de los pecados en mi interior.

Teniéndome tan expuesta y vulnerable, con mi cabello entre su mano en forma de puño, su frente pegada a la mía, mi espalda curvada y sus dedos presionando mis nervios mientras su hombría palpita en mi interior, se atrevió a darme esa mirada tierna y tímida que tanto me enloquece y que me atrapó desde un principio. Este hombre es un adicción; mi dulce y perversa perdición.

—¿Soy el único? — me miró fijamente, con ojos brillosos por el deseo y un toque de timidez y miedo que me resulta fascinante.

—Lo eres — le aseguré—. Eres el único que ha robado mis

pensamientos de la manera más pura y perversa. Haz lo que quieras conmigo, pastelito, soy toda tuya.

Mis palabras fueron como echarle más leña al fuego, me sometió contra la bañera, presionando mi espalda y golpeando mi interior con fuerza avasallante. Sus embestidas son cada vez más profundas, sobre todo, al separar mis nalgas y hundirse en mí con gruñidos furiosos y muy excitantes.

Lo miré por encima de mi hombro, maravillada de sus malintencionadas embestidas y esa mirada tan perversa y tierna que tiene ahora mismo al ver embobado la manera en la que se pierde en mi interior y me hace temblar y gemir sin control.

—Eres mía — me tomó de las muñecas y me llevó hacía atrás, ahora sí dejándome a su total disposición.

Lo que sea que tenga en mente me resulta intrigante y excitante, pues sus golpes se volvieron más fuertes, se podía escuchar claramente el choque de nuestros cuerpos. Tiraba de mis brazos para alcanzar mayor profundidad y eso me tenía al borde de la locura.

Trayendo consigo esa electricidad y esa presión maravillosa y constante, me vi presa entre el orgasmo y un te amo que fue fulminante y arrasador, pero lejos de acabar, me sometió a recibirlo por completo hasta que cayó sobre mi espalda con un fuerte y muy varonil gemido. Me presionó contra su cuerpo, palpitante y deseoso en mi interior.

—Tendremos que dejar de vernos para que cada encuentro sea así de rico — bromeé, por lo que dejó caer con fuerza su palma en una de mis nalgas—. ¡Pastelito, eso dolió!

—No quiero estar lejos de ti nunca más — besó mi espalda, acariciando la zona rojiza de mi nalga—, así que no vuelvas si quiera a pensarlo.

—¿Qué han hecho con mi padrecito sumiso? — reí tras recibir otra nalgada mucho más potente en el mismo lugar que agudizó ese dolor excitante—. Tomaste mucho vuelo, ¿eh?

—Tomemos una ducha y vayamos a descansar — lo vi contener una sonrisa maliciosa—. He pasado noches en vela extrañándote.

Me mordí los labios, emocionada por todo lo que me idealizo con Logan. Juré no volver a entregar mi corazón, pero es inevitable no dárselo a un hombre tan lindo y único como él.

Después de tomar una ducha entre caricias y besos en el cubo de cristal, nos secamos y nos acostamos en la cama completamente desnudos. Sentir la calidez de su piel una vez más era todo lo que necesitaba, más escuchar los latidos de su corazón siendo esa suave melodía de calma, la cual me llevó a perderme en sueños en solo cuestión de segundos. Saber que estoy protegida en sus brazos me trae muchas ilusiones y nuevos deseos.

—¿Y si voy contigo? Quiero acompañarte y darte mi apoyo.

—No es como que requiera de barra para matar a alguien, Logan — me reí—. Te vas a quedar haciéndole compañía a esa chiquilla que te sonríe tanto, en lugar de venir conmigo y apreciar lo que no tienes que ver.

—Quiero hacerlo.

—Empiezo a creer que solo lo haces para ir a verle la cara a mi esposo. Si te preocupa su aspecto físico, tú estás mucho mejor que él.

—Ya te dije que ese no es nadie para mí — me acercó a su cuerpo de un solo halón, enrollando sus brazos alrededor de mi cintura—. Necesito asegurarme de que estarás bien.

—Lo estaré — besé sus labios—. Si te necesito, te llamaré para que me eches una mano.

—No deja de ser la vida de una persona.

—No le des más vueltas al asunto — deposité otro beso en sus labios—. Mantén tus manos quietas y evita sonreírle a esa chiquilla una vez más. Es descarado que te mire como lo hace cuando estoy a tu lado.

—¿Estás celosa?

—Para nada, pero que quede claro que yo no soluciono el problema con sexo.

—Entonces, ¿cómo lo haces?

—No querrás saberlo.

Nos separamos al escuchar el escándalo que los Lombardi hacían mientras se dirigían a la parte trasera de la mansión. Me sorprende ver a Cavalli con ellos, más cuando sé de sobra lo mucho que le molesta que haya ruido en su casa. Es un hombre ermitaño y que odia estar rodeado de otros, pero trata de hacer lo posible para ayudar. Además, siendo uno de los principales socios de los Lombardi, ya debe estar acostumbrado a la explosiva forma de ser de toda esa familia.

—Ya sabes, pastelito, no hagas ningún movimiento en falso porque tengo ojos hasta en los lugares más oscuros y prohibidos.

—Sabes que te amo solo a ti, no tienes que preocuparte por Adara.

—Le sabemos el nombre, ¿eh?

—Celosa te ves mucho más hermosa — se acercó a mi oído—. Y no tienes idea de lo mucho que me hace desearte.

—Date una ducha bien fría, mi amor. Estás demasiado activo.

—Es lo que provocas en mí.

—Hoy todo acabará y podrás follarme dónde te dé la gana — sonreí maliciosa.

—Hacerte el amor, Samantha.

—Puedes follarme y amarme por igual — me encogí de

hombros—. Te veo luego, pastelito.

Me besó por última vez antes de ser arrastrada por Ian y John. Ellos me dieron una mirada de burla, pero bastó una sola mirada para que se tragaran sus comentarios. Aceptar que amo a Logan es lo de menos, lo más irritante y fastidioso son sus burlas, como si ellos nunca se hubieran enamorado y ese lado patético no los hubiera dominado. De primera mano sé lo ridículo que es mi hermano con su chiquilla rusa, pero a los hombres les encanta mostrar la cantidad de testosterona en lugar de sus sentimientos.

Creí que no existían hombres dispuestos a demostrar su amor sin importar nada, pero con la llegada de Logan, comprendí que siempre busqué amor en el lugar equivocado.

Entramos a la inmensa bodega donde Cavalli guarda toda la mercancía y sus vinos. Los barriles de vino a un lado y los paquetes de droga al otro lado nos guiaban en un largo y estrecho camino hasta dar con los dos hombres que tanto daño me hicieron en la vida.

Yura y Dmitry Novikov; padre e hijo al fin en mis manos. Este día lo he soñado por mucho tiempo. Aun me falta esa grandísima hija de perra de Laika Novikova, pero a esa señora me la comeré sin prisa y a gusto cuando lo poco que quede de su preciado hijo y su querido esposo estén frente a ella en pedacitos.

El viejo asqueroso se encontraba amarrado y encadenado a una silla mientras Dmitry descansaba acostado sobre una mesa y con las rodillas vendadas e igual de encadenado que su padre. Pensé que estaría en pésimo estado, pero incluso se ve de mejor color que ayer.

—La perra se dignó a aparecer — vociferó el viejo, tensando el cuerpo y la mandíbula al verme.

—Vine a darle la bienvenida, suegro. No debería estar tan a la defensiva conmigo, después de todo, solo soy una frágil y pequeña palomita.

—Si sabes lo que te conviene, es mejor que me sueltes. Déjame ir y te dejo vivir — negoció.

—¡Qué ofertón! — gritó Dereck a mi lado—. Pero ahora no estamos recibiendo propuestas. Quizás más adelante te tomemos en cuenta, Novikov.

—Estos italianos de mierda te van a traicionar tarde que temprano, Samantha. Ellos no conocen la lealtad.

—Dejen que escupa su veneno — traté de tranquilizar a los chicos, sobre todo a André—. Eso es lo que hacen las víboras indefensas y que se ven acorraladas para no morir. Capaz y entrega a su hijo con tal de salvar su propio culo.

—Lo dejo pasar porque eres la que debe saldar cuentas con estos hijos de puta — André se abrazó a su esposa, esbozando una sonrisa que dejaba en claro lo mucho que este tipo de situaciones le

gustaba—. Demuéstrales todo lo que aprendiste, mi pequeña Sami.

Con solo recordar el pasado y la muerte de mi hijo en sus manos, todo ante mis ojos se convierte en mínimo. Lo mucho que clamé y lloré es el empuje y la fuerza que necesito para soltarme de estas ataduras y al fin ser libre.

Bajo la atenta mirada de Dmitry que, desde que puse un pie en la bodega se había mantenido en silencio, me acerqué a su padre con mi cuchillo en mano. Tracé con la fina hoja su rostro, justo como ese día en el que el infierno me consumió, él lo hizo.

—¿Ahora quién es la frágil palomita? — susurré en su oído, llevando la punta de la hoja por alrededor de su cuello sin llegar a hacer ninguna presión—. Ahora vas a conocer cuan perra puedo llegar a ser.

Hice presión en su cuello tan solo un poco, rayando su piel y simulando cortar su cabeza. La leve cortadura se volvió rojiza, de ella se deslizaban unas cuantas lágrimas de sangre, pero no eran lo suficiente para morir o desangrarse. Mi objetivo no es matarlo. Lo que quiero es hacerle vivir mi propio infierno en su paladar.

—Mantente cómodo y bien a gusto mientras le entrego todo mi amor a tu hijo, suegrito — apreté su mandíbula, obligándolo a mantenerse muy quieto cuando acerqué la hoja a su boca—. Los tres la vamos a pasar muy rico.

Le di un toquecito con la parte plana del cuchillo y me alejé para acercarme a Dmitry.

Esa mirada indescifrable volvió a hacerse presente tan pronto conectamos miradas, era como si quisiera decirme algo, pero no se atrevía a hacerlo. El orgullo y la hombría le puede más que cualquier otra cosa.

—Pudimos tenerlo todo — fue lo único que dijo, viéndome fijamente con esa intensidad que antes lograba abrumarme.

—Pero preferiste tomarme como un juguete — sonreí torcido—. Y, siendo honesta, esto de jugar con muñequitos es fascinante.

Hundí la punta del cuchillo en el hueco de su cuello, presionando poco a poco hasta que la punta se acomodó en su carne y sentí una barrera. Una tortura con golpes no es suficiente para este cerdo, además de que dudo mucho que abriéndolo por completo sea algo que compense todo lo malo, pero escuchar ese quejido que se aflojó de su garganta más el temblor de su cuerpo es satisfactorio de ver y sentir.

—Pudimos tenerlo todo, pero preferiste el dinero y el poder que a tu propio hijo.

—S-Samantha, yo...

—Shhh — enterré de un solo golpe el cuchillo hasta sentir con la punta de te este el crujido de sus huesos—. Los muñecos se

mantienen siempre en silencio.

Su agonía se extendió hasta su pecho, podía sentir los temblores de su cuerpo y alguno que otro quejido que escapa de sus labios, más no había ni una palabra en el aire y eso era perfecto porque lo que menos quería era escuchar su voz. El silencio hacía que me concentrara en mi trabajo, por esa razón seguí el camino hasta llegar a su estómago. A este punto ya no había movimientos ni quejidos, solo se oía un sonido muy peculiar y maravilloso del cuchillo al abrir su piel y un clac de su cuerpo cada que lo enterraba con fuerza.

La piel es tan frágil, parecen las alas de una mariposa, pero los huesos son más difíciles de quebrar, mas no imposible de romper en pedazos.

Mis manos se vieron cubiertas por su sangre, en mi rostro incluso podía sentir algunas salpicaduras. No me maravillé, pero tampoco me importó despedazar a una persona. Sabía que esto era lo que quería desde hace mucho, más no contaba con lo poco que me importaría abandonar mi alma a infierno.

¿Y si Logan no me acepta? Era lo único en lo que podía pensar conforme desgarraba su carne y conseguía un trozo fino y limpio de la parte de su estómago. Era un buen tamaño de carne, el suficiente para que mi invitado más especial no muriera de hambre antes de pasar a mejor vida.

—El mejor trozo para el mejor de mis invitados — contemplé extasiada mi obra de arte, pues no es lo mismo practicar en conejos que hacerlo en una persona—. Oh, todo indica que he quedado viuda.

—Vas a pagar caro — escuché la voz afectada del viejo y reí—. Voy a cobrarte lo que has hecho con mi hijo.

—Pensaba que no tenías sentimientos — pinché el trozo de carne con la punta del cuchillo—, pero resulta que sí. Ahora bien, en muestra de mi cordialidad y por toda la noche que pasaste en este lugar tan frío y sin comida, dejaré que te alimentes bien antes de que te vayas al más allá. Ya sabes —le resté importancia—, hay que fortalecer el lazo con los hijos, y qué mejor que tenerlo dentro de ti — acerqué el trozo de carne a su boca—. Me disculpas si resulta muy dura, pues llegaste de repente y no me dio tiempo de cocinarla de antemano.

Recité las mismas palabras que él me había dicho hace dos años atrás, recreando cada escena repugnante en mi mente al obligarme a comerme una parte de mi bebé. Ese odio en mi corazón se afianzó y creció mucho más.

John lo tomó de la cabeza y le abrió la boca, de ese modo, pude meter el trozo de carne antes de que opusiera más resistencia. Trató de vomitarlo, pero mi hermano no se lo permitió. Lo sostuvo firme, sonriendo complacido por esto que yo también viví y no lo merecía.

—Es tu hijo, no lo desprecies.

De la comisura de sus labios se deslizaba la sangre y de sus ojos un par de lágrimas, engrandeciendo este sentimiento de liberación que llegaba de a poco a mi alma.

—Despreciable y retorcido, ¿verdad? — limpié sus lágrimas con la yema de mis dedos, embarrando su piel con la sangre del bastardo que algún día fue mi esposo—. Ustedes los rusos son la peor plaga de este mundo. Por lo menos, mi hijo era un ángel y no merecía morir sin haber llegado a la vida, en cambio el tuyo, se va a podrir en tus adentros y en los de la perra de tu esposa.

—No te atrevas a ponerle un dedo encima — logró decir, tragando con dificultad lo que le hacía falta de su hijo—. Si la tocas, regreso del infierno y te llevo conmigo.

—No hay necesidad, cuando sea mi momento, de seguro nos volveremos a ver — saqué mi otro cuchillo del costado de mi muslo—. Por ahora solo confórmate con la presencia de tu hija y tu adorada esposa.

Lo miré directo a los ojos, antes de enterrar el puñal en su pecho y hundirlo con fuerza, sacándole no solo el aliento y la vida, sino un grito que se apoderó de mis sentidos y me regresó de la muerte. Lo desenterré y volví a enterrar un millar de veces, con toda esa furia y ese rencor que he guardado y me ha consumido por tantos años.

Tenía prevista una tortura más lenta y agonizante, pero esto es perfecto para seguir con esa vida que ellos mismos arruinaron y estoy tratando de reformar ahora que soy libre de ataduras. Ahora que no tengo quien me pise los talones en cada paso, puedo vivir a plenitud con ese hombre que me liberó de mis pecados con su santa y pura presencia.

# Logan

Samantha no salió ni un solo segundo de mi cabeza y de mis oraciones, aunque trataba de mantener la calma y pensar en positivo. El asesinato no tiene perdón de Dios, pero ahora que el mundo se ha abierto ante mis ojos de una forma que antes no conocía, puedo entender mejor a las personas que cometen algún delito o crimen en sus vidas.

Ellos no lo hacen por deporte o porque despertaron con ganas de hacer daño. Detrás de toda consecuencia hay un atroz pasado que muchos no nos detenemos a pensar. La justicia no ayuda a que los crímenes se paguen como es debido y muchos otros esperan que sea Dios el que castigue en vida a un ser despiadado y sin alma; no obstante, cuando no se obtiene ninguna de las dos justicias, otros pocos deciden actuar bajo la bruma del dolor y la impotencia y hacer pagar una sentencia justa que los libre de ataduras para siempre.

Samantha entra en ese grupo de personas que toman justicia por mano propia. No creo que se trate de venganza, pues ella solo busca resarcir el daño que habitaba en su corazón y en su alma. Puede que mi Dios la haya dejado sola, puede que la haya visto caer muchas veces en el infierno, pero ahora mismo la está viendo levantarse de esas cenizas que parecían consumirla.

Y, aunque mis principios y mi moral me digan una y otra vez lo mal que está haciendo, otra parte de mí la entiende y la respeta. Esa parte de mí que ha perdido una batalla con mi razón me dice que ella necesita arrancarse de su pasado para caminar una vida tranquila y sin miedos tomada de mi mano.

Me encontraba orando por Samantha cuando sentí la presencia de alguien a mi espalda. Adara me sonrió avergonzada mientras me rodeaba y se posicionaba a mi lado.

—Lamento interrumpir.

—No te preocupes — cerré mi oración haciéndome la señal de la cruz—. ¿Sabes si Samantha ya regresó de la bodega?

—No, ninguno de los señores lo ha hecho — vaciló un poco—. ¿Tuvo problemas con la Sra. Novikova? No creí que fuesen algo, pues tiene su esposo y luego tiene su relación extraña con el Sr. Cavalli.

Me tensé, tratando de controlar el impulso que tuve de gritarle que Samantha no era de nadie más que mía, mucho menos de ese infeliz ruso que debe estar quemándose en las brasas del infierno.

—Es mi mujer, no deberías decir cosas que no sabes de ella, Adara.

—Oh, yo... yo lo lamento — bajó la cabeza—. Pero usted es un buen hombre y no merece a una mujer como ella.

—¿Y cómo es, según tú, una mujer como ella?

—Ya sabe, alguien que no tiene juicio. Le ha sido infiel a su marido con el Sr. Cavalli desde que él le brindó la mano. Ahora juega con un hombre de buena fe como usted. Vaya a saber qué más cosas ha hecho para llegar a dónde está con esos otros traficantes.

—¿Cómo sabes tanto de ella?

Hizo silencio, analizando muy bien sus palabras mientras lucia tranquila.

—Lo escuché por error. Una como empleada escucha muchas cosas a lo largo de los años — fue lo que dijo—. El punto es que no hay mujer que pueda estar a la altura de un sacerdote.

—Te aseguro que ella está muy por lo alto de cualquier altar — sonreí ladeado—. Y te recomiendo que sigas haciendo tu trabajo sin prestar atención a lo que se escuche detrás de las paredes. Creo que sabes mejor que yo lo que pasaría si algún mal comentario llega a oídos que no debería.

—Tengo la posibilidad de irme ahora mismo, pero necesito primero un señuelo — puso en mi espalda baja algún objeto puntiagudo—. Si coopera le juro que no lo voy a lastimar.

Me quedé quieto en mi lugar, viéndola de reojo y pensando en cómo salir de esta situación con esta mujer. Hace días dejó ver una chica amable y hasta infeliz por la vida que le tocó, pero ahora esa mirada de cordero ha cambiado súbitamente a una de frialdad.

—Ahora todo encaja en su lugar — miré por encima de mi hombro a Cavalli, dejando caer el cañón de su arma sobre la parte de atrás de la cabeza de la chica—. Te haré el favor yo mismo, no tienes que conseguir ningún señuelo.

—S-Sr. Cavalli.

—Es exasperante tener que ocuparme de estas cosas tan insignificantes— disparó sin darle tiempo a decir ni una sola palabra más—. Creo que estás despedida, lindura —volvió a disparar en su cabeza, como si con el primer disparo no le hubiese sido suficiente para matarla—. Que fastidio, ahora mis rosas se han arruinado.

Miré algunas rosas blancas teñirse de rojo, pero se me hizo más extraño verlo sacar un pañuelo y limpiarlas con suavidad. Cavalli es un hombre raro, bromea y escupe veneno cada que tiene oportunidad, pero ha sido poco lo que lo he visto hablar incluso con sus empleados.

—Tu mujercita está tomando una ducha — mencionó de repente, abriendo cada pétalo con sumo cuidado entre sus dedos—. Debiste verla, se veía muy sexi rebanando como toda una profesional.

Por más que quise hablar, algo dentro de mí se removió, no por el hecho de que Samantha se haya convertido en asesina, sino por la maneara en la que Cavalli siempre habla de ella. Sé que está

enamorado y, aunque trate de ocultarlo con comentarios sarcásticos, es imposible no darse cuenta de ello.

—Hazla feliz de ahora en adelante. Ella merece todo lo bueno, aunque abusó haciendo pecar a un hombre de Dios. En fin, así son las mujeres de venenosas y divinas, ¿no?

—La voy a amar todos los días de mi vida.

Me miró por unos segundos antes de sonreír y seguir en el proceso de limpiar sus rosas mientras aplastaba con su pie la espalda de la chica. Esto de los muertos me sigue generando ardor en la boca del estómago, pero este mundo no es el mío y así solucionan la traición en el mundo bajo.

—Sé que lo harás, hay ese ridículo amor en tus ojos y no vamos a entrar en discusión porque es correspondido — se encogió de hombros—. No tengo que advertirte nada, ¿verdad? Es decir, ella es como todas estas rosas; pomposas, hermosas y frágiles, pero con un poder único que envuelve en su aroma y su belleza. Sus espinas desgarran la piel si las tocas. Ella soltó todo por empezar de cero contigo, aunque se niega a hablar de un tema que aún le duele y la rompe por dentro.

—¿Es por su hijo?

—Nunca lo va a superar y hoy me di cuenta de que lo lleva en su alma y en su corazón de manera insana — suspiró.

—La pérdida de un hijo siempre quedará marcada en nuestros corazones. Es difícil superar todo lo que vivió, pero ahora me esforzaré de más para sacarla de ese lugar que aun la ata.

—¿Quieres hijos con ella? — me miró directamente a los ojos, curioso por mi respuesta.

—Lo quiero todo con ella.

Varias risas nos hicieron callar de inmediato. Samantha venia radiante y sonriente, con un vestido blanco de flores y el cabello húmedo y suelto del brazo de su hermano. Bromeaba y reía con los otros hombres y las mujeres que la acompañaban, se veía distinta con la nueva forma de vestirse, pero preciosa como un bello ángel. Parecían que se despedían y lo confirmé cuando ella dejó un beso en el vientre de la mujer embarazada y muchos más en las mejillas del resto de personas, incluso de su hermano y del hombre que me secuestró.

Tan pronto ellos se fueron lanzándole un sinfín de burlas a Cavalli, se acercó con una sonrisa que se volvió aún más grande al instante en el que conectamos miradas. Sus hermosos ojos azules brillaban, tenían mucha vida.

—Te aconsejo que arranques la maleza antes que arruine tus preciadas rosas — comentó, abrazándose a mí y apoyando la cabeza sobre mi pecho.

—¿Cómo no se me ocurrió antes? Tomaré tu consejo — tiró el pañuelo sobre el cuerpo de la chica, sonriendo con desdén—. Todo está listo.

—Gracias — dijo ella y él solo se encogió de hombros—. Prometemos venir a visitarte, ¿no es así, pastelito?

—Claro — respondí sin comprender.

—Preferiría que no vinieran, me molesta tener que ver la cara de dos estúpidos enamorados — bromeó—. Me basta con los Lombardi y sus domadoras.

—Igual vamos a venir a visitarte, no es del diablo que te encierres, Cavalli. Búscate una mujer, cásate, ten muchos hijos y si te queda algo de tiempo desahoga tus problemas con una amante.

—Déjalo en el buzón de sugerencias, querida. Tal vez un día te tome en cuenta. Ahora largo de mi casa, por fin voy a respirar paz.

—Amargado — le dijo ella y lo abrazó—. Habla con Ian y John, se harán cargo de todo en mi ausencia.

—Muy bien — besó su frente—. Sabes que siempre estaré aquí.

Se dieron un abrazo fuerte y largo mientras se decían varias cosas al oído, así que los dejé hablar sus cosas y me hice a un lado dándoles privacidad.

—Limpia esa mierda, huele asqueroso — se refirió al cuerpo inerte de Adara—. ¿Estás listo, pastelito?

—¿Listo para qué, mi amor? — la engullí en mis brazos tan pronto buscó estar entre ellos—. ¿A dónde nos vamos?

—A comenzar nuestra vida juntos — unió nuestras frentes y sonreí—, sin que nadie nos impida amarnos hasta el fin de nuestros días.

# Epílogo

Se puede amar de muchas maneras, se puede calentar la piel con muchos cuerpos, incluso se puede traicionar el corazón tratando de hacerlo entrar en razón con muchos otros corazones que no laten al mismo ritmo que el nuestro, pero nunca se podrá dejar de amar a nuestra más grande perdición, esa que al oído susurra palabras de amor cada noche y clama en vida el tacto de su piel. Esa que llora de felicidad cada que se encarniza entre los tejidos y los huesos y no se cansa de danzar en el aire con su larga cabellera revuelta. Esa que ordena adoración y entrega sumisión en cada beso. Esa que el corazón no buscaba, pero que encontró entre las tinieblas para ser salvada y amada hasta que deje de latir.

La vida tiene su ciencia, a veces comprendemos que el acto de amor es solo en base del sexo; no obstante, el amor se construye con sueños, honestidad y de genuino amor para con la otra persona. En el camino de tranquilidad y soledad que vivía antes de ella, una mujer y un amor no formaban parte de mis ilusiones. Soñaba con ser parte del Obispado, entregar todos mis conocimientos a jóvenes que, al igual que yo, se unieron a un mundo de amor y adoración.

Pero ahora me doy cuenta de que en esa vida hubiese sido infeliz e incompleto. Ser sacerdote es una tarea para pocos, ya que se debe renunciar a todo lo mundano para predicar la palabra de Dios. La devoción de lo divino puede resultar un arma de doble filo para quien no está completamente formado y capacitado mentalmente para vociferarla a todo un pueblo, pues tarde que temprano, las necesidades básicas del hombre y las tentaciones van a asechar para que la fe tambalee en un pedestal de gloria.

Mi fe tambaleó, aun cuando me creía inmune a las tentaciones del diablo, pero fue allí donde el sentido de mi vida empezó a teñirse de colores. Cuando antes había negro y blanco, el azul, el rojo, el morado y un sinnúmero de colores aparecieron para llenarme de una explosión que se expandió por cada fibra de mi ser y me hizo conocer lo que es amar y ser correspondido.

No ha sido fácil amar a una mujer que trae a sus espaldas una bola de temores e inseguridades a raíz de su niñez y todo el sufrimiento que vivió en manos de un hombre que no la amó y tampoco la cuidó como lo que es; una hermosa y resplandeciente flor, pero Samantha, aunque tuvo que matar y ensuciar sus manos cuando no debía, pudo encontrar el camino a su libertad y su tan anhelada felicidad.

Sus miedos se han ido de a poco con el pasar de los años, no

por el miedo de que su alma vaya a ser condenada por la muerte de un hombre, sino por el hecho de tener la esperanza y la posibilidad de volver a ser madre. Aunque en un principio decayó en un mar de tristeza y de pensamientos sin sentido, regresó a la realidad tan pronto la tomé de mi mano y le entregué una vez más mi corazón y mi protección en un abrazo que la despertó de una terrible pesadilla.

Me aseguro cada día de demostrar cuán importante son ella y mi hijo que, no planeado y sí amado, crece en el vientre de mi ahora esposa.

—¿Sabes qué día es hoy, mi amor? — susurré en su oído, tomándola de la cadera y pegándola a mi cuerpo.

—No sé qué día es hoy, pastelito. ¿Tenemos alguna cita con la doctora?

Me reí, escondiendo mi rostro en su cuello y deleitándome con su dulce aroma.

—Hace cinco años te atravesaste en mi camino — repartí muchos besos desde su cuello hasta su hombro—. Hace cinco años me enredaste con tu descaro y tus provocaciones.

—Uy, como olvidar al padrecito pervertido — soltó una risita —. El descarado eras tú, no yo.

—Todo fue por tu culpa — deslicé mi mano por sus brazos, acariciando con suavidad todo a mi paso.

—Quiero saber todo eso que pensabas de mí — incluso podía ver su sonrisa maliciosa aun cuando me encontraba a su espalda—. Eras muy obvio, ¿sabías? Bueno, lo sigues siendo.

—Es que nunca voy a ocultar todo lo que me provocas — le hice sentir mi erección—. Es imposible dejar de adorarte, mi reina hermosa.

Se giró entre mis brazos, sonriendo y viéndome como hace cuatro años lo hacía, como su todo. En esa mirada que, en un principio creía que habitaba la maldad y que con el pasar de los días fui descascarando esa falsa máscara que mostraba a todos, solo hay una enorme ilusión y un resplandeciente amor que me quema poco a poco y me funde en su corazón hasta la eternidad.

Mi esposa; esa mujer que me llenaba de pensamientos impuros y perversos con solo una mirada llena de malicia es la misma que me mira ahora con devoción y ternura. Es difícil describir lo que Samantha me hace sentir luego de cuatro años de matrimonio, compartiéndome sueños y hermosos sentimientos que quedaron en manos de otro hombre y fueron destrozados de la manera más ruin y malvada.

Construirla fue lo más hermoso que he podido hacer en toda mi vida, porque de ese modo, conocí a esa tierna Samantha de la que tanto me habló que era en el pasado. A esa niña traviesa, risueña y

soñadora que cayó en el pozo equivocado y murió ahogada en la maldad de este mundo.

—Quiero verte vestido una vez más de cura, pastelito — jugó con los botones de mi camisa—. Me excita que me liberes de mis pecados mientras te devoro entero y sin pausa.

Esa corriente atravesó todo mi cuerpo y se estableció en la dolorosa y creciente erección que palpitaba incesante por ella.

—Confieso que he pecado, padre.

La tomé del brazo al ver que trató de arrodillarse.

—¿Q-qué haces? Recuerda que estás embarazada, mi amor.

—Apenas si la barriga se me ve — deslizo las manos hasta mi pantalón, liberando mi hombría y tomándola en su pequeña y cálida mano—. Líbrame de todos mis pecados, padre —se arrodilló a mis pies, rozando sus labios por toda mi extensión.

La perversión de sus palabras me llevaron a someterla y adorarla como cada día de nuestra vida juntos lo he hecho; amándola con esa locura y dominación que tanto la deshace en mis brazos.